
RAÚL SILVA CASTRO

Producción de Gabriela Mistral de 1912 a 1918

INTRODUCCION

NO sé que se haya hecho hasta el día un estudio de las variantes que presentan en sus diferentes ediciones los poemas de Gabriela Mistral. Las páginas que siguen están llamadas a despertar la atención sobre este punto ya que, como se verá en los sitios oportunos, no hay prácticamente composición de la poetisa que haya mantenido una sola forma al través de sus varias publicaciones. Nosotros, por otra parte, hemos tenido a la vista un ejemplar de la primera edición de *Desolación* que se hizo en Chile (1923), corregido por la autora para la siguiente (1926), que es por lo demás la que hemos considerado para juzgar de las variantes. Por donde se mire, pues, hay amplio campo para el estudio si las variantes de estilo quieren decir algo y si cobran interés para apreciar el grado de aplicación del poeta a la forma que se decide a manejar.

Se indican también, en los casos pertinentes, en qué libros de Gabriela Mistral quedaron compiladas las composiciones por nosotros recogidas, y por eliminación salta a la vista que un buen número dentro del total es absolutamente desconocido hasta hoy por quienes de la poetisa no tienen otro conocimiento que el que le franquean los libros. Desde este punto de vista, nos atrevemos a pensar que aportaciones como esta que proporcionamos serán indispensables, andando el tiempo, para la recolección de las Obras Completas de Gabriela Mistral y su publicación ulterior, más de una vez sugerida y que sin duda se hará.

Nos hemos limitado a la porción comprendida entre 1912 y 1918, por varias razones que conviene recapitular. Durante esos años, vivió la poetisa en Los Andes, ciudad en la cual funcionaba el Liceo de Niñas de que era profesora. Y allí, según consta de no pocos testimonios propios y ajenos, disfrutó de un ambiente muy grato, que se debe en la parte principal al carácter afable y dulce de la directora de aquel establecimiento, doña Fidelia Valdés Pereira. Por lo demás, es el hecho que en este período se producen algunos sucesos trascendentales en la vida de la poetisa: primeramente, colabora con notable abundancia en la prensa chilena; en seguida, afronta la publicación en países distantes, como se prueba con la inclusión en esta serie de por lo menos dos de sus producciones (ver núms. 6 y 7) en la revista *Elegancias* que se publicaba en París bajo la dirección literaria de Rubén Darío; en tercer término, también dentro de ese período cae la revelación de la poetisa en los Juegos Florales de 1914, con una vasta publicidad que la hizo conocida en forma resonante en todo Chile y también fuera de él. Durante el período señalado, esto es, de 1912 a 1918, la poetisa salió poco de Los Andes, y generalmente para ir a Santiago a realizar algunas de las diligencias burocráticas que son inevitables dentro de la carrera docente. Hay también noticias, por los poemas mismos (ver núm. 23), de un viaje a Concepción, que suponemos breve.

En términos generales, pues, la naturaleza en que se inspiran algunas de estas piezas no es otra que la de Los An-

des y sus alrededores, que la poetisa llamó alegóricamente Tierra Nevada (ver, por ejemplo, núm. 42). Por haber vivido más adelante Gabriela Mistral en Punta Arenas, algunos han llegado a creer que aquella expresión estaba destinada a nombrar la región magallánica. Los versos que se verán en seguida suscritos, al pie, con la mención de Tierra Nevada, establecen ya en forma inequívoca que se refieren a Los Andes y no a Punta Arenas, ciudad que hasta entonces Gabriela Mistral no conocía.

La más señalada excepción en el ambiente natural que puede indicarse repasando estos versos, es la serie de diez piezas destinadas a cantar episodios de la vida de Mireya, la protagonista del poema del mismo nombre que se debe a Federico Mistral. Y entonces surge, como consecuencia de lo mismo, la sospecha de que fué en Los Andes en donde leyó al gran felibre, compadeció a su heroína, glosó algunos episodios del poema destinado a glorificarla (ver núms. 55 y 57) y, en fin, elaboró su seudónimo. El cual, dicho sea de paso, por anomalía que no tenemos motivos para interpretar adecuadamente, quedó algunas veces desfigurado en la impresión, de modo que no pocas veces pudo leerse (sobre todo en *Sucesos*) *Mistraly* en lugar de Mistral (ver núms. 1, 2 y sigs.). Que esta anomalía no parece imputable a la voluntad de la autora, aunque sí tal vez a su caligrafía, puede desprenderse de la acumulación de aquellos detalles anteriores. Podría, en fin, avanzarse, sin temor de errar demasiado, que la señorita Lucila Godoy Alcayaga en la vida civil, cuando comenzó a usar como seudónimo Gabriela Mistral entendía con ello rendir tributo de admiración a Federico Mistral el autor de *Mireya*.

La recopilación que intentamos adquirir también otro valor para la investigación literaria que haya de emprenderse sobre los temas y el estilo de Gabriela Mistral, ya que autoriza a datar en forma muy aproximada la composición de poesías que, recogidas en *Desolación* y en *Ternura*, por ejemplo, han pasado hasta hoy sin que se pueda pronunciar ninguna distancia específica de tiempo entre una y otra. Datados ahora los poemas y las prosas de aque-

llos libros, tal vez sea más fácil al crítico del futuro establecer entre qué polos corrió la inspiración de la poetisa.

Un punto de cronología menor para el conjunto que presentamos pero de grande importancia respecto de la vida misma de Gabriela Mistral, para dar término a estas líneas. En la reproducción que hizo la revista *Zig-Zag* de los *Sonetos de la muerte*, en la edición de 6 de marzo de 1915, aparecen estos poemas con la fecha 1909 al pie (ver núm. 26). Nos atrevemos a señalar que nadie hasta ahora se ha detenido en esta singularidad, y por eso reproducimos también esos versos que bien pudieron ser omitidos por obvios. Tenemos la sospecha de que los *Sonetos*, efectivamente compuestos en 1909, quedaron guardados por la autora en atención al matiz íntimo y confidencial que sin duda revisten, a pesar de las muchas oportunidades de publicación que se le ofrecían por aquellos años, y enviados a los Juegos Florales sólo a fines de 1914, cuando ya la tragedia personal podía considerarla Gabriela Mistral como tema de construcción poética. Sea lo que fuere, allí queda esa impresión con una fecha que puede creer anómala sólo quien ignore que Romelio Ureta, a cuyo recuerdo fueron dedicados los *Sonetos*, se había quitado la vida precisamente en 1909.

También asume particular alcance la forma en que se publicaron los versos que en *Desolación* se titulan *La condena*. Del acervo que se verá en seguida resulta que se dieron a luz (¿por primera vez?) en la revista *Primerose*, de Chillán, con un título que dice: "De los Sonetos de la muerte" y con número romano en seguida: XI. Posteriormente, dentro de 1917, apareció la antología *Selva Lírica* que habían formado Juan Agustín Araya (conocido como poeta con el seudónimo O. Segura Castro) y Julio Molina Núñez, y allí se podían leer, entre las producciones de Gabriela Mistral, otros dos *Sonetos de la muerte*. Como la antología no precisa fuentes, no tenemos datos para afirmar que hubieran sido publicados antes, ni dónde, o si fueron entregados especialmente para la recopilación de Araya y Molina. Todas estas indicaciones permiten suponer (sin aventurar demasiado) que la poetisa escribió una serie de *Sonetos de*

la muerte, de la cual hasta el momento conocemos sólo seis: los tres premiados en los Juegos Florales de 1914, el cuarto que al pasar a *Desolación* recibió el título de *La condena* y los dos restantes que, publicados en *Selva Lírica*, no fueron recogidos en aquel libro. El número romano XI que se vió en *Primerose* sugiere que la serie ascendía a algo más que seis. Tales son los datos existentes; es de esperar que algún día surjan otros para esclarecer este pequeño enigma literario, que no es por cierto el único que ocurre en la obra de nuestra poetisa aunque sí, creemos, uno de los más significativos.

Para hacer esta edición se ha unificado la ortografía y se ha restaurado un tanto la puntuación a fin de evitar errores de lectura, puesto que en general las impresiones de versos entre 1912 y 1918 eran muy descuidadas en la prensa chilena. En todo lo demás se ha dejado el texto de la composición tal como lo presenta la fuente de que se toma, fuente que en cada caso se precisa muy bien para evitar equívocos.

RAÚL SILVA CASTRO.

Biblioteca Nacional, Santiago de Chile.

I

Lecturas infantiles

EL ANGEL GUARDIAN

A D. Manuel Guzmán Maturana.

I

*Es verdad, no es un cuento.
Hay un Angel Guardián
que ve tu acción y ve tu pensamiento,
que con los niños va doquiera van.*

II

*Tiene manos hermosas
para proteger hechas;
en actitud de defender, piadosa,
levantada, una acecha.
¡Mano grácil, de suma idealidad!
(No es un cuento, es verdad.)*

*Tiene pie vaporoso.
El aura hace más ruidoso
que su andar armonioso;
va sobre el suelo, pero no a él unido.
¡Andar de misteriosa vaguedad!
(No es un cuento, es verdad.)*

*Bajo su ala de seda
larga y fina, y azul, curva y rizada,
todo tu cuerpo cuando duermes queda
y aspira una tibieza perfumada.
¡Ala de una inefable suavidad!
(No es un cuento, es verdad.)*

III

*Hace más dulce la pulpa madura
que entre tus labios golosos estrujas.
Rompe a la nuez su tenaz envoltura
y es quien te libra de gnomos y brujas...*

*Gentil, te ayuda a que cortes las rosas.
Hace más pura la linfa en que bebes,
te dice el modo de obrar de las cosas.
(Que unas atraigas y que otras repruebes.)*

*Llora si acaso los nidos despojas,
y si la testa del lirio mutilas,
y si la frase brutal, que sonroja,
su acre veneno en tu boca destila.*

*Y aunque ese lazo que a ti le ha ligado
a aquel del cuerpo y el alma semeja,
cuando su estigma te pone el pecado,
presa de horror y llorando se aleja.*

IV

*Es verdad; no es un cuento.
Hay un Angel Guardián
que ve tu acción y ve tu pensamiento,
que con los niños va doquiera van.*

Gabriela Mistraly.

1912.

Sucesos, julio 11 de 1912.

Esta composición aparece en *Ternura* con grandes variantes y sin dedicatoria alguna.

De la publicación que hizo la revista *Sucesos*, de Valparaíso, cabe observar la forma anómala del seudónimo, a que nos hemos referido ya en la *Introducción*, y el anuncio de la serie *Lecturas Infantiles*, que parece corresponder a un libro que tenía en estudio la autora.

2

EL SALUDO DE LAS GAVIOTAS

*Sobre las olas azules
ágil se desliza el barco.
Amanece. Hay leve bruma,
pero el horizonte abarco.*

*Allá una mancha sombría
delata el terruño agreste,
a la pupila que ansía
descubrirle, y que en el Este
se fija, en tenaz porfía.*

Alzate pronto, mañana,
dájame mi pueblo ver
a la luz rubia y lozana
de un glorioso amanecer.

Da el aviso a la montaña
materna, dalo al hogar.
¡Latirá su entraña helada,
perfume ésta ha de exhalar!

Más diáfana la luz se hace.
¡Ya se muestra! ¡Ya está allí!
Y sus torres me saludan,
y algo de él viene hacia mí.

¿Qué? Es una forma indecisa;
el barco viene a encontrar.
Avanza. Es blanca y cambiante,
sube y baja sobre el mar.

¡Le diseña! Son las hijas
de la ola inquieta, de quien
locas, rientes, nunca fijas,
copian, eterno, el vaivén.

¡Las gaviotas! Son diez, veinte,
o ciento; es una legión
que envuelve atrevidamente
desde popa hasta timón.

(Son coquetas cual mujeres,
bellas como el Padre Mar,
su pico es de marfil viejo
y es osado su mirar.)

(La hamaca verde de la onda
mece su fragilidad,
y sobre su arco espumoso
hasta adquieren majestad.)

(Seres fútiles y bellos,
con futilidad de flor;
juguete que tener quiso
el Gran Monstruo atronador.)

Y vuela el barco. Y le siguen.
Y forman un quitasol
gigantesco, ondeante y vivo
que hace obscurecer el sol.

Su algarabía a los viejos
marinos hace reír.
¡Son mujeres parlanchinas,
nos vienen a recibir!

¡Benditas! Son las primeras
que su saludo me dan,
de los míos mensajeras,
emisarios de su afán.

¡Su saludo! ¡Cuál más raro?
Y más bullicioso ¡cuál?
¿Lo ha tenido un rey más bello,
o un poeta más ideal?

Aletean, graznan, gritan,
son felices, se ve bien.
Les sorprenden, les alegran,
los rostros que a bordo ven.

Caras bronceadas de gente
que fustigara el rigor
del sol allá en el desierto,
sin un toldo protector.

Los míos me las envían
la peregrina a encontrar,
la que trae el rostro obscuro
y el alma amarga cual más.

La que viene de una tierra
que no perfuma el clavel,
donde es más ruda la roca
y el suelo infecundo y cruel.

¡Su saludo! Más conmueve
que la música triunfal
con que los pueblos reciben
a un glorioso general.

Gabriela Mistraly.

Sucesos, agosto 19 de 1912.

3

Poesías infantiles

M A T I N A L

Por Oriente, y fresca como
una rosada aldeana,
se levanta y mira al campo
tu amiguita, la mañana.

Te levantarás como ella,
alegre hermana,
verás que ya está despierta
tu hermana, la rosa.

Y brincan entre las ramas,
picaruelillos,
sin la pereza del nido
los pajarillos.

El agua juega y te llama
desde la fuente.
Salta como una muchacha,
loca y riente.

Ya ves, están despiertas
tus camaradas,
no te ven, y susurran
frases airadas.

Gabriela Mistraly.

Sucesos, septiembre 5 de 1912.

4

L A L E Y

(In memoriam)

Tal como estos jacintos
que perfuman mi espíritu y mi mesa,
que porque agua me deben, aun extintos
me dan su aroma y mueren en belleza,

¡así fuiste en la vida,
santa mujer! La ley interpretaste,
la ley por tantas nunca comprendida:
¡El te mantuvo, tú le perfumaste!

Gab. Mistraly.

Sucesos, octubre 3 de 1912.

5

FIESTA ESCOLAR EN LOS ANDES

Con motivo de la clausura del año escolar, se celebró en el Liceo de Niñas de Los Andes una hermosa fiesta, a la que corresponden las presentes fotografías. Entre los números del programa figuraba la *Danza de las horas*, que esta vez se ejecutó con recitado, según la letra compuesta al efecto por la señorita Lucila Godoy Alcayaga, profesora del establecimiento y nuestra colaboradora. Insertamos en esta página la letra del recitado.

LAS HORAS MATUTINAS

*Somos la Aurora rosa, perlada de rocío,
la que precede al sol como el heraldo a un rey,
cuyo retorno loan el lirismo del río,
el alma de la alondra y el mugido del buey.*

*Pintamos a manera de flor la cordillera;
a la tierra nocturna su mortaja arrancamos,
y con manos de maga, de aquella muerta que
era,
en una virgen toda gracia la transformamos.*

LAS HORAS DEL MEDIO DIA

*Somos el Día, fúlgido soberano oriental
que con su mirar ciega y con su tacto quema,
que dora los racimos rubios del platanal
y en los jóvenes árboles desarrolla las yemas.*

*Ponemos en el brazo del labriego el vigor,
al seno de la tierra damos fecundidad;
tenemos los dos nervios vitales: luz, calor ...
Somos el Día, padre de toda actividad!*

LAS HORAS DE LA TARDE

*Somos la tarde dulce de los vagos celajes.
Vednos pálidas, somos las huérfanas del sol,
que muerto en el ocaso refleja en nuestros
Itrajes
su trágica agonía con el rojo arrebol.*

*Ponemos en las almas unas melancolías
hondas e indefinibles ... Invitamos a orar
porque nos atraviesan unas ráfagas frías
que son como un helado soplo de eternidad.*

LAS HORAS DE LA NOCHE

*Somos la Noche adusta. Negro es nuestro
[sayal.
Cobijamos los seres protervos: la corneja,
el duende pequeñito y el fantasma espectral
que vagan por los bosques y por las casas
[viejas.*

*Damos el sueño; hermanas nos dicen de la
[muerte;
pero, hundidos en nuestro silencio tan pro-
[fundo,
el sabio los enigmas arranca de lo inerte
y el bardo canta todos los dolores del mundo.*

*En mis horas el Dante descendió a los abis-
[mos,
en mis horas Teresa, la santa, se durmió
en sus éxtasis, en místicos paroxismos.
En mi sombra a Colón la América le habló.*

*No es todo en nuestro ser maleficio y ne-
[gror;
tenemos las estrellas, áureas pupilas puras
que laten en la altura por un extraño amor
hacia la pobre Tierra bañada de amargura.*

*Y un milagro tenemos de belleza: la luna,
la luna, ser de amor, de dolor y bondad;
loto maravilloso de aquella azul laguna,
símbolo eterno de la eterna Idealidad!*

Gab. Mistraly.

Sucesos, enero 30 de 1913.

Por la nota de redacción de la revista, que se ha reproducido, cabe suponer que estos versos fueron compuestos en 1912.

6

EL ANGEL GUARDIAN

*Es verdad, no es un cuento.
Hay un Angel Guardián
Que ve tu acción y ve tu pensamiento,
Que con los niños va doquiera van.*

*Tiene cabellos suaves
De seda desflocada,
Ojos dulces y graves
Que dan la paz con sólo su mirada.
¡Ojos de alucinante claridad!
(No es un cuento, es verdad).*

*Tiene labio tan fino
Como el borde de un pétalo de rosa,
Hecho para el divino
Desflorar de la plática amorosa.
¡Labios en que habla la Divinidad!
(No es un cuento, es verdad).*

*Tiene pie vaporoso.
El aura hace más ruido
Que su andar armonioso:
Va sobre el suelo, pero no a él unido.
¡Andar de misteriosa vaguedad!
(No es un cuento, es verdad).*

*Bajo su ala de seda,
Larga y fina y azul, curva y rizada,
Todo tu cuerpo cuando duermes queda
Y aspira una tibieza perfumada.
¡Ala que es como un gesto de bondad!
(No es un cuento, es verdad).*

*Tienes manos hermosas
Para proteger hechas;
En actitud de defender, piadosa,
Levantada, una acecha.
¡Mano grácil de suma idealidad!
(No es un cuento, es verdad).*

*Hace más dulce la pulpa madura
Que entre tus labios golosos estrujas;
Rompe a la nuez su tenaz envoltura
Y es quien te libra de gnomos y brujas.*

*Gentil, te ayuda a que cortes las rosas.
Hace más pura la linfa en que bebes.
Te dice el modo de obrar de las cosas:
Que unas atraigas, que otras repruebes.*

*Llora si acaso los nidos despojas,
Y si la testa del lirio mutilas,
Y si la frase brutal, que sonroja,
Su acre veneno en tu boca destila.*

*Y aunque ese lazo que a ti le ha ligado
a aquél del cuerpo y el alma semeja,
Cuando su estigma te pone el pecado
¡Presa de horror y llorando se aleja!*

*Es verdad, no es un cuento.
Hay un Angel Guardián
Que ve tu acción y ve tu pensamiento,
Que con los niños va doquiera van.*

Gabriela Mistral.

Elegancias, París, marzo de 1913.

7

Cuentos infantiles.

LA DEFENSA DE LA BELLEZA

Ha pasado con las rosas lo que con muchas otras plantas, que en un principio fueron plebeyas por su excesivo número, y por los sitios donde se les colocara. Nadie creyera que las rosas, hoy damas de sangre real, atildadas de rollaje y elegantes como una artista, hayan sido hechas para embellecer los caminos.

Y fué así, sin embargo.

Había andado Dios por la tierra disfrazado de romero todo un caluroso día, y al volver dijo: ¡Están muy desolados esos caminos de la pobre tierra! El sol los castiga bárbaramente con sus rayos, y he visto por ellos viajeros que enloquecían de fiebre, y cabezas de bestias agobiadas hasta caer sobre el suelo. Se quejaban las bestias en su lenguaje ingrato, y los hombres blasfemaban.

Además, ¡qué feos son con sus tapias terrosas o sus pircas desmoronadas!

Y los caminos son sagrados porque unen a los pueblos remotos, y porque el

hombre va por ellos, en el afán de la vida, repleto de esperanzas si mercader, con el alma anhelosa si peregrino.

Bueno será que hagamos toldos para esos senderos, y visiones hermosas: sombra y motivos de alegría.

Y Dios hizo los sauces que bendicen con sus brazos inclinados, los álamos larguísimos que proyectan sombra hasta muy lejos, y las rosas de guías trepadoras que cubren las feas tapias.

Eran los rosales por aquel tiempo pomposos y abarcadores; el cultivo y la reproducción, repetida hasta lo infinito, han atrofiado su antigua exuberancia.

Y los mercaderes y los peregrinos sonrieron, plenos de dicha, cuando los álamos, como un desfile imposible de imposibles vírgenes, les miraron pasar, y cuando sacudieron el polvo de sus sandalias bajo las tolderías amparadoras de los sauces.

Su sonrisa fué amor y fué emoción al descubrir el tapiz verde de las murallas, regado de manchas redondas, blancas, rojas y amarillas, que eran cosas vivas —flores— es decir, carne perfumada. Las bestias mismas relincharon de placer. Se elevaron de los caminos, rompiendo la paz del campo, cantos de extraño misticismo, al satén tenso de los cielos.

Pero sucedió que el hombre, esta vez como siempre, abusó de las cosas puestas para su alegría y confiadas a su amor.

La altura defendió a los álamos; las ramas lacias del sauce no tenían atractivos; en cambio, las rosas sí que lo tenían, olorosas como un frasco oriental, recién abierto, e indefensas como una niña en la montaña.

Al mes de vida, en los caminos, los rosales estaban atrozmente mutilados, y apenas con tres o cuatro rosas heridas.

Las rosas eran mujeres, y no callaron su martirio; la queja fué llevada al Señor.

Así hablaron, más rojas por la indignación y más temblorosas que cuando el viento las maltrata.

—Ingratos son los hombres, Señor, no merecen tus gracias. De tus manos salimos hace tan poco tiempo, íntegras y bellas; henos ya mutiladas y miserables.

Quisimos ser gratas al hombre, y para ello realizamos prodigios. Abríamos la corola ampliamente para dar más aroma; fatigamos los tallos a fuerza de chuparles savia, para estar fresquísimas.

Nuestra belleza nos fué fatal.

Pasó un pastor. Nos inclinamos para ver esos copos redondos y delicados que le seguían en procesión. Dijo el truhán: "Parecen un arrebol y saludan doblándose como las reinas de los cuentos". Y nos arrancó dos gemelas con un gran tallo.

Tras él venía un labriego. Abrió los ojos asombrados gritando: "¡Prodigio! ¡La tapia se ha vestido de percal multicolor, ni más ni menos que una vieja alegre!" Y luego: "Para la Añuca y su muñeca". Y sacó seis en una sola guía, arrancando la rama entera.

Pasó un viejo peregrino. Miraba de extraño modo; frente y ojos parecían dar luz; exclamó: "¡Alabado sea Dios en sus criaturas cándidas!" Después: "Señor para ir glorificándote en ella". Y se llevó nuestra más bella hermana.

Pasó un pilluelo. "¡Qué comodidad —dijo— flores en el caminito mismo!" Y se alejó, con una brazada, cantando por el sendero.

Señor, la vida así no es posible; en dos días más las tapias quedarán como antes, y nosotras habremos desaparecido.

—Pues ¿qué queréis?

—¡Defensa! Los hombres defienden sus huertas, poniendo púas de espinos y zarzas en sus paredes. Algo así haz tú con nosotras.

Sonrió con tristeza el buen Dios, porque Él había querido hacer la belleza fácil y benévola. Y respondió:

—¡Sea! Veo que en muchas cosas tendré que hacer lo mismo. Los hombres me harán poner en mis hechuras hostilidad y daño, porque abusan de los seres dulces.

En los rosales se inflaron las cortezas y fueron formándose levantamientos agudos, hoy llamados espinas.

Y el hombre, injusto siempre, ha dicho después que Dios borra la bondad de su creación y la reemplaza con crueldades refinadas.

Gabriela Mistral.

Elegancias, París, abril de 1913.

Puede leerse también, con grandes variantes, en *Desolación* bajo el título *Por qué las rosas tienen espinas*. La revista *Elegancias* se publicaba, a la sazón, en París, bajo la dirección literaria de Rubén Darío.

8

LECTURAS ESCOLARES

Decálogo del jardinero. Cultivemos las flores.

1º Para devolver a la tierra su belleza primitiva, pues Dios la entregó florida al hombre y éste no ha hecho cada día sino envilecerla;

2º Para poner en las retinas —del ojo y del alma— visiones hermosas, y mientras las sepulturas dan pensamientos de miseria, ellas dan pensamientos de amor;

3º Para que el rocío del cielo tenga copas divinas donde caer y conservarse algún tiempo, en vez de caer y perderse en la tierra impura;

4º Para que las mariposas esmaltadas y las abejas rubias tengan, las primeras columpio fragante en que mecerse, y las segundas fabriquen el manjar de los dioses;

5º Para que la casa del Señor y la casa del hombre se engalanen con algo más gentil que sus fríos metales labrados y sus maderas inertes;

6º Para que el viento se libre con sus exhalaciones de lo impuro que le echan el hálito humano, el de las bestias y el de la materia que se desintegra;

7º Para que el pájaro tenga su ser gemelo en gracia suprema;

8º Para que las mujeres pobres que no pueden comprarse perlas, rubíes y amatistas, tengan en las rosas, el jazmín y las violetas, perlas, rubíes y amatistas para adornar su cabeza, su pecho y sus manos;

9º Para que el pobre ser de dolores que es el hombre, posea nuevas substancias generosas para curar las lepras de su carne y de su espíritu;

10. Para que mantengan ellas y proclamen el culto a su Alteza el Ideal, hoy que la máquina y el dollar amenazan estrangular su cuello de cisne sagrado.

Gab. Mistraly.

1913.

Sucesos, abril 3 de 1913.

Poesías escolares

EL HIMNO COTIDIANO

En este nuevo día
que me concedes oh, Señor!
dame mi parte de alegría
y haz que yo pueda ser mejor.

Dame el buen don de la salud,
la fe, el ardor, la intrepidez,
séquito de la juventud:
y la cosecha de verdad,
la reflexión, la sensatez,
séquito de la ancianidad.

Dichoso yo si al fin del día
un odio menos llevo en mí;
si una luz más mis pasos guía,
y si un error nuevo extinguí;

y si por la rudeza mía
nadie sus lágrimas vertió;
y si alguien tuvo la alegría
que mi ternura le ofreció.

Que cada tumbo en el sendero
me vaya haciendo conocer
cada pedrusco traicionero
que mi ojo ruin no supo ver.

Y más potente me incorpore,
sin protestar, sin blasfemar.
Y mi ilusión la senda dore,
y mi ilusión me la haga amar.

Que de la suma de bondad,
de actividades y de amor
que a cada ser se manda dar:
suma de esencias a la flor
y de vapores a la mar.

Que sea digno de sentir
del sol el beso paternal;
que sea digno de latir
en el concierto universal:
¡Que sea digno de vivir!

Y que, por fin, mi siglo engreído
en su grandeza material,
no me deslumbre hasta el olvido
de que soy barro y soy mortal.

Amé a los seres este día,
a todo trance hallé la luz.
Amé mi gozo y mi agonía:
¡amé la prueba de mi cruz!

Lucila Godoy.

1913.

Revista de Educación Nacional, julio de
1913, págs. 287-8.

Fué recogido este Himno en Ternura,
con apreciables variantes y dedicado "A
la Srta. Virginia Trehwela".

De la señorita Gabriela Mistral ¹.

LAS FUENTES CEGADAS

Han cegado las fuentes que brotara el Señor
a través de las negras escorias del vivir;
que perdonar hacían la maldad y el dolor
logrando entre las guijas sus plantas escurrir.
¡Han cegado las fuentes que brotara el Señor!

Las fuentes en que el cielo sus oros reflejó
para hacer a la tierra soñar con el Azul,
y entre el Azul y el antro cada fuente tejió,
para ir del uno al otro, una escala de tul.

¡Dicen que ya no queda sobre la tierra amor!
Dicen que han hecho fosas para enterrarlo
[bien;
que crecerán en dicha los que sin él estén;
pues descubrióse que era raigambre de dolor.
¡Dicen que ya no queda sobre la tierra amor!

Dicen que lo escondieron en tan sombrío
[hondor
que, sangrando las plantas, nadie en su busca
[irá;
y que la humanidad de un futuro mejor
de que existió y fué bello, noticias no tendrá.

Cuentan otras horribles verdades, además.
Una paloma azul no aloja el corazón.
El corazón no es ala que se hincha en su
[prisión
recordando los vuelos de que antes fué capaz.
Cuentan otras terribles verdades, además...

Dicen que en su sagrado e impaciente tem-
[blor
ya no dan las estrellas pensamientos de ideal;
que rinden culto al rubio dollar, Nuestro Se-
ñor,
y su origen pregonan antiguo y celestial.

Que aunque crucemos tierras y los mares
[también
no nos saldrán al paso, sonriente la faz,
la hermana Lealtad ni el caballero Bien,
pues el hombre del siglo ha conseguido, audaz,
mandarlos a otro antro donde sitio le den...
Cuentan otras terribles verdades, además.

Dicen que fué en sus máquinas donde el
[hombre aprendió
y se hizo un mal artífice, de frágil material;
y que a falta de miembros férreos se trocó
el corazón parlero en mudo pedernal;

que la máquina al árbol por siempre extin-
[guirá,
arrastrando los nidos la rama en su cojín;
y cuando la corola postrer muerta esté ya
y arda de las alondras el divino clarín,
de cada alma un rojo demonio se alzaré.

¹ Bajo el seudónimo de Gabriela Mistral se
oculta el nombre de una distinguida escritora
chilena que será una de nuestras más asiduas
colaboradoras.

*Han cegado las fuentes que brotara el Señor
a través de las negras escorias del vivir;
que perdonar hacían la maldad y el dolor
logrando entre las guijas sus plantas escurrir.
¡Han cegado las fuentes que brotara el Señor!
¡ñor!...*

Gabriela Mistral.

Norte y Sur, Santiago, Nº 2, septiembre de 1913.

La revista *Norte y Sur* en que apareció esta composición estaba dirigida por David Rojas González, comprovinciano de G. M. y compañero suyo de labores en *La Voz de Elqui*, diario del cual Rojas González fué director. A pesar del anuncio que se ha podido leer en la nota de la revista, no hubo más colaboración porque *Norte y Sur* no siguió publicándose.

11

DICE EL ROSAL FLORIDO

A D. Maximiliano Salas Marchán.

*Sé como yo, obediente al insigne mandato.
Bajo de una montaña de pétalos me abato.
He florecido entero, desde la tierra misma
al penacho de testa. ¡Mi esfuerzo no te abis-
[ma?*

*Entero, entero, entero florezco. Me ha to-
lcado
ese soplo de Génesis que pasó por el prado,
y a través de mis tallos las yemas se turbaron,
se irguieron, sus puntillas aguzando... bro-
[taron!*

*¡Sabes? Es una fiebre, es una cosa enorme,
sed de dar en exceso, aunque el dar me de-
[forme,
un deseo violento de entregarme en esencia
y de compenetrarlo todo con mi existencia.*

*Que la bestia me deje penetrar por su dura
fauce que no ha sabido de una presencia pura;
que el alma que me aspira se enloquezca de
[amor;
que me crean el hálito bajado del Señor.*

*Que todos me posean. Que me sientan los
[seres
penetrar por sus poros ávidos de placeres,
y que se queden, cuando por su boca he pa-
[sado,
puros como el cristiano después que ha co-
[mulgado.*

*¡Florecer! ¡florecer! quedar agonizante
por entregar al viento la primicia fragante.
¡No dejar en las ramas, ni en la más sar-
[mentosa
sitio que no haya alzado la gloria de una rosa!*

*Se siente cómo crujen mis ramillas ligeras...
Sobre el suelo se tienden diez guirnaldas en-
[teras.
Que tal fecundidad me mata, el hombre
[piensa,
¡no sabe que gritara toda mi dicha inmensa!*

*Pobre hermano, tú crees que producir fa-
[tiga
para renovar fuerzas ¡no está la tierra amiga?
¡Si somos un depósito sagrado e inmortal!
¡O ser hombre es, acaso, menos que ser rosal?*

Gab. Mistral.

Sucesos, octubre 23 de 1913.

12

EL HIMNO AL ARBOL

*Arbol hermano, que clavado
por tus raíces en el suelo,
la frente verde has elevado
en una intensa sed de cielo,*

*hazme amoroso para el suelo
por cuyos jugos me mantengo,
sin que este amor mate el anhelo
del país azul de donde vengo.*

*Arbol que anuncias al viandante
la suavidad de tu presencia
con tu amplia sombra refrescante
y con el nimbo de tu esencia,
haz que delate mi presencia
en las praderas de la vida,
mi suave y cálida influencia
sobre las almas ejercida.*

*Arbol diez veces productor:
el de la poma sonrosada,
el del madero constructor,
el de la brisa oxigenada,
el del follaje amparador,
el de las gomas suavizantes
y las resinas milagrosas,
pleno de tirsos agobiantes
y de gargantas melodiosas,*

*hazme en el dar un opulento.
Para igualarte en lo fecundo,
el corazón y el pensamiento
se me hagan vastos como el mundo!*

*Y todas las actividades
no lleguen nunca a fatigarme.
Las magnas prodigalidades
salgan de mí sin agobiarme.*

*Arbol donde es tan sosegada
la pulsación del existir,
y ves mis fuerzas la agitada
fiebre del siglo consumir,*

*hazme sereno, hazme sereno,
de la viril serenidad
que dió a los mármoles helenos
su soplo de divinidad.*

*Arbol que no eres otra cosa
que un universo protector,
pues cada rama mece airosa
en cada nido un ser de amor,*

*hazme un follaje vasto y denso,
tanto como han de precisar
los que en el bosque humano inmenso
rama no encuentran para hogar!*

*Arbol que donde quiera aliente
tu cuerpo lleno de vigor,
asumes invariablemente
el mismo gesto amparador,*

*y al borde negro de un abismo,
o dominando un prado en flor,
afecta tu follaje el mismo
santo ademán cobijador,*

*haz que a través de todo estado
—niñez, vejez, placer, dolor—
mantenga mi alma su invariado
y universal gesto de amor!*

Gabriela Mistral.

Nueva Luz, Santiago, diciembre de 1913, páginas 500-2.

Ha sido recogido por la autora en *Ternura*, con grandes variantes y dedicado "A José Vasconcelos" y también en *Lecturas para mujeres*, en donde apareció sin dedicatoria alguna. La revista *Nueva Luz* era órgano de instituciones teosóficas chilenas.

13

Lecciones de humildad.

EL ARBOL DICE

*No alabes el rosado arbol de mis flores,
ni mis jóvenes hojas, brillantes como espada,
ni mis leños potentes, del hogar construc-
tores,
ni mi majestuosa cúpula abovedada.*

*Alábame al obrero sufrido que sostiene
mi macizo monstruoso, que a Hércules fatigara,
alaba aquello humilde y escondido, que tiene
la abnegación de un nuevo Cristo que se in-
molara.*

*La raíz parda loa, que da nieve a mis flores,
y esmeralda a mis hojas, y a mi madera olor,
y en la tierra descende a siniestros hondores,
en busca de agua y sales que me hinchen de
[vigor.*

Gabriela Mistral.

Sucesos, 5 de febrero de 1914.

Fué publicado más adelante en la antología *Selva Lírica* con una sola variante: "La raíz parda alaba..." en lugar de "loa", en el primer verso del último cuarteto. La mención de serie *Lecciones de humildad* naturalmente no se lee en aquella antología.

14

Gabriela Mistral.

HIMNO AL ARBOL

(A la señora Amanda Labarca Hubertson).

*Arbol hermano, que clavado
por tus raíces en el suelo
la frente verde has elevado
en una intensa sed de cielo:*

*Hazme amoroso con el suelo
de cuyos jugos me mantengo,
sin que este amor mate el anhelo
del país azul de donde vengo.*

*Arbol que anuncias al viandante
la suavidad de tu presencia
con tu amplia sombra refrescante
y con el nimbo de tu esencia:*

*Haz que delate mi presencia
en las praderas de la vida
mi suave y cálida influencia
sobre las almas ejercida.*

*Arbol diez veces productor:
el de la poma sonrosada,
el del madero constructor,
el de la brisa oxigenada,
el del follaje amparador;*

*El de las gomas suavizantes
y las resinas milagrosas,
pleno de tirsos agobiantes
y de gargantas melodiosas:*

*Hazme en el dar un opulento.
Para igualarte en lo fecundo,
el corazón y el pensamiento
se me hagan vastos como el mundo!*

*Y todas las actividades
no lleguen nunca a fatigarme;
las magnas prodigalidades
salgan de mí sin agotarme.*

*Arbol donde es tan sosegada
la pulsación del existir,
y ves mis fuerzas la agitada
fiebre del siglo consumir:*

*Hazme sereno, hazme sereno,
de la viril serenidad
que dió a los mármoles helenos
su soplo de divinidad.*

*Arbol que no eres otra cosa
que un universo protector,
pues cada rama mece airosa,
en cada nido, un ser de amor:*

*Dame un follaje vasto y denso,
tanto como han de precisar
los que en el bosque humano —inmenso—
rama no encuentran para hogar.*

*Arbol que donde quiera aliente
tu cuerpo lleno de vigor,
asumes invariablemente
el mismo gesto amparador;*

*Y así en el borde de un abismo
o presidiendo un prado en flor,
afectas con tu fronda el mismo
santo ademán cobijador:*

*Haz que a través de todo estado
—niñez, vejez, placer, dolor—
asuma mi alma su invariado
y universal gesto de amor.*

*Revista de Educación Nacional, marzo de
1914, págs. 50-2.*

15

LA CHARCA

Era una charca pequeña, toda pútrida. Cuanto cayó en ella se hizo impuro: las hojas del árbol próximo, las plumillas de un nido, hasta los vermes del fondo, más negros que los de otras pozas. En los bordes, ni una brizna verde.

El árbol vecino y unas grandes piedras, la rodeaban de tal modo que el sol no la miró nunca, ni ella supo de él en su vida.

Mas, un buen día, como levantarán una fábrica en las cercanías, vinieron obreros en busca de las grandes piedras. Fué eso en un crepúsculo. Al siguiente día, el primer rayo de sol cayó en la copa del árbol vecino y se deslizó hacia la charca.

Hundió en ella el rayo su dedo de oro y el agua, negra como un betún, se clareó, fué rosada, fué azul, fué placa áurea, tuvo todos los colores: fué un ópalo cambiante y maravilloso. Pero, sobre todo, fué una cosa bella.

Primero, un asombro, casi un estupor, al traspasarla la flecha luminosa; luego, un placer desconocido al verse transfigurada; después... el éxtasis, la adoración callada e infinita de la presencia pura descendida, para ella, desde el cielo. Los vermes del fondo en un principio se habían enloquecido por el trastorno de su morada; ahora se estaban inquietos, perfectamente hundidos en la contemplación de la placa de oro que tenían encima!

Así la mañana, el mediodía, la tarde. El sol extremaba el ardor de su caricia. Era como si hubiera sentido la embriaguez de entregarse a ese ser sombrío, que nunca supiera antes de su belleza magna.

Así la mañana, el mediodía, la tarde. El árbol vecino, el nido del árbol, el pájaro del nido, sintieron el estremecimiento de aquel acto de redención y de amor, que junto a ellos se realizaba. Esa fisonomía de la charca, toda gloriosa, les parecía una cosa inusitada y extraña.

Y al descender el sol, se vió una cosa más extraña todavía. La caricia cálida fué, durante el día, absorbiendo el líquido impuro lenta, insensiblemente. Con el último rayo subió la última gota.

El hueso gredoso quedó abierto, como la órbita de un gran ojo vaciado. Los vermes se revolcaban agonizando en el légamo oscuro.

La presencia luminosa dió al depósito impuro el amor y la sed del azul. El rayo mensajero sirvió de esbelta escala. Y el ser mezquino se hizo allá arriba cosa sutil y bella, blanca del más intenso blancor.

Cuando el árbol y el pájaro vieron correr por el cielo una nube flexible y algodónosa, nunca hubieran creído que esa gala del aire era, ni más ni menos que su vieja vecina la charca mal oliente.

Para tantas charcas de aquí abajo ¿no hay obreros providenciales que quiten las piedras ocultadoras del sol que las hagan subir, transfiguradas, por su escala de oro?

Gab. Mistral.

*Nueva Luz, Santiago, marzo de 1914, págs.
570-1.*

Pudo leerse después en *Desolación*, con algunas variantes. Ya dijimos que *Nueva Luz* era publicación teosófica.

16

T A R D E

*Muere el día con una dulzura de mujer
y al celeste y al rosa va ahogando el violeta.
El hervor del espíritu se siente decrecer:
como un estanque pleno, cada pasión se
laquieta.*

*La brisa misma mueve levemente sus sedas
y evita un golpe de alas sobre la faz sagrada
de la tierra seráfica. Van descendiendo quedas
unas ovejas de égloga por la loma azulada.*

Y el día que vivimos se extingue como un
[bueno.
Al caos que le traga le arrebató del seno
fuerzas para la última pulsación de ocre in-
[tenso

que hace arder todo el cielo con un amor
[inmenso!
El corazón de bronce solloza en las esquilas
y las estrellas muestran sus lágrimas tran-
[quilas.

Gabriela Mistral.

Sucesos, 5 de marzo de 1914.

Publicación también el año siguiente
en la revista *Ideales* de Concepción, con
notables variantes.

17

HIMNO A LA NATURALEZA

Madre Naturaleza,
ya nunca más de ti han de separarnos
ni lo complejo ni lo artificioso.
¡Conforme a ti de nuevo han de formarnos!

Y nos haremos puros,
a la manera como tú eres pura,
con la pureza de la poma intacta,
y del dombo del Andes con la real blancura.

Y ser puro es ser fuerte,
así David pequeño. Y ser sencillo
es ser hermoso, así la hermana rosa,
ser alegre es ser bueno, así los pajarillos...

Madre Naturaleza, ya no te olvidaremos
por la ciudad que huele mal, ni aún por
nuestros hogares tibios: éstos los hizo el
[hombre
tan vulgares como él, a ti te hizo el Señor!

Buscaremos tus árboles.
La vida sana fluirá bajo ellos,
de su fruto fragante seda y sándalo,
de sus follajes bellos!

Y se harán nuestros músculos
como sus troncos, fuertes.
Tendremos el candor que ocultas tienen,
con sus caras ingenuas, las rosillas silvestres.

Y en los ojos tendremos,
la frescura viviente de las hojas.
Y en lucha arderemos con el fuego
que incendia, al sol, las amapolas rojas.

Y seremos más libres,
que manda libertad el noble viento,
el maestro de audacias que odia la vejez quieta
y adora el movimiento.

Madre Naturaleza,
ya nunca más de ti han de separarnos
ni lo complejo ni lo artificioso,
¡conforme a ti de nuevo han de formarnos!

Gab. Mistral.

1913.

Sucesos, 12 de marzo de 1914.

18

ENCARGANDOLA...

(A la dulce memoria de la que fué Victoria
Fernandois.)

Sé ligero sobre ella, bloque de mármol duro.
¡En la tierra su cuerpo rodó tan fatigado!
Cae en él como un lienzo, no caigas como un
[muro,
bloque de mármol, sobre su cuerpo delicado.

Sé dulce con la orquesta de tus hojas me-
[nudas,
álamo esbelto que su morada sombreas.
En las noches larguísimas, horriblemente
[mudas;
suave presencia amiga con tu follaje seas.

Sedle fieles, vosotros, los suyos, a la muerta.
Hay algo peor que ese corromperse en la
[sombra,
sin un contacto tibio, en una caja yerta,
sobre una plancha dura que el vegetal no al-
[fombra!

Hay algo peor que eso: el olvido mons-
[truoso,
el saberse borrada, como un trazo indeciso,
tras un vivir terreno suave y maravilloso,
borrada en el espíritu de aquellos que se
[quiso!

Gab. Mistral.

Sucesos, 2 de abril de 1914.

19

Poesías escolares

EL HIMNO AL ARBOL

(A la señora Amanda Labarca-Hubertson.)

Arbol hermano, que clavado
por tus raíces en el suelo,
la frente verde has elevado
en una inmensa sed de cielo:

hazme amoroso para el suelo
por cuyos jugos me mantengo,
sin que este amor mate el anhelo
del país azul de donde vengo.

Arbol que anuncias al viandante
la suavidad de tu presencia,
con tu amplia sombra refrescante
y con el nimbo de tu esencia:

haz que delate mi presencia
en las praderas de la vida
mi suave y cálida influencia
sobre las almas ejercida.

Arbol diez veces productor;
el de la poma sonrosada,
el del madero constructor,
el de la brisa oxigenada,
el del follaje amparador;

*el de las gomas suavizantes
y las resinas milagrosas,
pleno de tirso agobiantes
y de gargantas melodiosas:*

*hazme en el dar un opulento.
¡Para igualarte en lo fecundo,
el corazón y el pensamiento
se me hagan vastos como el mundo!*

*Y todas las actividades
no lleguen nunca a fatigarme,
las magnas prodigalidades
salgan de mí sin agotarme.*

*Arbol donde es tan sosegada
la pulsación del existir,
y ves mis fuerzas la agitada
fiebre del siglo consumir.*

*Hazme sereno; hazme sereno,
de la viril serenidad
que dió a los mármoles helenos
un soplo de divinidad.*

*Arbol que no eres otra cosa
que un universo protector,
pues cada rama mece airosa,
en cada nido, un ser de amor;*

*dame un follaje vasto y denso,
tanto como han de precisar
los que en el bosque humano —inmenso—
rama no encuentran para hogar.*

*Arbol que donde quiera aliente
tu cuerpo lleno de vigor,
asumes invariablemente
el mismo gesto amparador;*

*y así en el borde de un abismo
o presidiendo un prado en flor,
afectas con tu fronda el mismo
santo ademán cobijador:*

*haz que a través de todo estado
—niñez, vejez, placer, dolor—,
asuma mi alma su invariado
y universal gesto de amor.*

Gabriela Mistral.

Sucesos, 23 de abril de 1914.

20

*La primavera contará que ha visto
sol en los cielos y en tu pecho a Cristo.
Por el sendero del vivir humano
le pido a El que te lleve de la mano.
El padre que se fué, dejó contigo
a Jesús como padre y como amigo.*

1914.

Composición escrita con motivo de la primera comunión de doña María Reyes Santelices, alumna del Liceo de Los Andes, en el dorso de una lámina religiosa

y firmada por Lucila Godoy. "El padre que se fué" es alusión al reciente fallecimiento del progenitor de la joven Reyes.

Comunicada por don Raúl Bonilla Vicuña, Los Andes, a la revista *Ercilla*, que la publicó en su número de 30 de enero de 1957.

21

GABRIELA MISTRAL

Cuentos y Lecturas escolares: ¹

1.—*La raíz del rosal.* 2.—*Limpia tu fuente.* 3.—*Piececitos...* 4.—*Segunda parte del Himno cotidiano.* 5.—*El encuentro hermoso.*

LA RAIZ DEL ROSAL

Bajo la tierra, como sobre ella, hay una vida, un conjunto de seres que son bellos o monstruosos, que trabajan y luchan, que aman y odian. Viven allí los gusanos más oscuros, que son como cordones negros, las raíces de las plantas, estiradas como otros cordones terrosos, y los hilos de agua, estirados también como un lino palpitable. Dicen que hay otros más: los gnomos, no más altos que una vara de nardo, barbudos y regocijados.

He aquí lo que hablaron un día un hilo de agua y una raíz de rosal, al encontrarse.

—Vecina raíz, dijo el hilo de agua, nunca vieron mis ojos nada tan feo como tú. Cualquiera diría que un mono plantó su larga cola en la tierra y se fué dejándote. Parece que quisiste ser una lombriz, pero no alcanzaste su movimiento en curvas graciosas y sólo le has aprendido el beberse mi leche azul. Cuando paso tocándote, me la reduces a la mitad. Feísima, dime, ¿qué haces con ella?

Y la raíz humilde respondió:

¹ Estas poesías, llenas de lo más delicado e inspirador que ha producido el alma de la maestra chilena, formarán parte de la próxima edición de los *Libros de Lectura* del señor Manuel Guzmán Maturana. Damos las gracias a sus autores por esta interesante anticipación para la Revista de la A. de E. N.

—Verdad, hermano hilo de agua, que debo aparecer ingrata a tus claros ojos. El contacto largo con la tierra me ha hecho parda y la labor excesiva me ha deformado, como deforma los brazos al obrero. También yo soy una obrera; trabajo para una bella prolongación de mi cuerpo que mira al sol. Es a ella a quien envío la leche azul que te bebo; es para mantenerla fresca para lo que, cuando tú te alejas, voy a buscar los jugos vitales lejos, rompiendo con mi pequeño dedo las tierras duras.

Hermano hilo de agua, tú sacarás cualquier día tus plantas al sol. Busca entonces, mi prolongación hacia arriba, la criatura de belleza que soy bajo la luz.

El hilo de agua, incrédulo pero prudente, calló resignado a esperar, para saber la verdad. Cuando su cuerpo palpitar, ya más crecido, sacó sus plantas al sol, su primer cuidado fué buscar aquella prolongación de que la raíz hablara.

Y ¡oh, Dios! lo que sus ojos vieron! Primavera reinaba espléndida, y en el sitio mismo en que la raíz se hundía, una forma rosada, graciosa como figura de mujer, engalanaba la tierra. Se fatigaban las ramas bajo una carga de cabecitas rosadas, que hacían el aire hasta muy lejos aromoso y lleno de un secreto encanto. Hombres y bestias se detenían ante el arbusto magnífico, vestido entero de gasa fragante.

El arroyo desvió sus plantas hacia el rosal, para verlo mejor, y éste, como si recordara su deuda de agua azul, le deshojó sobre las aguas trémulas cuatro rosas que las perfumaron a su contacto.

Y el arroyo se fué meditando por la pradera en flor:

—¡Oh, Dios! cómo decía verdad la raíz humilde! ¡Oh, Dios! cómo lo que abajo era hilacha áspera y parda se torna arriba seda rosada! ¡Oh, Dios! cómo hay fealdades que son prolongaciones de belleza!

LIMPIA TU FUENTE

Separaba un alto matorral las dos fuentes y, siendo fuentes la dos, depósitos de agua vital, eran distintas como una roca y un árbol. En una bebían las bestias, porque estaba descubierta, y era

barrosa; la otra, velada por yerbas altas, era clara como los ojos de los niños. Cuando el campo quedaba solitario y volvían los labriegos a la aldea y las bestias entraban en sus antros, en los crepúsculos suaves, solían charlar las fuentes. La de pupila turbia contaba:

—Estoy rodeada de unas cañas pardas, largas como serpientes. Han venido hoy a beber en mí unos animales de ligero andar y cuerpo esbelto, pardos también. Ahora estoy copiando un cielo oscuro sobre el que van marchando algunos trapos sucios que se mueven con cierta gracia.

Y la fuente clara, con ojo de niño:

—También se doblan sobre mi vidrio redondo unas cañas altas, pero no son pardas; anchas y lustrosas, sus hojas echan penachos espléndidos hacia la luz. Las bestias que bebieron en tu linfa son unos ciervos de bella piel amarillenta y de vientre claro. El cielo que tenemos sobre la faz es de un azul dulcísimo y el crepúsculo lo ha veteado de zonas rosas. Las nubes son blancas y palpitan arriba como los nenúfares húmedos sobre nuestros vidrios.

Y la fuente de placa turbia alegaba aún:

—Imposible. Yo estoy más abierta al cielo y veo bien; la umbria que te hace la cañada proyecta quimeras sobre tu retina.

Y la fuente límpida, que por ser pura hospedaba la sabiduría:

—El hocico fino de las gacelas te enturbia, removiéndote, el claro seno; además, deben haberte crecido lamas viciosas en el fondo. Prueba resguardar de aquellas un remanso y despréndele la vegetación que asciende, malévola. ¡Verás, verás!

Tardes después, la fuente gredosa, con una alegría de niña:

—¡Hermana de velo azul, oye, oye! Hay un prodigio que se hace sobre mí y en mi contorno. Como me aseguraste, verdes son las cañas que me abanicán, los ciervos que pasan por la orilla tienen clara la bella piel y unos grandes lotos florecen sobre el cielo infinitamente dulce.

Cuando los seres te parecen mezquinos y la vida se desfloca, parda, como una cepa muerta, es que te han enturbiado tu linfa, limpia tu fuente...

PIECECITOS ...

*Piececitos de niño,
azulosos de frío,
cómo os ven y no os cubren,
¡Dios mío!*

*Piececitos heridos
por los guijarros todos,
ultrajados de nieves
y lodos!*

*Vosotros que marcháis
por los caminos rectos,
sed puros como sois
perfectos.*

EL HIMNO CUOTIDIANO

II

(Dedicado al presidente de la Asociación de Educación Nacional, Dr. Carlos Fernández Peña)

*Diré, Señor, lo que mi día
a entrambos ha alcanzado a dar;
pues me lo diste, no sabría
su cuenta al dueño rehusar.*

*Porque fui aliado y no agresor,
dulce me fué la humanidad.
Como fui a ella con amor,
vino a mi encuentro con bondad.*

*¡Todos mis odios se durmieron!
Si los rehacios no arrancué,
su sedimento no movieron;
ninguno púsose de pie.*

*Viví: luché, inquirí, amé.
Tal vez rodé, tal vez sufrí
un breve eclipse de mi fe.
¡Siempre mi acervo enriquecí!*

*Y se hizo dentro de mi ser
una capacidad mayor
para el servir y el comprender,
para el deber, para el dolor.*

*¡Oh, maravilla permanente
este vivir que alumbra el sol,
en el que cada herida ardiente
tiene virtudes de crisol;*

*en que el sangrar por el dolor
es un sutillar bendito
cada sentido vibrador
para sentires infinitos!*

III

*Fuí a ver tu faz en los rosales;
bajo del árbol te loé;
te supe Padre en los trigales;
en la húmeda brizna te besé.*

*Murió la luz, durmióse el aura.
En el silencio de las cosas
puéblame el sueño que restaura
de las visiones más hermosas.*

*Bajo de las constelaciones,
trémulas tiendas rutilantes,
plácidas duermen tus legiones,
que hicieron marchas enervantes.*

*Al alba de rosadas manos
venga trayendo otro vivir:
la suave comunión de hermanos
que Tú has soñado presidir.*

EL ENCUENTRO HERMOSO

A la señorita Fidelia Valdés Pereira, alma escogida.

I

*Madres, dejad que vengan hacia mí los pe-
[queños;
que yo enrede mi mano en sus rizos sedeños.
No puede el suave Cristo que la dulzura
[lejerce,
delante de los niños pasar sin conmoverse.*

*Ellos para acercarse no preguntan mi
[nombre
(¡me adivinan entero propicio para el hom-
[bre!)
ni les sabe a blasfemia que su Rey esperado
traiga los pies desnudos y el manto desg-
[rrado.*

*Aunque nunca me vieron, miradlos en mis
[brazos
estarse confiados como en vuestros regazos;
que si a vivir entre ellos mandaran a Jesús,
como una rosa trágica no se abriera en la
[cruz!*

*No han llegado a turbarles las palabras in-
[sanas
que separan las razas de las razas humanas.
Como aún tienen ellos el alma melodiosa,
sin comprender mi verba, la sienten armo-
[niosa.*

*Ni la pompa del árbol ni el oro de la es-
[trella
son en la tierra parda una vida tan bella.
Para ellos esa tierra crea con alegría
y la aurora rosada bautiza en gracia al día.*

*Si discutís problemas de la vida gravosa,
los apartáis con una actitud desdeñosa;
y en verdad os lo digo que la sabiduría
se ha refugiado en ellos que no odian todavía.*

*De una potencia oculta se halla dotado el
[puro
y es florecer insólito el suyo en el oscuro
légamo de miserias. Su corazón fragante
le ha formado en su torno una zona radiante.*

*¡Oh, manos que no blanden los hierros fra-
[trícidas!
¡Oh, frentes con un óleo de azucenas ungidas!
Formas en que no ha hincado su diente la
[lujuria;
bocas en las que no arden las brasas de la
[injuria!*

*Vuestro vaho invasor de impudicia y vio-
[lencia,
se detiene en la suave cima de su inocencia.
Mirado de la altura el humano paisaje,
sus almas sólo albean como el lino de un
[traje.*

*Y el mundo está escudado por esa carne
[casta.
¡Ay de la mano de hombre que deforma en
[su pasta
los moldes divinales en los que la han ceñido!
¡Más le valiera al triste no haber nunca na-
[cido!*

*Y he aquí que mis ojos lacerados y ardientes
de polvo de caminos y visión del vivir,
al posarse en sus rostros, como un frescor de
[fuentes
y una bondad de sedas han creído sentir.*

*Asombrado viandante que vas por el sen-
[dero,
lo estupendo que has visto ve a tu pueblo a
[contar:
¡entre un corro de niños platica placentero
el que entre dos ladrones van a crucificar!*

*Revista de Educación Nacional, diciembre de
1914, págs. 549-55.*

El poema en prosa *La raíz del rosal* apareció después en *Desolación*, con apreciables variantes. *Piececitos* apareció en *Ternura*, dedicado "A Jorge Guzmán Dinator", hijo de don Manuel Guzmán Maturana. Allí se observan grandes variantes porque las tres estrofas de esta versión de 1914 pasaron a seis.

22

PARA IR POR EL CAMINO

*¡Soñar, cantar! La carga se hace leal
si cantas por la senda, peregrino.
Se repleta de cielo, como de un vino azul, el
[alma inmensa,
y cantando, sacude el lodo del camino.*

*El lodo del sendero, al caminar, salpica;
la frente, arca de ensueño, nos infama.
Cantemos, sacudiéndolo,
nuestro amor a la estrella, que como un ojo
[de mujer nos llama.*

*Levantemos los ojos,
soberbia y bellamente. Recibamos
la bendición dorada de las constelaciones.
Oro de ellas, prendido en la carne llevamos.*

*Cantemos, peregrino,
es tan hondo, tan áspero, tan largo el camino!*

2 de En. 915.

Gab. Mistral.

Conservado en un álbum de don Isauro Santelices, vecino de Los Andes, y comunicado por éste a *El Diario Ilustrado*, que lo publicó en reproducción fotográfica en su edición de 10 de septiembre de 1954.

23

P I N A R E S

*El pinar, al viento,
vasto y negro, ondula
y canta unas cosas
de canción de cuna.*

*Pinos calmos, graves
como un pensamiento,
dormidme la pena,
dormidme el recuerdo.*

*Dormidme el recuerdo,
asesino pálido,
pinos que pensáis
con pensar humano.*

*Tan hondo el silencio
se ha hecho, que diría
que estamos tan lejos,
tanto, de la vida;*

*que se hallan tan lejos
los hombres, los hombres
que muerden envidias
y exprimen rencores.*

*El viento los pinos
suavemente adula.
¡Dormid, pinos negros,
dormid mi amargura!*

*La montaña tiene
el pinar vestida
como un amor grande
que cubrió una vida.*

*Nada le ha dejado
sin poseerlo, nada!
¡Como un amor ávido
que ha invadido un alma!*

*La montaña tiene
tierra sonrosada;
el pinar le puso
su negrura trágica.*

*Así, así era el alma,
—tapiz sonrosado—,
así el amor púsole
su vestido trágico.*

*El viento reposa
y el pinar se calla,
cual se calla un hombre
asomado a su alma.*

*El pinar medita,
enorme y oscuro,
como un ser que sabe
del dolor del mundo.*

*Pinar, tengo miedo
de pensar contigo,
miedo de acordarme
pinar, de que vivo!*

*Pinar, no te calles;
procura que duerma;
no te calles, como
un hombre que piensa!*

*El viento en los pinos
algún hijo arrulla.
Duérmete, recuerdo,
duérmete, amargura!*

*A tus brazos negros
dejarte colgada
quiero, como un trapo
desgarrado, mi alma.*

*Como un trapo inmenso
mi pena prendiérales.
Bajara a la vida
fuerte, nueva, nueva!*

*El pinar, al viento,
vasto y negro ondula
y canta unas cosas
de canción de cuna!*

Gabriela Mistral.

Pinares de Concepción, 1915.

Ideales, Concepción, enero 30 de 1915 p. 6.

Este poema pasó más adelante a *Desolación*, con variantes. Nótese, por la fecha al pie, que la poetisa había hecho viaje a Concepción desde Los Andes.

24

LOS CANTOS DEL SCOUT

Matinal

*La tierra es una rosa, abierta
con este sol al existir,
tal su fruición cantando al cielo
la gloria inmensa del vivir.*

*Grita la tierra sus vigores,
de nuestros cuerpos a través.
Con el orgullo de las madres,
mira pasar la esplendidez
de nuestros cuerpos irradiando
su triunfadora juventud,
y la alianza que encárnamos
de la potencia y la virtud.*

*Se ensancha el pecho en su anhelo
por recoger el esplendor
de esta alborada de prodigio
que hasta en las piedras pone amor.*

*Con las agujas de sus torres
se va perdiendo la ciudad,
y en plena sede penetramos
de la campestre soledad.*

*A nuestro paso quiere el árbol
la húmeda veste sacudir
y es el bañarnos en rocío
modo gentil de bendecir.*

*Y nos bendicen con el árbol
la suave alondra en su cantar
y hasta la hierba del sendero,
que con placer se deja hollar.*

*En donde se abre el horizonte
límpido y ancho como un mar,
las puntiagudas carpas blancas,
al caer la tarde, se han de alzar.*

*Ya fatigados dormiremos,
los rostros vueltos al fulgor
del firmamento constelado,
pupila enorme del Señor!*

*Vamos cantando en un delirio,
por estas sendas de ilusión:
si el labio al himno niega paso,
nos va a estallar el corazón!*

Gabriela Mistral.

Pacífico Magazine, febrero de 1915.

25

MIENTRAS BAJA LA NIEVE

*Ha bajado la nieve, divina criatura,
el valle a conocer.*

*Ha bajado la nieve, esposa de la estrella.
¡Mirémosla caer!*

*¡Dulce! Llega sin ruido, como los suaves seres
que recelan dañar.*

*Así baja la luna y así bajan los sueños.
¡Mirémosla bajar!*

*¡Pura! Mira tu valle cómo lo está bordando
de su ligero azahar.*

*Tienes unos claros dedos tan sabios y sutiles
que rozan sin rozar.*

*¡Bella! ¡No te parece que sea el don magnífico
de un alto donador?*

*Detrás de las estrellas su ancho peplo de seda
desgaja sin rumor.*

*Déjala que en la frente te diluya su pluma
y te prenda su flor.*

*¡Quién sabe si no trae un mensaje a los hom-
[bres,
de parte del Señor!*

Gabriela Mistral.

Zig-Zag, 6 de febrero de 1915.

Recogida por la autora en *Ternura*, con variantes apreciables. En esa publicación se registra además un cambio que nos parece notable errata. Donde la autora había puesto, en *Zig-Zag*, "ancho peplo de seda", en *Ternura* se leía "pletro de seda", que no parece tener sentido.

26

LOS SONETOS DE LA MUERTE

Del nicho helado donde los hombres te pu-
Isieron
te bajaré a la tierra humilde y soleada.
Que he de dormirme en ella los hombres no
Isupieron
y que hemos de soñar sobre una misma al-
Imohada.
Te acostaré en la tierra soleada con una
dulcedumbre de madre para el niño dormido,
y la tierra ha de hacerse suavidades de cuna,
para tocar tu cuerpo de niño dolorido.

Luego iré espolvoreando tierra y polvo de
Irosas,
y en la azulada y leve polvareda de luna,
los despojos livianos irán quedando presos.
Me alejaré cantando mis venganzas her-
Imosas,
porque a ese hondor recóndito la mano de
Ininguna
bajará a disputarme tu puñado de huesos...

II

Este largo cansancio se hará mayor un día
y el alma dirá al cuerpo que no quiere seguir
arrastrando su masa por la rosada vía
por donde van los hombres, contentos de
Ivivir...

Sentirás que a tu lado cavan briosamente,
que otra dormida llega a la quieta ciudad.
Esperaré que me hayan cubierto totalmente.
Después... vamos a hablar por una eter-
Inidad.

Sólo entonces sabrás el por qué no madura
para las hondas huesas tu carne todavía,
tuviste que bajar, sin fatiga a dormir...

Se hará luz en la zona de los sinos, oscura,
sabrás que en nuestra alianza signo de astros
Ihabía
y, roto el pacto enorme, tenías que morir!

III

Malas manos tomaron tu vida desde el día
en que, a una señal de astros, yo dejé su
Iplantel
nevado de azucenas. En gozo florecida.

Malas manos entraron trágicamente en él.

Y yo le dije a Dios: "Por las sendas mor-
Itales
le llevan. ¡Sombra amada que no saben guiar!
Arráncalo, Señor, a esas manos fatales
o le hundes en el hondo sueño que le sabes
Iudar".

"¡No le puedo gritar, no le puedo seguir!"
"Su barca empuja un negro viento de tem-
Ipestad".

"¡Retórnalo a mis brazos o lo siegas en flor!"
Se detuvo la barca rosa de su vivir...

¿Que no sé del amor, que no tuve piedad?
Tú, que vas a juzgarme, lo comprendes, Se-
Inor!

1909.

Gabriela Mistral.

Zig-Zag, 6 de marzo de 1915.

Por haber sido tantas veces publicados
los Sonetos de la muerte, no parecía in-

dispensable su reproducción en esta se-
rie. Los damos, sin embargo, porque en
esta publicación de Zig-Zag se lee al pie
la fecha 1909, sobre la cual hemos llama-
do la atención del lector en algunas lí-
neas de la Introducción. Fuera de ello
hay variantes muy ligeras. Mayores po-
drían encontrarse, comparando diversas
publicaciones, hasta llegar a la forma
que tuvo esta serie de tres sonetos en
Desolación, tercera edición (Santiago,
1926), que debe ser considerada la defi-
nitiva.

27

RUTAS ILUSORIAS

De Julio Munizaga Ossandón.

Estas Rutas no tienen nada de otros sen-
Ilderos
nuestros. Es sonrosada su tierra, y en gra-
Iciosas
curvas cortan el campo y ascienden los oteros,
divinamente suaves, dilectamente hermosas.

El ultraje no admiten, en su tapiz sedeño,
de pies plebeyos: quien huella su cinta rosa
ha de tener los ojos fatigados de ensueño,
decir de selección y marcha melodiosa.

Tal como en otros tiempos, yo extranjero lo
Imiro,
huésped extraño dentro mi país de vigor;
quizás no lo comprendo; sin embargo, lo ad-
Imiro.

Suele a veces un rey de mano suave y fina
dar mano y amistad a un agrío leñador.
Así acepte el poeta mi amistad campesina.

El viandante dilecto de estas Rutas rosadas
está amasado en pasta fragante de azucenas,
a la luz de la estrella de más clara mirada.
Como es hijo de dioses, gusta cosas serenas.

Ningún ardor le mancha las venas azuladas;
por el valle de su alma corre un río de mieles,
y os diré que estas Rutas de luna iluminadas
llegan hasta una selva sonora de laureles.

Y os diré: desconfiad de este verso sereno
que no es verso dichoso. A veces, como un
Iseno
lo hinchan los caudalosos ríos de la amar-
Igura,

una amargura olímpica que ni aúlla ni grita,
que es callada y es noble tanto como infinita.
¡El verso sangra, sangra, con inmensa dul-
Izural!

Gabriela Mistral.

Sucesos, marzo 18 de 1915.

La expresión Rutas ilusorias corres-
ponde al título del libro de poesías que
publicó Julio Munizaga Ossandón (1888-
1924), comprovinciano de G. M.

28

De Gabriela Mistral a Iris.

Señora Inés Echeverría de Larraín,
Santiago.

Señora: Desde hace cinco o seis meses, desde que leí una entrevista publicada en *Zig-Zag*, tengo como la obsesión de escribirle. Habló usted al que fué a verla, de unos proyectos de asociación con fines de alta espiritualidad, y yo leí eso con una emoción enorme. Desde entonces he tenido pronta la hoja blanca para mandarle mi homenaje de admiración y mi ruego.

Siempre me detuvo el pensar que siendo yo nadie, mi palabra se perdería. Hoy me he decidido. Acabo de leer un maravilloso artículo de Annie Besant, y mi prejuicio lo he vencido con este pensamiento: yo no pido respuesta para esta carta, yo necesito decirle lo que sigue, nada más.

Necesitamos una asociación de la índole de la que usted habló al repórter. Sería ésa la obra más alta que se haya hecho en Chile desde hace cinco o más años. Hay que abrir a la espiritualidad brechas más anchas en el vivir humano, en el arte, en la literatura sobre todo, que está anegada en barro pesados. Usted y sólo usted puede y debe ponerse a la bella empresa. Hay mil almas indecisas; pero llenas de buena voluntad, prontas al llamado, que irán hacia usted. No le hablo de mí que nada signifique; le hablo de muchas gentes en que estas cosas despiertan como una alba inmensa y dorada, y que usted reunirá a su sombra para trabajar. Esta voz ardorosa que le llega a usted desde una desconocida de provincia, le dice —aunque sepa mejor de esto—, que la simple insinuación de sus proyectos prendieron entusiasmo y cariño en muchos espíritus. Cariño por usted que quiere prestigiar estas ideas con su luminoso nombre, por todos respetado.

Quisiera hablarle más, muchísimo más, pero el estar enferma, y el tener que escribirle con mi letra y no a máquina, la dificultad que tendrá usted para leerme, me hacen dejar de escribir. He dicho lo suficiente: que espero su obra, que la esperan muchos, que es usted quien ha de poner mano a ella; que el

bien que traiga todo esto echará lirios en su camino, bajo sus plantas finas.
Con admiración y respeto.

Los Andes, 1915. *Gabriela Mistral.*

Sucesos, marzo 25 de 1915.

En esta carta parece encontrarse el origen de la institución llamada *Círculo de Lectura de Señoras* que se fundó dentro del mismo año 1915 en Santiago y que dió origen, meses después, al *Club de Señoras*.

29

Extensión artística

Gabriela Mistral.

LA ENCINA

A la señorita Brígida Walker,
en sus bodas de plata de maestra.

I

*Esta alma de mujer, viril y delicada,
dulce en la gravedad, severa en el amor,
es una encina espléndida de sombra perfu-
[mada,
por cuyos brazos rudos trepara un mirto en
[flor.*

*Pasta de nardos suaves, pasta de robles
[fuertes,
le amasaron la carne rosa del corazón;
y aunque es altiva y recia, si miras bien, ad-
[viertes
un temblor en sus hojas, que es temblor en
[emoción.*

*Dos millares de alondras el gorjeo apren-
[dieron
en ella, y hacia todos los vientos se espar-
[cieron,
para poblar los cielos de gloria! Noble encina
déjame que te bese en el tronco llagado,
que con la diestra en alto, tu macizo sagrado
largamente bendiga, como hechura divina!*

II

*El peso de los nidos ¡fuerte! no te ha ago-
[biado.
Nunca la dulce carga pensaste sacudir.
No ha agitado tu fronda sensible otro cuidado
que el ser ancha y espesa, para saber cubrir.*

*La vida (un viento) pasa por tu vasto follaje
como un encantamiento, sin violencia, sin voz;
la vida tumultuosa golpea en tu cordaje
con el sereno ritmo que es el ritmo de Dios.*

*De tanto albergar nido y tanto albergar
[canto,
de tanto hacer tu seno aromada tibieza,
de tanto dar servicio y tanto dar amor,
todo tu leño heroico se ha vuelto encina
[santa,
se te ha hecho en la fronda inmortal la belleza
y pasará el Otoño sin tocar tu verdor.*

III

Porque tus brazos sólo sostener han sabido,
y tu sombra la diste fragante y fresca al suelo,
y tus leños de savias sagradas se han hen-
[chido,

porque fuiste criatura de amor bajo los cielos,
porque enseñaste el vuelo a las almas me-
[drosas,
y armonía pusiste en sus mudas gargantas,
y a la vida las diste blancas y melodiosas,
ungidas en la gracia de tus arcadas santas,

¡encina! noble encina! Yo te digo mi canto!
Que nunca de tu tronco mane amargor de
[llanto,
que delante de ti prosterne el leñador
de la maldad humana, sus hachas; y que
[cuando
el rayo de Dios hiérate, para ti se haga blando
y ancho como tu seno el seno del Señor!

Revista de Educación Nacional, Santiago,
abril de 1915. Págs. 75-76.

Publicóse luego este poema en *Desolación*, con grandes variantes. En el libro quedó la dedicatoria pero reducida en la siguiente forma: "A la maestra señorita Brígida Walker". Los tres sonetos, por otra parte, sin perjuicio de apreciables cambios de estilo, fueron reducidos a dos y del tercero se conservaron sólo los tercetos.

30

T A R D E

Muere el día con una dulzura de mujer,
y el celeste y el rosa van cediendo al violeta.
El hervor del espíritu se siente decrecer:
como un estanque pleno, cada pasión se
[aquieta.

Tímidamente el aura desenvuelve sus sedas
y evita un golpe de alas sobre la faz sagrada
de la Tierra seráfica. Van descendiendo
[quedas
unas ovejas de égloga por la loma azulada.

Y el día que vivimos se muere como un
[bueno.
Al caos que le traga le arrebató del seno
fuerza para la última pulsación de oro in-
[tenso...

que hace arder todo el cielo, como un amor
[inmenso...
Plañe, vuelto sensible, el bronce en las es-
[quilas
y las estrellas muestran sus lágrimas tran-
[quilas.

Gabriela Mistral.

Ideales, Concepción, 24 de abril de 1915, p. 5.

31

Extensión artística

Gabriela Mistral.

LA MAESTRA RURAL

La maestra era pura. "Los suaves horte-
[lanos,
decía, de este predio, que es predio de Jesús,
han de conservar puros los ojos y las manos,
guardar claro su aceite, para dar clara luz".

La maestra era pobre. Su reino no era hu-
[mano.
(Así en el melodioso sembrador de Israel).
Vestía sayas pardas, nunca enjoyó su mano
¡y era todo su espíritu un enorme joyel!

La maestra era alegre. ¡Pobre mujer he-
[trida!
chorreando su llaga, conseguía sonreír.
Su sandalia no supo de una senda florida
y cantaba la inmensa santidad de vivir.

¡Dulce ser! En su río de mieles caudaloso,
abrevó largamente sus tigres de dolor.
Los hierros que le abrieron el pecho generoso,
ensancharon las cuencas rosadas del amor.

Daba sombra por una selva su encina hen-
[dida
y el día en que la Pálida la convidó a partir,
pensando en que su madre la esperaba, dor-
[mida,
a la de ojos profundos se dió sin resistir.

Y en su Dios se ha dormido, como en cojín
[de luna.
Almohada de sus sienas una constelación.
Canta el Padre para ella sus canciones de cuna
y la paz llueve largo sobre su corazón.

¡Oh, labriego, cuyo hijo de su labio apren-
[día
el himno y la plegaria, que no viste el fulgor
del lucero cautivo que en su carne esplendía,
pasaste sin besar su corazón en flor!

Campesina, ¿recuerdas que alguna vez
[prendiste
su nombre a un comentario brutal o baladí?
Cien veces la miraste, ninguna vez la viste
y en el solar de tu hijo de ella hay más que
[de ti!

Pasó por él su fina, su perfumada esteva,
abriendo surcos donde alojar perfección.
La albada de virtudes de que lento se nieva,
es suya. Campesina, ¿no le pides perdón?

Amó, sirvió, sufrió. ¡Divina! Estaba hecha
para exprimir aljófares sobre la humanidad.
Era su vida humana la dilatada brecha
que suele abrirse el Padre para echar cla-
[ridad.

Por eso aun el polvo de sus huesos sustenta
púrpura de rosales de violento llamear,
y el cuidador de tumbas como aroma, me
[cuenta,
las plantas del que huella sus huesos, al pasar.

Revista de Educación Nacional, Santiago, ma-
yo de 1915, págs. 116-117.

Aparece después en *Desolación*, con variantes. La expresión *Extensión artística* no es de la autora sino que corresponde a una sección de la *Revista de Educación Nacional*.

32

COMO LA VIO MI ESPIRITU

El poeta avanzó hacia la florida
guirnalda de mujeres. Pagano, turbador,
el cerco lo envolvió en su aliento de amor.
Se hizo un vasto silencio, y él nombró a la
[elegida.]

Y fué lento hacia el ser melodioso y dilecto;
tomó su mano como si tomara una flor.
(En la diestra del bardo alguien notó un tem-
[blor...])
La mostró con orgullo, como un verso per-
[fecto.]

Cual un verso exquisito la mostró, satis-
[fecho,
esbelta como un ala, suave como un alcor.
Afuera, de la noche horadaron el pecho

tres estrellas fugaces, con rápidas saetas.
Yo recibí temblando el signo anunciador,
y suspiré: "¡Ya tienen su Reina los poetas!"

Gabriela Mistral.

Los Andes.

Primerose, Chillán, 1º de mayo de 1915.

Con estos versos cuenta la poetisa la escena que pudo contemplar en el Teatro Municipal de Santiago cuando fueron premiados sus *Sonetos de la muerte*. El poeta que avanzó a escoger la Reina era Julio Munizaga Ossandón, ya referido más arriba, y la Reina escogida fué María Letelier del Campo.

33

EL NIÑO QUE ENLOQUECIO DE AMOR ¹

I

Cuenta el poeta en una página amarga y
[suave:
Suele un rayo de luna bajar su rizo fino
hasta el cojín fragante en donde duerme el
[ave
que, engañada, la sombra hiende con ala y
[trino.]

Surca la noche, y sueña que el empalidecido
zumo de luna, lívido, es sangre de la aurora,
y queda, el ala abierta y el tibio pecho hen-
[dido,
sobre los garfios vivos de una zarza traidora.

¹ Novela de Eduardo Barrios, cuya segunda edición aparecerá en breve, en vista del éxito que ha agotado la primera en pocos días.

Tal aquel niño insomne, que cuando el tri-
[no siente
golpearle en el cristal de la garganta loca,
desesperadamente llama al amanecer...

y en vez de la plegaria que el hechizo ahu-
[lyente
enloquecido siente que prendido en la boca
tiene, como una brasa, un nombre de mujer...

II

Trágica e ingenuamente lo llamó en la ti-
[niebla,
al sol remoto, al sol que permite cantar...
El sol no vino. En torno espesó más la niebla.
¡La llaga vergonzosa le ahogó hasta el clamar!

¡Aquella alba lejana, y el ala temblorosa
de la fiebre sagrada! No quiso sufrir más.
Y rasgó la negrura siniestra y silenciosa
¡y el ala y el cantar no se oyeron jamás!

Tras el monte, la aurora guiñó su guiño
[rosa;
una campana niña volteó jubilosa;
las alas al azul se sintieron llamar...

En un batir de gozo a los cielos subieron...
¡Sólo aquellas sangrantes en el polvo se vie-
[ron!
¡La garganta vaciada de fuego y de cantar!

Gabriela Mistral.

Sucesos, mayo 13 de 1915.

34

HIMNO AL AIRE

Abreme tu pecho, hombre, déjame a ti
[llegar
trayendo el alma múltiple de lo que he po-
[seído.
Aún me mojan los élitros las lágrimas del mar
y en mi besar se aspira el rosal florecido.

Abrete entero. Así los lotos de cien hojas.
Y vive en mí como ellos viven sobre las aguas,
y me entre por tus venas, como por brechas
[rojas,
a encenderte la vida como se encienden fra-
[guas.]

Yo te doy una cita de amor junto a la mar,
o en la umbria, si gustas de los templos cu-
[biertos.
Deja, para buscarme, la huesa de tu hogar.
¡La techumbre mejor son los cielos abiertos!

Cuando en los claros álamos me sentiste
[cantar
y en el molino que abre sus pétalos cautivos,
cuando grité enflorando sus lomos a la mar,
era a ti a quien llamaba con mis pañuelos
[vivos...]

Era a ti a quien clamaba que me abrieras
 [tus puertas
 selladas, cual las tapas de las tumbas eternas,
 para pintarte encima de las pupilas muertas
 la frescura que pinto sobre las hojas tiernas...

Por ti dejé la cumbre florida en maravillas
 y escurriéndome por las azules cuchillas,
 quebrándome los élitros, bajé a los llanos
 [quedos,
 ¡y por palparte el rostro me perfumé los
 [dedos!

Cuando a campo traviesa, invisible vian-
 [dante,
 voy de bocas humanas que me beban en pos,
 ¿no sientes en el toque de mis alas fragantes
 el toque del enorme abanico de Dios?

Deja tu techo odioso que no me deja amarte,
 deja la ciudad negra donde me encanallaron;
 trae tu copa exhausta en donde renovarte
 el gozo de vivir del que te despojaron.

Cree en mí con beato ardor, místicamente,
 y déjame insuflarte nueva alma y nueva
 [esencia;
 que te cambie el espíritu, y la carne y la
 [mente,
 cuya triple fatiga mancilla la existencia.

Llámame la pureza y llámame el amor,
 porque es gesto de amor mi ancha ala es-
 [tremecida;
 dame los nombres fuertes que suenan a vigor
 y los nombres excelsos que trasciendan a
 [vidas!

Mío tú, como el cofre rosado de la flor;
 mío como el pañuelo suelto de los follajes;
 mío como la ola de irisados encajes;
 mío: tú criatura, y yo renovador.

Como el follaje,
 como la flor,
 como el oleaje,
 soy tuyo, ¡oh, perfumado viajero, Aire, señor!

Gabriela Mistral.
 Sucesos, mayo 20 de 1915.

35

O T O Ñ O

Una mano sutil decapita las hojas,
 que van bajando muertas, pero todavía bellas,
 unas manchado el dorso de pinceladas rojas,
 otras con el diluído oro de las estrellas.

Se apaga en el jardín el rumor de las rosas;
 el sol desamorado nos besa tibiamente.
 Porque han fugado todas las criaturas her-
 [mosas,
 es el vivir humano como un doncel doliente.

Tras un otero suave surge la vela loca
 de la primera nube que va a los cielos puros.
 Corta el ambiente tibio una ráfaga fría

si esa nube de lino en aguas se desfloca.
 ¡Y aunque el árbol se incendie con sus frutos
 [maduros,
 el alma, por las hojas, tiene melancolía!

P R I M A V E R A

Sus pulidos cristales han lavado los cielos.
 Envían aguas puras las vertientes andinas,
 donde un sol amoroso va iniciando el deshielo.
 Las rosas, en las cercas, cuelgan sus testas
 [finas.

El duraznero mece su viviente percal
 y la mancha rosada pinta la tierra negra.
 Se diría que el mundo, libertado del mal,
 como un gran niño puro, con sus rosas se
 [alegra.

Lleva un alado sello de dulzura y candor
 cada semblante de hombre que encuentro en
 [el sendero.
 La vida es tan intensa, que ha rodado exte-
 [nuada

una alondra en delirio, tras su canto de
 [amor,
 ¡Y hasta una charca pútrida, copiando en su
 [lagujero
 la turquesa de arriba, se está transfigurando.

¡ECHA LA SIMIENTE!

El surco está abierto, y su suave hondor,
 bajo el sol, semeja una cuna ardiente.
 Labriego, tu obra es grata al Señor.
 ¡Echa tu simiente!

Porque nunca el hambre, negro segador,
 a tu hogar se llegue solapadamente.
 Para que haya pan, para que haya amor,
 ¡echa la simiente!

Gabriela Mistral.

Primerose, Chillán, 19 de junio de 1915.

De estas tres composiciones ¡Echa la simiente! fué recogida más adelante por la poetisa en su libro *Ternura*, pero con grandes variantes. Las dos estrofas de esta publicación de 1915 pasaron en aquel libro a cuatro.

36

HABLANDO AL PADRE

(Del libro próximo a publicarse "Suaves decires".)

Padre, has de oír
 este decir
 que se me abre en los labios como flor.
 Te llamaré
 padre, porque
 la palabra me sabe a más amor.

Tuya me sé
 porque miré
 en mi carne prendido tu fulgor.
 Me has de ayudar
 a caminar
 sin deshojar mi rosa de esplendor.

Me has de ayudar
a alimentar
como una llama azul mi juventud,
sin material
basto y carnal,
¡con olorosos leños de virtud!

Por cuanto soy,
gracias te doy;
porque me abren los cielos su joyel,
me canta el mar
y echa el pomar,
para mis labios, en sus pomas miel.

Porque me das,
Padre, en la faz
la gracia de la nieve recibir,
y por el ver
la tarde arder:
¡por el encantamiento de existir!

Por el tener
más que otro ser
capacidad de amor y de emoción,
y el anhelar,
y el alcanzar
ir poniendo en la vida perfección.

Padre, para ir
por el vivir,
dame tu mano y tu amistad,
pues, te diré,
sola no sé
ir rectamente hacia tu claridad.

Dame el saber
de cada ser
a la puerta llamar con suavidad;
portarle un don
—mi corazón—
y nevarle de lirios su heredad.

Dame el pensar
en ti, al rondar
herida en medio del camino. Así
no clamaré,
recordaré
el vendador sutil que alienta en ti.

Tras el vivir,
dame el dormir
con los que a mi querer ataste aquí.
Dé tu arrullar
bello el soñar
¡y nos haga hogar dentro de ti!

Gabriela Mistral.

Sucesos, 3 de junio de 1915.

En *Ternura*, con variantes apreciables.
Nótese la mención del libro que anun-
ciaba G. M., *Suaves decires*, jamás pu-
blicado.

37

LA PREVENCION ...

Para la señorita Herminia Valdés B.

Ojos tristes y medrosos
que me miráis con temor,
ojos graves, ¿presentis
o conocéis ya el amor?

Cantando irá, en una siesta
ardiente hasta tu balcón.
¡La lírica llaga viva
se abrirá en el corazón!

La lírica llaga roja,
que da el plañer y el cantar,
la que de granates vivos
la sendica hace bordar.

Cabecita bella para
sobre algún hombro rodar
desmayada, cabecita
para sueños buen nidar:

Guárdate del niño loco
de la venda y la saeta,
no te salga entre unas breñas,
disfrazado de poeta...

Ojos del suave color
de los florecidos linos,
saltará el malandrín ciego
de las breñas del camino...

Gabriela Mistral.

Figulinas, junio 8 de 1915, p. 2.

38

Extensión artística

Gabriela Mistral.

PLEGARIA POR EL NIDO

(Dedicada a la Sociedad Recreos Infantiles
Dominicales).

¡Señor, Señor! por un hermano pido,
Indefenso y hermoso: ¡por el nido!

Dulce tu brisa sea al mecerlo,
Dulce tu luna al platearlo,
Fuerte tu rama al sostenerlo,
Bello el rocío al enjorarlo.

Florece en su plumilla el trino,
Ensayo en su almohadica el vuelo.
¡Y el canto tiene de divino!
¡Y el ala es cosa de los cielos!

De su conchita perfumada
Rellena con hilacha rubia,
Desvia el vidrio de la helada
Y las guedejas de la lluvia.

El viento de manaza brusca
Que lo dispersa a su caricia
Y la mirada que lo busca
Toda encendida de codicia.

Tú, que me afeas los martirios
Dados a las criaturas finas
Al copo hinchado de los lirios
Y a las pequeñas clavelinas.

*Guarda su estuche con cariño
Y pálpalo con emoción
Tirita, al viento, como un niño;
Es parecido a un corazón.*

*¡Señor, Señor! por un hermano pido,
Indefenso y hermoso: ¡por el nido!*

Revista de Educación Nacional, Santiago, junio y julio de 1915, p. 245.

Fué recogido después en *Ternura*, con variantes y sin dedicatoria alguna.

39

PLEGARIA POR EL NIDO

*¡Señor, Señor! por un hermano pido,
indefenso y hermoso: ¡por el nido!*

*Dulce tu brisa sea al mecerlo,
dulce tu luna al platearlo,
fuerte tu rama al sostenerlo,
bello el rocío al enjorarlo.*

*De su conchita perfumada
rellena con hilacha rubia,
desvía el vidrio de la helada
y las guedejas de la lluvia;*

*desvía el viento de ala brusca
que lo desflora a su caricia;
y la mirada que lo busca
toda encendida de codicia.*

*Tú, que me afeas los martirios
dados a las criaturas finas:
al copo claro de los lirios
y a las pequeñas clavelinas,*

*guarda su forma con cariño
y pálpala con emoción.
¡Tirita al viento, como un niño;
es parecido a un corazón!*

*¡Señor, Señor! por un hermano pido,
indefenso y hermoso: ¡por el nido!*

Gabriela Mistral.

Familia, julio de 1915.

La pieza anterior mostró la forma de este poema en la *Revista de Educación Nacional*. A pesar de la corta distancia de tiempo que ha debido mediar entre ambas publicaciones, en esta de *Familia* se observa la supresión de una estrofa de cuatro versos, fuera de no pocas variantes.

40

P I N A R E S

*El pinar, al viento,
vasto y negro ondula
y canta unas cosas
de canción de cuna.*

*Pinos calmos, graves
como un pensamiento,
dormidme la pena,
dormidme el recuerdo;*

*dormidme el recuerdo,
—asesino pálido—
pinos que pensáis
con pensar humano.*

*Tan hondo el silencio
se ha hecho, que diría
que estamos tan lejos,
tanto, de la vida;*

*que se hallan tan lejos
los hombres, los hombres
que muerden envidias
y exprimen rencores.*

*(El viento los pinos
suavemene adula.
¡Duérmete, recuerdo;
duérmete, amargura!)*

*La montaña tiene
el pinar vestida
como un amor grande
que cubrió una vida.*

*¡Nada le ha dejado
sin poseerla, nada!
¡Como un amor ávido
que ha invadido el alma!*

*La montaña tiene
tierra sonrosada;
el pinar le puso
su negrura trágica.*

*Así, así será el alma
—alcor sonrosado—.
Así el amor púsolo
su vestido trágico.*

*El viento reposa
y el pinar se calla,
cual se calla un hombre
asomado a su alma.*

*El pinar medita
enorme y oscuro,
como un ser que sabe
del dolor del mundo.*

*Pinar, tengo miedo
de pensar contigo,
miedo de acordarme,
pinar de que vivo.*

*Pinar, no te calles,
procura que duerma.
No te calles como
un hombre que piensa.*

*A tus brazos negros
dejarte colgada
quiero, como un trapo
desgarrado, mi alma.*

*Como un trapo inmenso,
mi pena prendiérala;
bajará a la vida
fuerte, nueva, nueva!*

*(El viento en los pinos
algún hijo arrulla.
¡Duérmete recuerdo;
duérmete amargura!)*

Gabriela Mistral.

Pinares de Concepción.

Figulinas, julio de 1915, p. 4.

41

LOS VERSOS VIEJOS

*Carta que nunca llegas,
que nunca has de llegar;
carta que se ama tanto
por eso: porque no se leerá.*

*Carta esperada en toda
tarde, mañana, noche y mediodía,
para esperarte vivo,
¡muriéndome de amor te leería!*

*Carta ingenua y dolida
de niño apasionado, carta llena
de amor y de destino.
Mano que has de escribirla ¿por qué esperas?*

*Cada día te cobro,
cada día te aguardo.
Llena, exalta la vida
este esperarte largo y angustiado.*

*Carta que nunca llegas, dulce carta,
por ti se vive, hasta por ti se canta!*

Gabriela Mistral.

Ideales, Concepción, 24 de julio de 1915.

42

Lecturas escolares.

EL PICACHO

Fresco y erecto como un capullo de flor, el pico más alto y bello de la Cordillera toca el cielo; se imprime sobre su lámina dulcemente: así un labio.

Todavía la nieve no ha venido a espesar en él, y es de un azul pizarra magnífico. Cuando los vidrios de la atmósfera están puros, se mira tan límpido y próximo, como si pudiera ser tocado por mi mano, desde el valle. Cuando una polvareda de niebla le tiembla en los contornos, adquiere un suave misterio y se pensaría en una forma preciosa que un dueño guardara de la ajena mirada celosamente.

Llega el invierno, y antes de que la nieve florezca sobre la morena erizadura de las otras cumbres, florece en él. De perfecto modo colma sus requebrajaduras, quita dureza a la punta aguzada y la redondea un tanto, dulcificándola.

Ya trajeado de blancor, todas las transfiguraciones se hacen posibles sobre su flanco glorioso: en las albas es de oro, de un oro dulce de polen; en las tardes se incendia como una pira, y, si el poniente es dulce, cobra un rosa de epidermis delicada.

En ninguno es más espeso el casquete inmaculado; ninguno, tampoco, echa a rodar más aguas vivas por sus largas arrugas, allá en los días que el estío trae dentro su alforja ardiente.

Picacho, cada mañana tu visión me exalta y me renueva su arenga de pureza y de fuerza. La gracia del habla no te fué dada, como al hijo río que te nace de los estuches duros, y sin embargo, ninguna boca de hombre fluye los salmos eternos que yo te escucho, desde el valle.

—“Aprende de mí el gesto altivo, que no es de soberbia sino de libertad. En el polvo he puesto mi pedestal recio, pero lanzo al azul mi florecimiento solitario y espléndido.

“No es por desdén a los de abajo lo que busco la amistad de las estrellas. Aquí expreso mejor el seno de la nube y el tesoro frescoroso baja luego al valle.

“Enciendo mi enorme leño en los crepúsculos sangrientos y me doro como un rizo en las auroras, porque es bueno ser hermoso y para que los que me ven recojan en sus pupilas la visión soberana.

“Soy fuerte, sin dejar de ser delicado: mi cima es aguzada y exquisita como un extremo de ala. En mi vigor hay dulzura: regado de luna soy todo cándido, un dulce niño recostado sobre el regazo profundo de los cielos.

“¿Me sientes heroico? El trueno, brutalmente sonoro en mi entraña, no tiene el poder de desgarrármela.

“¡Serenos, serenos! En estas zonas el ritmo de la vida es sosegado, ya que las vidas trascienden a eternidad. Lleva a tu corazón afiebrado de afanes materiales mi índole plácida, y sea contigo entre el hervor de las multitudes.

“Que se vean los contornos de tu alma, firmes y límpidos, sin vaguedades corbadas, como mi botón moreno.

“Y de cuanto pusieran en ti, despréndete gozosamente, sin el mezquino temor a la desnudez, cual hago yo con mi trajeadura de nieves. Quien te vistió una ocasión de luminosa saya, te vestirá siempre con la misma esplendidez. Lo ves en mí cada invierno”.

—Picacho soberano, más elocuente que un labio de hombre, que mis ojos no olviden ningún día contemplarte, y que la diaria adoración acabe por hacerme a tu semejanza.

Gabriela Mistral.

Tierra Nevada, 1915.

Sucesos, julio 29 de 1915.

43

VERSOS DE ALBUM

Maestro Jesús, cuida
de tapiarle el oído y nublar su mirada.
Bacante ebria, la vida
cantando va su estrofa encanallada.
La hiciste suave de índole y suave de sem-
blante,

dale, también, tu boca sin ardor.
Pon tus linos helados entre ella y la bacante
y acuéstala en la tierra ignorando el amor!

Gabriela Mistral.

Ideales, Concepción, 31 de julio de 1915.

44

A B E L

Paz, encanto y candor de los tiempos pri-
marios.
En la tierra fragante crepita cada hoguera,
quemando las rosadas carnes de los corderos
y azucaradas pomas que la llama lacera.

Los hermanos avivan del fuego los ardores,
y una visión extraña les dilata los ojos:
la hoguera del zagal de azulados fulgores,
la del labriego se hincha de unos penachos
[rojós.

De la primera el humo sube recto a los
cielos,
con unas espirales blandamente rizadas,
en las que el viento apenas pone un suave
temblor...

El de la otra, denso, serpea, sobre el suelo;
por el viento las negras volutas dispersadas.
Torpe, rastrea el odio; leve, sube el amor.

II

La hoguera melodiosa de la lengua azulada
no manda al cielo blandas espiralés serenas.
Yace del pastor virgen la cabeza dorada
durmiendo el sueño largo sobre unas azu-
lcenas.

La mano guiadora de hatos cae inactiva
y ni ha manado púrpura de las formas lo-
zanas,
cual si toda esa sangre se transportara arriba.
(La Tarde se recuesta sobre un ocaso grana).

A Caín ese ocaso de pesadilla aterra,
porque el prado y su cuerpo la luz viva en-
sangrienta,
como si los manchase de millares de heridas...

Un viento huracanado le derriba por tierra,
y las ovejas huérfanas, sintiendo la tormenta,
por la pradera roja corren enloquecidas...

Gabriela Mistral.

Familia, agosto, 1915.

45

DE “LOS SONETOS DE LA MUERTE”

XI

¡Oh, fuente de turquesa pálida!
¡Oh, rosal de violeta flor!
cómo tronchar tu llama cálida
y hundir el labio en tu frescor!

Profunda fuente del amar,
rosal ardiente de los besos,
el muerto manda caminar
hacia su tálamo de huesos.

Llama la voz clara e implacable,
en la honda noche y en el día,
desde su caja miserable.

¡Oh, fuente! el fresco labio cierra,
que, si bebiera, se alzaría
aquel que está caído en tierra...

Primerose, Chillán, N° 38, 1º agosto 1915.

En Desolación sin variantes aprecia-
bles. Se le publica, sin embargo, porque
en aquel libro cambió el título por *La
condena*. Sobre el número de que efec-
tivamente constaba la serie de *Sonetos
de la muerte* hemos llamado la atención
del lector en nuestra *Introducción*.

46

EL CANTO AL NIDO

¡Nido, nido, dulce criatura del árbol,
hermano del lirio de testa esponjada!
En las noches descende la luna
a su hueco exiguo, como una mirada;

en el día, el ojo del sol lo descubre
y dora el prodigio de su arquitectura;
las flores que ruedan su cuna le aroman.
¡Oh, nido, magnífica hechura!

*El nido se duerme entre el verde
latir de la fronda, que es su égida fina.
Su nodriza el aura, su encaje la hoja,
la luna su suave madrina.*

*Cuando baja el Bóreas de las manos rudas,
más que fortaleza, le resiste el nido.
Barre el suelo el árbol con su cabellera;
él, como una joya, se aferra a la rama pren-
[dido.]*

*Mira al cielo la cóncava forma,
cual redondo pétalo de magnolia o rosa.
Mira al cielo. El astro le muestra
su palpitación dulce y luminosa.*

*El árbol, con gozo de padre, lo eleva
en su brazo, lejos del hervor del suelo.
Apenas le ascienden aromas de yerbas.
¡El árbol le ofrece, como un hijo, al cielo!*

*Sobre su cojín, el ala reposa, cansada
de surcar el aire con remo divino.
En su hogar abierto, el pájaro llena
la garganta breve de cielo, de trino.*

*¡Oh, Señor! si el hombre su morada abierta
a los cielos puros, de enjoyado lino,
en su corazón prendiérale el astro sus oros
y en su lengua prendiérale un trino!*

Gabriela Mistral.

Tierra Nevada, 1915.

Primerose, Chillán, 1º de septiembre de 1915.

47

LA MAESTRA RURAL

*La maestra era pura. "Los suaves horte-
[lanos,
decía, de este predio, que es predio de Jesús,
han de conservar puros los ojos y las manos,
guardar claro su aceite, para dar clara luz".*

*La maestra era pobre. Su reino no es hu-
[mano,
Así en el melodioso sembrador de Israel.
Vestía sayas pardas, no enjoyaba su mano
y era todo su espíritu un enorme joyel!*

*La maestra era alegre. ¡Pobre mujer herida,
su sonrisa, manera de llorar con bondad;
por sobre la sandalia rota y enrojecida,
tal sonrisa la heroica flor de su santidad.*

*¡Dulce ser! En su río de mieles, caudaloso,
largamente abrevaba sus tigres de dolor.
Los hierros que le abrieron el pecho generoso,
más anchas le dejaron las cuencas del amor.*

*¡Oh, labriego, cuyo hijo de su labio aprendía
el himno y la plegaria, que no viste el fulgor
del lucero cautivo que en su carne esplendía!
Pasaste sin besar su corazón en flor.*

*Campesina, ¿recuerdas que alguna vez pren-
[diste
su nombre a un comentario brutal o baladí?
Cien veces la miraste, ninguna vez la viste,
y en el solar de tu hijo, de ella hay más que
[de ti.*

*Pasó por él su fina, su perfumada esteva,
abriendo surcos donde alojar perfección.
La albada de virtudes de que lento se nieva,
es suya. Campesina, ¿no le pides perdón?*

*Daba sombra por una selva su encina hen-
[dida,
el día en que la Pálida la convidó a partir.
Pensando en que su madre la aguardaba, dor-
[mida,
a la de ojos profundos se dió sin resistir.*

*Y en su Dios se ha dormido, como en cojín
[de luna;
almohada de sus sienas una constelación.
Canta el Padre para ella sus canciones de
[cuna
y la paz llueve largo sobre su corazón.*

*Como un hinchado vaso traía el alma hecha
para volcar aljófares sobre la humanidad,
y era su vida humana la dilatada brecha
que suele abrirse el Padre para echar claridad.*

*Por eso aún el polvo de sus huesos sustenta
púrpura de rosales de violento llamear,
y el cuidador de tumbas cómo aroma, me
[cuenta,
las plantas del que huella sus huesos al pasar.*

Gabriela Mistral.

Tierra Nevada, 1915.

Sucesos, octubre 14 de 1915.

48

LAS VOCES DEL ESTABLO

Las pajas:

*Pesara más una plumilla
caída a un ala de querube ...
Su cuerpecito es leve como
el dulce dorso de la nube.*

Los insectos:

*Esta alba el llanto del lucero
tuvo virtud maravillosa:
a nuestro oscuro coselete
prendió una gema luminosa.*

La vaca:

*Cuando le echaba en dos neblinas
azules mi tibio hálito, era
fragante, como si en mi cuerpo
se hubiese entrado una pradera.*

Las cercas:

*Mis zarzamoras todas muertas
y más de diez años tejidas,
reverdecieron esta noche
y amanecieron florecidas.*

La aurora:

*La vieja Tierra negra y triste
tenía hoy de prodigio huella:
su lodo impuro trascendía
a húmedo labio de doncella.*

Gabriela Mistral.

Ideales, Concepción, 16 de octubre de 1915.

49

EL MENSAJE DE NAVIDAD

*Jesús ha llegado
y ésta es Noche Buena.
Te lo participo
por si lo ignoraras,
hermana azucena.*

*—Ve que en blancor nuevo
la copa me baño.
Lo sé por la brisa
que llevaba en su ala
un temblor extraño.*

*—Jesús ya se encuentra
entre los humanos.
Os traigo el mensaje,
que sin duda os sabe
a dicha, gusanos.*

*—Ya nos informaron,
ruidosos, los grillos.
En señal de gozo,
nos han florecido
de luz los anillos.*

*—Rruiseñor hermano,
esta alba se canta;
hincha bien de trino
la dulce garganta.*

*—No ha esperado el alba
para abrir su broche;
por honrar la hora
del prodigio, siempre
cantará en la noche.*

*—Hermano el malvado,
saca algún armiño
de entre tus negruras;
que algo en ti iluminen
los rizos del Niño.*

*Para ti ha venido,
mi rebelde hermano,
más que para el ave,
para la azucena
y para el gusano.*

*Mas, será perdida
toda esta fortuna,
si en ti no le hicieras
un huequito tibio,
bueno para cuna.*

*¿No te cuaja lágrimas
su amoroso anhelo?
Por tu cojín de alma
ha dejado arriba
sus felpas de cielo.*

Gabriela Mistral.

Ideales, Concepción, 23 de octubre de 1915.

50

LIMPIA TU FUENTE

Separaba un alto matorral las dos fuentes y, siendo fuentes las dos, depósitos de agua vital, eran distintas como una roca y un árbol. En una bebían las bestias, porque estaba descubierta, y era barrosa; la otra, velada por yerbas altas, era clara como los ojos de los niños. Cuando el campo quedaba solitario y vol-

vían los labriegos a la aldea y las bestias entraban en sus antros, en los crepúsculos suaves, solían charlar las fuentes. La de pupila turbia contaba:

—Estoy rodeada de unas cañas pardas, largas como serpientes. Han venido hoy a beber en mí unos animales de ligero andar y cuerpo esbelto, pardos también. Ahora estoy copiando un cielo oscuro sobre el que van marchando algunos trapos sucios, que se mueven con cierta gracia.

Y la fuente clara, como ojo de niño:

—También se doblan sobre mi vidrio redondo unas cañas altas, pero no son pardas; anchas y lustrosas, sus hojas echan penachos espléndidos hacia la luz. Las bestias que bebieron en tu linfa, son unos huemules de bella piel amarillenta y de vientre claro. El cielo que tenemos sobre la faz es de un azul dulcísimo y el crepúsculo lo ha veteado de zonas rosas. Las nubes son blancas y palpitan arriba como los nenúfares húmedos sobre nuestros vidrios.

Y la fuente de placa turbia alegaba aún:

—Imposible. Yo estoy más abierta al cielo y veo bien; la umbría que te hace la cañada proyecta quimeras sobre tu retina.

Y la fuente límpida, que por ser pura hospedaba la sabiduría:

—El hocico fino de las gacelas te enturbia, removiéndolo, el claro seno; además, deben haberte crecido lamas viciosas en el fondo. Prueba resguardar de aquellas un remanso y despréndele la vegetación que asciende, malévola. ¡Verás, verás!...

Tardes después, la fuente gredosa, con una alegría de niña:

—Hermana de velo azul, oye, oye! Hay un prodigio que se hace sobre mí y en mi contorno. Como me aseguraste, verdes son las cañas que me abanicán, los huemules que pasan por la villa tienen clara la bella piel y unos grandes lotos florecen sobre el cielo infinitamente dulce.

Cuando los seres te parecen mezquinos y la vida se desfloca, parda, como una cepa muerta, es que te han enturbiado tu linfa; limpia tu fuente...

Gabriela Mistral.

Luz y Sombra, Valparaíso, 1ª quincena de noviembre de 1915.

51

LA ESPERA INUTIL

*Me olvidé de que se hizo
ceniza tu pie ligero,
y, como en los buenos tiempos,
salí a encontrarte al sendero.*

*Pasé valle, llano y río
y el cantar se me hizo triste.
La tarde volcó su vaso
de luz, y tú no viniste.*

*El sol fué desmenuzando
su ardida y muerta amapola;
flecos de niebla temblaron
sobre el campo. ¡Estaba sola!*

*Al viento frío algún árbol
crujió como un muerto brazo.
Tuve miedo y te llamé:
"¡Amado, apresura el paso!"*

*"Tengo miedo y tengo amor,
amado, el paso apresura."
Iba espesando la noche
y creciendo mi locura.*

*Olvidé que ya te han hecho
sordo para mi clamor;
me olvidé de tu silencio
y de tu cárdeno albor;*

*de tu inerte mano, torpe
ya para buscar mi mano;
de tus ojos dilatados
del inquirir soberano.*

*La noche ensanchó su charca
de betún; un agorero
buho con la horrible seda
de su ala rasgó el sendero.*

*Se heló en mi boca el nidal
ardoroso de los besos.
Ascendió una luna lívida,
blanca de un blancor de huesos...*

*No te volveré a llamar,
que ya no haces tu jornada.
Mi rendida planta sigue;
la tuya está sosegada.*

*Vano es que acuda a la cita
por los caminos desiertos.
No he de cuajar tu fantasma
entre mis brazos abiertos!*

*Sobre la brasa del labio
los fríos se han condensado;
los ojos, fuentes de amor,
llama viva, están vaciados!*

Gabriela Mistral.

Luz y Sombra, Valparaíso, 1ª quincena de diciembre de 1915.

Puede leerse también en *Desolación*, pero con grandes variantes. Las doce estrofas de esta publicación de 1915 pasaron en el libro a quedar reducidas a diez.

52

LA PASCUA DE LOS PAJAROS

Hebras para el nido

Los niños de allende el mar, los pequeños de Francia y España, ven que Noel va hacia sus pueblos caminando bajo las mariposas de la nevada: Noche Buena es para ellos noche de invierno.

Los árboles han perdido la donosura del follaje; la tierra sobre la cual camina se extiende enharinada y yerta, y el mismo llega con las barbas escarchadas: cada cabello una estalactita...

En la Noche Buena de mi cuento, Noel va camino de la ciudad, apresuradamente, curvado por la carga de juguetes. El que marcha a su lado es joven y de fina silueta; la boca que charla al barbudo es la misma de las parábolas.

Ya cerca de la ciudad se separan, y Noel dice:

—Maestro, fuera mejor ir conmigo al poblado y obsequiar a los niños.

Y Él:

—También los pájaros son niños, criaturas de alegría, y es bueno que conozcan que ésta es para ellos, como para los hombres, la noche de la ternura.

Noel arguye todavía:

—Los encontrarás dormidos.

Y Jesús:

—Mejor; en la oscuridad, mi caridad cobrará más dulzura.

Con esto se separan, y Jesús tuerce el rumbo al bosque próximo.

Mancha éste en una gran extensión la blandura del llano. Aunque está muerto, insensible de nieve y de amargura, ha sentido la presencia de Jesús: su oscuridad la advierte como una llama pálida que pasa entre los troncos: su suelo aterido, como la tibieza del sol: sus árboles como un caudaloso ascender de la savia por sus médulas secas.

¡Sabe el bosque quién es Aquel que va por sus caminos!

Son apretados y oscurecidos de maraña estos caminos del bosque, propicios a la serpiente ladina y al esquivo ciervo, de ágiles piernas y piel manchada. No importa: la mirada de Jesús, como una doble cinta luminosa, rasga con suavidad la sombra.

Se para junto a los grandes árboles, y empinado hasta alcanzarlos, explora la

apretadura de ramas secas, hurga anhelosamente, hunde su mano en el rebelde enredo y la saca luego rasguñada y vacía.

Es al pájaro a quien busca, su sedosa ala dormida que no aparece. Palpa con ansiedad el duro cuerpo del árbol, hasta la copa muerta, y, por fin, se aparta desengañado y triste. Que no hay ninguno le dice el perfecto silencio del bosque. Ya hubiera volado azoradamente en la oscuridad el que estuviera dormido en los contornos.

¡Ninguno! Menos codiciosos que los niños de la ciudad, estos niños de la rama no han colgado en ella un zapatito abierto...

Entonces los grillos, los chismosos del bosque, saliendo a grandes saltos al camino, informan a Jesús en su lengua áspera.

—Os lo diremos, Señor. Los pocos que quedaron tienen agarrotadas de frío las patitas, y de saltarines que eran, se han tornado quietos; de ahí que no se azoren al sentirte. Los otros, los más, de larga ala viril, pasaron el Mediterráneo, azul como una turquesa, en busca de la tierra cálida que enardece el trino.

Jesús escucha un momento y piensa:

—He de dejarles, sin embargo, una amorosa señal de mi paso en esta noche. La Primavera vendrá pronto, y cuando ellos retornen de la tierra cálida, la nieve habrá quemado los rastros y habrán las aguas lluvias arrastrado las hebras del suelo. Tejer el nido será entonces amarga labor.

Ahora, a la par que se interna, va colgando de cada gancho de encina y de álamo y de las chatas matujas inclinadas hacia el sendero, una desflecadura fina y luminosa: su cabellera.

En largas guedejas la desprende de la frente misma, junto al cuello, de las sienes suaves, sobre la que caen lánguidas y doradas.

Engarzadas en las ramas, las visten de gloria, como si una anticipada primavera hubiera venido hasta ellas en esta noche en que todos los prodigios se hacen posibles.

Y sigue internándose más, siempre más, mientras el alba tarda en llegar, y todo árbol queda enriquecido a su paso, sin que el río caudaloso merme sobre

las espaldas, llevándolo aun bastante espeso para dejar vestidos todos los bosques de la tierra.

Las hebras rubias que los pájaros hallan esparcidas por todas partes a su regreso, son finas y fuertes, como los dedos de Jesús, y el nido sale de ellas delicado y viril, tejido sabiamente para el ala y para el huracán.

LA GRACIA DEL TRINO

Noche Buena es para nosotros noche de estío, fragante de pomos maduras en las huertas, luminosa y cálida.

Los pájaros tejieron el enredo rubio del nido a principios de la primavera, y ésta alcanzó a dejárselos florido con tres huevitos azules o jaspeados.

Ahora, ya hay en ellos temblor de alas que están inquietas porque saben que cualquier gloriosa mañana de éstas serán llamadas hacia arriba...

Como allá, Jesús sale por los caminos en busca de los pájaros, a la preciosa hora en que Noel jadea, rumbo a la ciudad, con la pesada alforja a cuestas.

Hay una luna llena que unta de claridad la sierra y la derrama en un riego caudaloso hacia el valle.

Jesús salva las selvas espinosas sin desgarrarse las sandalias, y cae sobre las huertas, que están durmiendo, llenas de luna y de paz. El relente se le ha deslizado por cabellera y espalda, y al abrirse paso, sobre las matas ágrias que le toman la túnica, cae una lluvia de gotas luminosas... En cada árbol se detiene, coge una rama, la que tienen enriquecida los nidos, y bajándola a la altura de su pecho, se la recuesta con suavidad en él. Luego, va cogiendo uno por uno los nidos y contemplándolos amorosamente. El pájaro medio dormido en el fondo no se ha sobresaltado, no despeza siquiera el ala amodorrada; los ojos de Jesús que lo miran tan próximos le parecen unas dos lunas dulcísimas, y deja que, como la de lo alto, sigan bañándolo de su sereno resplandor.

Jesús lo toma delicadamente, así, cual un cristal frágil, y llevándolo a sus labios, pone entre ellos el pequeño pico que aún no ha adquirido dureza, que es breve y blanducho todavía.

Ahí, entre los labios, mucho tiempo.
El pájaro siente que algo está sorbiendo de entre ellos, no sabe qué, tal vez otro relente cálido, porque pasa enardecidiéndole la garganta.

La luna se hace más tierna sobre toda esa ternura, las yerbas, por ver, se empujan afanosamente, aguzando las puntillas de yemas; el viento aquietta el ala, por percibir el chasquido suave del beso.

Ahí, entre los labios, mucho tiempo.
Al cuerpito friolento el sabroso hospedaje le va sabiendo a amor, a sereno y seguro amor, y se ha quedado en la mano de Jesús sosegado y dichoso.

Después, el Maestro desprende suavemente el piquito húmedo, que aún se le adhiere, amoroso; deposita el ave en el fondo del nido y suelta la rama, que asciende libre, rica de una cosa nueva.

Nada más ahora; pero esperad que pase esta noche y otras noches, para saber lo que se bebió allí, en los labios cálidos, bajo la luna.

Sobre la copa de un manzano, dorada de tarde, un pájaro canta, jilguero tornasol o tordo esbelto, de negra ala luciente. Canta, y todo lo escucha emocionado en la huerta: la rama que lo sostiene, palpitadora y fina, el agua azul de las pozas puras, hasta las feas piedras, que nos parecen muertas.

Tan seductor es el canto que éstos, inquietos o indiferentes de suyo, permanecen, hasta que viene la noche, hechizados y silenciosos.

Saben ellos el secreto: saben que el Maestro ha dado a éste de perfecto modo la virtud que las aguas expresan sólo torpemente: la virtud melodiosa, más dulce que otra alguna.

Y saben también, porque lo vieron aquella noche, que los otros pájaros quedaron desposeídos de ella por lamentable esquivez suya: la lechuza huraña rechazó el beso, y con un aletazo hirió a Jesús en la flor de los párpados, en tanto que la paloma, la golondrina y otras, impacientes, lo interrumpieron, y la gracia del trino fué recibida sólo a medias, imperfecta, trunca...

Gabriela Mistral.

Sucesos, diciembre 30 de 1915.

Publicada con una nota de redacción de la revista que dice: "De la próxima edición de los *Libros de Lectura* de Guzmán Maturana". Pero esta nota en lugar de aparecer como epígrafe o al pie de la composición, se lee erróneamente entre los dos fragmentos.

53

A U S E N T E

Y evoca el paisaje. La alameda muy larga hasta el pie de los cerros su esbelta línea lalarga, y entre el follaje verde, inquieto y rumoroso la casa blanca asoma como un rostro curioso.

La campana solloza su vetustez sagrada, La viejecita, sobre su labor inclinada, los labios en plegaria melancólica agita; después, dobla su lienzo, mira al campo y lmedita.

Tal vez mi pensamiento sobre su frente lpesa. Por sus ojos hermanos una nube atraviesa. Paz propicia al recuerdo! El jazmín se deslhoja. Lentamente una lágrima al blanco rostro lmoja.

Y piensa: ya me queda apenas del camino. Tal vez muy pocas tardes me reserva el destino. Si antes que ella volviera yo ya hubiera marchado para el eterno viaje del que nadie ha tornado!

Otra lágrima rueda, silenciosa y amarga. Cada sombra se desforma y se alarga. El astro más brillante la contempla y la besa, Y ella interroga al astro con qué mortal tristeza!

Lucila Godoy.

Primerose, Chillán, abril de 1916.

54

AL OIDO DEL CRISTO

Cristo de las carnes de gajos abiertas, Cristo de las venas vaciadas en río, estas pobres gentes del siglo están muertas de una laxitud, de un miedo, de un frío!

A la cabecera de sus lechos eres, si te tienen, forma demasiado cruenta, sin esas blanduras que aman las mujeres y con esas marcas de vida violenta.

No te escupirían por creerte loco, no fueran capaces de amarte tampoco, así, con sus impetus laxos, marchitos.

Porque como Lázaro ya hieden, ya hieden, por no disgregarse, mejor no se mueven. ¡Ni el amor ni el odio les arrancan gritos!

II

Aman la elegancia del gesto y color,
y en la crispadura tuya del madero,
en tu sudar sangre, tu último temblor
y el resplandor cárdeno del Calvario entero,

les parece que hay exageración
y plebeyo gusto. El que Tú lloraras
y tuvieras sed y tribulación,
no cuaja en sus ojos dos lágrimas claras.

Tienen ojo opaco de infecunda yesca,
sin virtud de llanto que limpia y refresca;
tienen una boca de suelto botón
mojada en lascivia, ni firme y roja;
¡y como de fines de otoño, así floja
y oscura la poma de su corazón!

III

¡Oh, Cristo! un dolor les vuelva a hacer
[viva
l'alma que les diste y que se ha dormido,
que se las devuelva honda y sensitiva,
casa de amargura, pasión y alarido.

¡Garfios, hierros, zarpas, que su carne hien-
[dan
cual se hienden desmadejadas gavillas;
llamas que a su gajo caduco se prendan;
llamas de suplicio: argollas, cuchillas!

Llanto, llanto de calientes raudales
renueve los ojos de turbios cristales
y les vuelva el viejo fuego del mirar.

¡Retóñalos desde las entrañas, Cristo!
Si ya es imposible, si Tú bien lo has visto,
si son paja de eras... ¡desciende a aventar!

Gabriela Mistral.

Zig-Zag, 22 de abril de 1916.

Recogidos en Desolación, como ya se
ha dicho, con otras variantes.

55

DEL LIBRO DE MIREYA

Llamea la Crau de dorsos ardientes.
Se muere de sed, jadea en la luz,
gloriosa y exhausta; se sorbe sus fuentes,
se quiebra en pedruscos de filudos dientes
y agoniza quieta, como uncida a cruz.

Tuércese el enebro al aire de brasas;
las cigarras, ebrias de esta acre merced
de sol pleno, cántanle las rojas hornazas;
huelen a quemada mirra las escasas
matas: ¡La Crau se abre los pechos de sed!

Tocada de fuego, toda en la carrera,
una mujer cruza los yermos. Al sol,
se incendian las breñas de su cabellera;
un temblor de fiebre la sacude entera
y el rostro es un solo, violento arrebol.

Le grita un hilillo vergonzante de aguas;
—Mireya, criatura, para de correr.
El cielo es de llamas, la costra de fraguas.
Frescuras tus carnes, nieve tus enaguas.
¿No temes que el yermo te quiera sorber?

¿Se ha puesto en el Mas tu madre malita
que llevas tal cara de tribulación?
En fuga, por esta salina maldita,

sin un resguardillo en la cabecita!
¿Te avienta, criatura, una maldición?
¡Ay! Mireya no oye al hilillo de agua!
Pasó y se perdieron su chal y su enagua.
¡Va sorda del yunque de su corazón!

Le grita el enebro a que el sol tajea
las cortezas: —Párate, Mireya o visión
de la dulce niña! que el sol espejea
y hay marismas! ¿Dónde que a morir no sea
vas con esas marcas de exasperación?

Mireya no le oye al enebro hendido.
Corre y corre, y ha desaparecido,
sorda del fragor de su corazón!

La cigarra préndese al paso a la oscura
zarza de cabellos. —Mireya, canción
sin élitros, dime: ¿te echaron locura
a vaso de cuerpo? ¿No ves que madura
como baya terca, al sol, la región?

No oyó a la cigarra. ¡Si va enloquecida,
y ha traspuesto la última colina lamida
de llamas, oyéndose sólo el corazón!

Gabriela Mistral.

Sucesos, abril 27 de 1916.

56

AL OIDO DEL CRISTO

Cristo de las carnes en gajos abiertas,
Cristo de las venas vaciadas en río,
estas pobres gentes del siglo están muertas
de una lasitud, de un miedo, de un frío!

A la cabecera de sus lechos eres,
si te tienen, forma demasiado cruenta,
sin esas blanduras que aman las mujeres
y con hondas marcas de vida violenta.

No te escupirían por creerte loco,
no fueran capaces de amarte tampoco,
así, con sus ímpetus lasos y marchitos.

Porque como Lázaro ya hieden, ya hieden,
por no disgregarse mejor no se mueven.
¡Ni el amor ni el odio les arrancan gritos!

II

Aman la elegancia en gesto y color,
y en la crispadura tuya del madero,
en tu sudar sangre, tu último temblor
y el resplandor cárdeno del Calvario entero,

les parece que hay exageración
y plebeyo gusto. El que Tú lloraras
y tuvieras sed y tribulación,
no cuaja en sus ojos dos lágrimas claras.

Tienen ojo opaco de infecunda yesca,
sin virtud de llanto que limpia y refresca;
tienen una boca de suelto botón

mojada en lascivia, ni firme ni roja;
¡y como de fines de otoño, así floja
y oscura la poma de su corazón!

Gabriela Mistral.

Andes, 916.

Primerose, Chillán, mayo de 1916.

En Desolación los dos sonetos pasaron
a ser tres, aparecen dedicados "A Torres
Rioseco" y presentan grandes variantes.

57

LA PLEGARIA

He pasado, Santas, el yermo mordido
de sol punzador
por confiaros cómo me ha tomado todos
los días Amor.

No preguntéis (fuera ponerme en el ánima
mayor turbación)
la manera blanda con que fué adentrándose
en el corazón.

Que mi boca, Santas, no sabe el sutil
arte de parlar.
Mejor fuera, entonces, pegarse a mi pecho,
oírmelo jadear,

gustarme el salobre licor de los ojos,
mirarme quedar
con licor de muerte, cuando bajo un árbol
lo suelo encontrar.

Mas, sé que mi mano se enredó en su mano,
guardando capullos,
y me turbó toda la tibieza nueva
de los dedos suyos;

se rompió una rama y al ródar prendida
a su recio cuello,
hizo que le hallara como apoyo, dulce:
sobre dulce, bello.

Pero podéis, Santas, posar en mi cuerpo
la limpia mirada;
que esta carne niña la tengo de toda
vergüenza ignorada.

Mis padres no aman al cestero, y este
trance de amargura
yo vengo a contároslo, porque les sepáis
el ánima dura,

y se la ablandéis como el sol de julio
hiende las tenaces
bayas, y desliza sorbitos de miel
dentro los agraces.

No tiene otra marca vergonzosa que esa
de ser pobrecillo.
¿Y el Niño Jesús con su pañalico
de pienso amarillo?

¿Os doléis del sórdido labriego que teme
perder la simiente
de su campo, y yo he de perder la siembra
de amor de Vicente?

Yo me digo, oh, Santas, que no puede haber
en esta emoción
ningún mal, si pone tan dulce la carne
de mi corazón,

que desde que he visto la cara tostada
y el reir de Vicente,
amo más la espiga, sé más de los nidos
y entiendo a la fuente.

Pongo a vuestros pies como flor tratada
a duro Maestral,
mi corazón niño. Componedlo como
componéis las rotas blondas del
[trigal.

Sucesos, mayo 4 de 1916.

La más ligera lectura de este poema
indica que se trata de una glosa de Mi-
reya de Federico Mistral, como fué, más
explícitamente, Del libro de Mireya, que
ya se ha visto.

58

A M O A M O R

Anda libre en el surco, bate el ala en el
[viento,
late vivo en el sol y se prende al pinar.
No te vale olvidarlo como al mal pensamiento.
¡Lo tendrás que encontrar!

Habla lengua de bronces y habla lengua de
lave;
ruegos tímidos, imperativos de mar.
No te vale el ponerle gesto audaz, ceño grave.
¡Lo tendrás que escuchar!

Gasta trazas de dueño; no le ablandan ex-
[cusas.
Rasga vaso de flor, hiende el hondo graciár.
No te vale el decirle que albergarlo rehusas.
¡Lo tendrás que hospedar!

Tiene argucias sutiles en la réplica fina;
argumentos de sabio, pero en voz de mujer.
Ciencia humana te salva, menos ciencia di-
[vina.
¡Le tendrás que creer!

Te echa venda de lino; tú la venda toleras;
te ofrece el brazo cálido; no le sabes huir.
Echa a andar. Tú le sigues hechizada aunque
[vieras
que eso para en morir.

Gabriela Mistral.

Zig-Zag, 6 de mayo de 1916.

Puede leerse también en Desolación,
aunque con grandes variantes.

59

LA SOMBRA INQUIETA

EL ESTIGMA

Flor, flor de la raza mía, Sombra Inquieta,
qué dulce y terrible es tu evocación;
el perfil de éxtasis, llama la silueta,
las sienes de nardo, l'habla de canción;

cabellera luenga de cálido manto,
pupilas de ruego, pecho vibrador;
ojos hondos para albergar más llanto!
¡Pecho fino, donde taladrar mejor!

*Por suave, por alta, por bella, precita!
fatal siete veces; fatal ¡pobrecita!
por la honda mirada y el hondo pensar.*

*Ay! quien te condene, sume tu belleza,
mire al mundo amargo, mida tu tristeza,
y, en rumor cubierto, rompa a sollozar!*

L A D U D A

*Cuánto río y fuente de cuenca colmada,
cuánta generosa y fresca merced
de aguas, para nuestra boca socarrada.
¡Y el alma, la huérfana, muriendo de sed!*

*Jadeante de sed, loca de infinito,
muerta de amargura, la tuya, en clamor,
dijo su ansia inmensa en plegaria y grito:
Agar desde el vasto yermo abrasador.*

*Y para abrevarte, largo, largo, largo,
Cristo dió a tu cuerpo silencio y letargo
y lo apegó a su ancho caño saciador.*

*El que en maldecir tu duda se apure,
que, puesta la mano sobre el pecho, jure
"¡Mi fe no conoce zozobra, Señor!"*

INTERROGACION

*Y ahora que su planta no quiebra la grama
de nuestros senderos, y en el caminar,
notamos que falta, tremolante llama,
su forma, pintando de luz el solar,*

*cuantos la quisimos, abajo, apeguemos
la boca a la tierra, y a su corazón —
vaso de cenizas dulces— musitemos
esta formidable interrogación:*

*"¡Hay arriba tanta leche azul de lunas,
tanta luz gloriosa de blondos estios,
tanta insigne y honda virtud de ablución,*

*que limpien, que laven, que albeen las bru-
[mas
manos que sangraron, con garfios y en ríos,
¡oh muerta! la carne de tu corazón?"*

Estos sonetos nos han sido enviados por alguien que desea ocultar su nombre al público y cuya reserva respetamos, ciertos de que muchos lectores (y los poetas de la "Corte de Amor"), podrán decir, después de leerlos, como el héroe de Virgilio: —En el andar conocí que era la diosa—. N. del A.

Así sin nombre de autor, se dieron en la segunda edición de *La Sombra Inquieta*, 1916, si bien en la tapa de color del libro se anunciaba el nombre de G. M. entre los autores de "artículos y notas críticas" con que aparecía enriquecida la obra. En esta segunda edición se lee además una carta que se podrá ver en seguida.

Los tres sonetos pasaron después a *Desolación*, sin los títulos individuales y con grandes variantes.

60

De Gabriela Mistral.

Carta al autor de *La sombra inquieta*.
¡Tanta palabra vanamente airada y tanto ojo opaco para mirar una intención piadosa, Alone!

Yo leí —por una coincidencia que llamo dichosa, pues me ha permitido ser justa respecto a Ud.— aquel libro, *aquél*, sólo días antes de recibir el suyo. He visto, por lo tanto, pasar de manos lascivas y temerarias a manos tiernas sin lujuria, un motivo, mejor dicho un alma que se hizo motivo artístico, que Ud. viste de gracia cristalina, por lo que otros la vistieron de turbia y torpe sensualidad.

Y he tenido para Ud. como mujer, una gratitud humedecida de lágrimas.

¿Que ha de dejarse que los muertos tengan paz por fin?

—No turban la paz de las sepulturas el llorar callado, el contenido sollozo.

Y su libro fino tiene todo el sosiego trágico del sollozo reprimido; es angustioso sin gritos, "como es amoroso sin la *d'annunziana* llamarada carnal".

Le han repetido hasta el cansancio que su obra es hermosa como literatura; pero no quieren concederle que lo es también como intención misericordiosa.

¿Por qué no confesar que se llama piedad además de llamarse belleza?

¿Por qué no decir que hay unos huesos puros que Ud. quiso lavar del lodo pesado que descendió hasta ellos, y que quedan, ahora, además de blancos, perfumados bajo la tierra?

Por el doble gozo que me han dado su frase bella y su gesto piadoso ¡gracias!

L. G.

61

O T O Ñ O

*Una mano sutil decapita las hojas,
que van bajando muertas, mas todavía bellas;
unas manchado el dorso de pinceladas rojas,
otras con el diluido oro de las estrellas.*

*Se apaga en el jardín el rumor de las rosas;
el sol desamorado nos besa tibiamente.
Porque han fugado todas las criaturas her-
[mosas
es el vicio humano como un doncel doliente.*

Tras un otero suave surge la vela loca
de la primera nube que a los cielos puros.
Corta el ambiente tibio una ráfaga fría
si esa nube de lino en agua se desfloca.
¡Y aunque el árbol se enciende con sus frutos
[maduros,
el alma, por las hojas, tiene melancolía!

Gabriela Mistral.

Familia, junio de 1916.

62

LA PLEGARIA

Señor, Tú sabes cómo con encendido brío
por los seres extraños mi plegaria te invoca.
Ahora vengo a pedirte por uno que era mío,
mi vaso de frescura, el panal de mi boca,

cal de mis huesos, dulce razón de la jor-
[nada,
gorjeo de mi oído, ceñidor de mi veste.
Me cuidó hasta de aquellos en que no puse
[nada;
¡no pongas gesto torvo si te pido por éste!

Te digo que era bueno, te digo que tenía
el corazón entero a flor de pecho, que era
suave de índole, franco como la luz del día,
henchido de milagros como la Primavera.

Me replicas severo que es de plegaria in-
[digno
él que no untó de preces sus labios sufridores
y se fué aquella tarde sin esperar tu signo,
trizándose las sienas como blandos tìbores.

Pero yo, mi Señor, te arguyo que he tocado
de la misma manera que el nardo de su frente
todo su corazón dulce y atormentado,
y tenía la seda del capullo naciente.

¿Que fué cruel? Olvidas, Señor, que le
[quería
y que él sabía suya la entraña que llagaba.
¿Que enturbió para siempre mis língas de
[alegría?
¡No importa! Tú, comprende: ¡yo le amaba,
[le amaba!

Y amar (bien sabes de eso) es amargo ejer-
[cicio;
un mantener los párpados de lágrimas mo-
[jados;
un refrescar de besos las trenzas del cilicio,
conservando bajo ellas los ojos extasiados.

El hierro que taladra tiene un gustoso frío
cuando abre cual gavillas las carnes amorosas,
y la cruz (Tú te acuerdas, ¡oh, Rey de los
[judíos)
se lleva con blandura, como un gajo de rosas.

Dí el perdón, dilo al fin. Va a esparcir en
[el viento
tu palabra el perfume de diez pomos de olores
al vaciarse. Toda agua será deslumbramiento;
el yermo echará flor y el guijarro esplén-
[didos;

se mojarán los ojos brillantes de las fieras,
y, comprendiendo, el monte que de piedra
[forjaste,
llorará por los párpados blancos de sus ne-
[veras.
¡Toda la tierra tuya sabrá que perdonaste!

Aquí me estoy, Señor, con la cara caída
en el polvo, parlándote un crepúsculo entero
o todos los crepúsculos a que alcance la vida,
mientras no me hayas dicho la palabra que
[espero.

Fatigaré tu oído de preces y sollozos
lamiendo, lebrél tímido, los bordes de tu
[manto;
y ni pueden huirme tus ojos amorosos
ni esquivar tu pie el riego caliente de mi
[llanto.

Porque fuera sumar amargura a amargura
e impiedad a impiedad, si en tu brazo no
[tienes
cuando a ti vaya, el rizo de su cabeza oscura
junto al pequeño hueco reservado a mis sie-
[nes.

Pálpame el corazón triste y atribulado.
Amó y nunca lo amaron; salieronle al camino
malas manos, y fuéronse con el que era su
[aliado,
por ley de la armonía y hechura del destino.

Dí el perdón y yo digo todas las bendi-
[ciones.
Va a llenar tu alabanza mi resto de jornada,
cuando vaya la boca loando en sus canciones
los terciopelos dulces que tiene tu mirada.

Gabriela Mistral.

Andes, 1916.

Primerose, Chillán junio de 1916.

Esta composición, una de las que ma-
yor fama acarrearón a Gabriela Mistral,
pasó en seguida a Desolación; pero en
el camino cambió de título y pasó a lla-
marse *El ruego*, que es el único nom-
bre que hasta hoy se le conocía. Entre
esta versión de 1916 y la que aparece en
Desolación se observan, en fin, trascen-
dentales variantes.

63

LA NOVIA IRREMEDIALE

¿Y para qué las albas, para qué los ocasos,
la esencia de las rosas, la miel de la canción,
si la novia indicada para vuestros abrazos
ni tiene oído fino, ni tiene corazón?

¿Para qué vuestra carne rosa y emocionada
para qué el mirar hondo y el hondo suspirar
si, por inútil, suelta la carne desgajada,
si sus cuencas vacías no supieron mirar?

*¡Nupcias negras! Desdeña el coloquio en-
cendido,
y la faz de la tierra, y la luz del buen Dios,
y una vez el racimo de carne sacudido,
huyendo el sol descendiendo al tajo removido,
para el besar sin labios y el balbucear sin
[voz...]*

Gabriela Mistral.

1916. Andes.

Ideales, Concepción, 24 de junio de 1916.

64

CANTO AL NIDO

*¡Nido, nido, criatura del árbol,
hermano del lirio de testa esponjada!
En las noches descende la luna
a su estuche tibio, como una mirada;
la estrella en el claro dedo de su rayo
le desliza sobre el plumón espeso
sus gotas serenas de limpio rocío,
que tienen de lágrimas, de gema y de beso.*

*En el día el sol le dora los bordes
de la arquitectura dulce y milagrosa;
las flores que bajan vencidas, se quedan
alojadas dentro de su cuenca amorosa.*

*Se aduerme (así un niño) entre el verde
latir de la fronda, que es égida fina.
Su nodriza el aura, su encaje la hoja,
la luna su suave madrina.*

*Sobre su cojín el ala reposa, cansada
de surcar el aire con remo divino.*

*En su cuna abierta el pájaro llena
la garganta ardiente de cielo (de trino).*

*Cuando pasa sobre su labio entreabierto
Madre Primavera cargada de amor,
como enredado entre sus flecos sedosos
deja el huevecillo, que es casi una flor.*

*Cuando baja el Bóreas de las masas rudas,
dulce fortaleza, resiste, sufrido;
barre el suelo el árbol con su cabellera;
él, como una joya, se aferra, prendido.*

*El árbol paterno, con el brazo alzado,
lo mantiene lejos del hervor del suelo.
Apenas le ascienden aromas de hierbas.*

Como un hijo el árbol se lo ofrece al cielo.

*Se lo ofrece al cielo, y el enorme y suave
corazón del Padre queda conmovido,
porque sosteniendo con viril dulzura
sus mundos, haciéndose cojín mullido*

*en el que los hombres duerman su amar-
[gura,
él no es otra cosa que un nido, que un nido!*

Gabriela Mistral.

Familia, octubre de 1916.

65

EL DÍA Y EL NIÑO

El Día:

*—Niño: yo me abro en Oriente,
rosado como una flor;
me prolongo como senda
y me ofrezco como don.*

*Niño: tú dirás lo que haces
de esta flor, y senda, y don;
sí, como a cofre vacío,
me repletas de esplendor.*

*Niño: aunque te encuentres bueno,
te habré de dejar mejor,
con más seda en la palabra
y miel en el corazón.*

*Niño: sabe que es ventura
la de ver un nuevo sol,
y has de aceptar cuanto traiga:
el gozo como el dolor.*

El Niño:

*—Día: con un cuerpo puro
entro en ti, pues eres flor,
y he de salir aromado
de bondad y perfección.*

*Día: pues eres camino,
mis pasos se irán por él
rectamente hacia la dicha,
hacia el progreso y el bien.*

*Día: puesto que eres cofre,
yo te habré de rellenar
de oro de conocimientos
y acero de voluntad.*

*Día: yo he de merecerte,
puesto que tú eres un don,
¡Día, tú has de ser hermoso,
puesto que vienes de Dios!*

Gabriela Mistral.

M. Guzmán Maturana, *Primer Libro de Lec-
tura*, págs. 19-20.

66

¡ECHA LA SIMIENTE!

*El surco está abierto, y su suave hondor
bajo el sol semeja una cuna ardiente.
¡Oh, labriego, tu obra es grata al Señor!
¡Echa la simiente!*

*Nunca, nunca, el hambre, negro segador,
a tu hogar se llegue solapadamente.
Para que haya pan, para que haya amor,
¡echa la simiente!*

*La vida conduce, rudo sembrador.
Canta himnos donde la esperanza aliente.
Burla a la miseria y burla al dolor:
¡echa la simiente!*

*El sol te bendice, y acariciador
en el viento, Dios te besa la frente.
Hambre que echas grano, hombre creador,
¡prospera tu rubia simiente!*

Gabriela Mistral.

M. Guzmán Maturana, *Primer Libro de Lec-
tura*, 5ª ed., págs. 111-2.

Vióse ya la primera versión de este poemita, reducida a dos estrofas. En *Ternura* hay variantes con relación a esta versión ensanchada.

67

EL MARINO

La tierra es estrecha y misera;
ancho como el cielo, el mar.
Yo amo más este ser vasto
de sonoro batallar.

Noches en la mar, serenas,
bajo una luna de amor.
Las olas cantan, copiando
de los astros el temblor.

¡Noches plácidas! El barco
mece un sereno compás;
confiada el alma; una brisa
de seda; una mar de paz.

¡Noches de la mar bravía!
¡Noches de enorme emoción!
Palpita azorado el barco,
cual palpita un corazón.

La ola ruge, la ola sube
como una montaña, o más:
la ola, como un adversario,
trepa hasta la borda, audaz.

La ola grita sus furoros,
cerrada a toda piedad...
Yo, mientras, canto en la proa
de cara a la tempestad.

Vida de la mar, inquieta;
de un país a otro país:
climas cambiantes y costas
extrañas... ¡Vida feliz!

Vida para el hombre fuerte,
de peligros buscador;
vida que moldea al hombre
con pasta de vencedor...

Gabriela Mistral.

M. Guzmán Maturana, *Primer Libro de Lectura*, 5ª ed., págs. 144-5.

68

F R E S I A

A la quebrada donde la asamblea guerrera
el toquí presidía, un pehuenche traidor
guió a los blancos. Llevan la indiada prisionera,
mientras cae la lluvia, como un largo dolor.

La selva está asombrada y asombrados los
[pumas.
Sobre el cautivo lloran los copihues en flor;
levanta el Bío-Bío su irritación de espumas
y la lluvia cansada baja como un dolor.

Una india al camino sale con pasos francos.
Tiene de las Walkyrias el salvaje vigor.
Se detiene el cautivo; se detienen los blancos...
Cae el agua cansada como un largo dolor.

—¡“Oh, toquí! Yo te amaba por gallardo y
[por fuerte;
por tu carne, amasada con pasta divinal,
que ignoraba el cansancio e ignoraba la
[muerte
y sabía el secreto para el golpe fatal.

“Y yo gocé el orgullo de sentir que tu vida
espléndida, ensanchaba su río de esplendor;
de llevar tus promesas a la raza oprimida
y de criar un hijo nacido de tu amor.

“¡Toquí! Yo me avergüenzo de tus labios
[sellados,
de tu lívido rostro, que no quema el rubor,
de tus brazos gloriosos, que van aprisionados,
y del hijo afrentado, nacido de tu amor”.

El toquí va cautivo... Hablaba a sus her-
[manos,
y allá guió a los blancos un pehuenche trai-
[dor...
Sobre el infame hierro que le traba las manos,
hasta la lluvia llora, como un largo dolor.

Gabriela Mistral.

M. Guzmán Maturana, *Primer Libro de Lectura*, 5ª ed., págs. 176-7.

69

PLEGARIA POR EL NIDO

¡Señor, Señor! Por un hermano pido,
indefenso y hermoso: ¡por el nido!

Florece en su plumilla el trino;
ensaya en su almohadita el vuelo.
¡Y el canto tiene de divino,
y el ala es cosa de los cielos!

Dulce tu brisa sea al mecerlo,
dulce tu luna al platearlo,
fuerte tu rama al sostenerlo,
bello el rocío al enjorarlo.

De su conchita perfumada
rellena con hilacha rubia,
desvía el vidrio de la helada
y las guedejas de la lluvia;

desvía el viento de ala brusca
que lo dispersa a su caricia,
y la mirada que lo busca,
toda encendida de codicia.

Tú, que me afeas los martirios
dados a tus criaturas finas:
al copo claro de los lirios
y a las pequeñas clavelinas,

guarda su forma con cariño
y pálpala con emoción.
Tírita al viento como un niño:
¡es parecido a un corazón!

¡Señor, Señor! Por un hermano pido,
indefenso y hermoso: ¡por el nido!

Gabriela Mistral.

M. Guzmán Maturana, *Primer Libro de Lectura*, 5ª ed., págs. 194-5.

LA RAIZ DEL ROSAL

Bajo la tierra, como sobre ella, hay una vida, un conjunto de seres que son bellos o monstruosos, que trabajan y luchan, que aman y odian.

Viven allí los gusanos más oscuros, y son como cordones negros; las raíces de las plantas, estiradas cual otros cordones terrosos, y los hilos de aguas subterráneas, estirados también, como un lino palpitador.

Dicen que hay otros aún: los gnomos, no más altos que una vara de nardo, barbudos y regocijados.

Hé aquí lo que hablaron cierto día, al encontrarse un hilo de agua y una raíz de rosal:

—Vecina raíz, nunca vieron mis ojos nada tan feo como tú. Cualquiera diría que un mono plantó su larga cola en la tierra y se fué. Parece que quisiste ser una lombriz, pero no alcanzaste su movimiento en curvas graciosas, y sólo le has aprendido el beberme mi leche azul. Cuando paso tocándote, me la reduces a la mitad. Feísima, dime, ¿qué haces con ella?

Y la raíz humilde respondió:

—Verdad, hermano hilo de agua, que debo aparecer ingrata a tus claros ojos. El contacto largo con la tierra me ha hecho parda, y la labor excesiva me ha deformado, como se deforma el brazo del obrero. También yo soy una obrera; trabajo para la bella prolongación de mi cuerpo, que mira al sol. Es a ella a quien envío la leche azul que te bebo; para mantenerla fresca, cuando tú te apartas, voy a buscar los jugos vitales lejos, rompiendo penosamente con mi pequeño dedo las tierras duras. Hermano hilo de agua, sacarás cualquier día tus plantas al sol. Busca, entonces, mi prolongación hacia arriba, la criatura de belleza que soy bajo la luz.

El hilo de agua, incrédulo, pero prudente, calló, resignado a la espera, para saber la verdad.

Cuando su cuerpo palpitador, ya más crecido, sacó sus plantas al sol, su primer cuidado fué buscar aquella prolongación de que la raíz hablara.

Y ¡oh, Dios, lo que sus ojos vieron!

Primavera reinaba espléndida, y en el sitio mismo en que la raíz se hundía,

una forma rosada, graciosa, engalanaba la tierra.

Fatigábanse las ramas ligeras bajo una carga de cabecitas rosadas, que hacían el aire, hasta muy lejos, aromoso y lleno de secreto encanto.

Hombres y bestias se detenían ante el arbusto magnífico, vestido entero de gasa fragante.

El arroyo (porque ya había crecido y era un arroyo) desvió sus platas hacia el rosal, para verlo mejor. Y éste, como si recordara su deuda, le deshojó sobre las aguas trémulas, cuatro rosas que las perfumaron.

Y el arroyo se fué, meditando por la pradera en flor:

—¡Oh, Dios! ¡Cómo decía verdad la raíz humilde! ¡Oh, Dios! ¡Cómo lo que abajo era hilacha áspera y parda, se torna arriba seda rosada! ¡Oh, Dios! ¡Cómo hay fealdades que son prolongaciones de belleza!...

M. Guzmán Maturana, *Segundo Libro de Lectura*, págs. 143-4.

CAPERUCITA ROJA

Caperucita Roja visitará a la abuela, que en el poblado próximo postra un extraño
[mal.]

Caperucita Roja, que tiene rizos rubios, tiene el corazoncito tierno como un panal...

Caperucita Roja ya se ha puesto en camino y va cruzando el bosque con un pasito audaz. Le sale al paso el lobo de los ojos diabólicos: —Caperucita Roja, cuéntame dónde vas.

Caperucita es cándida como los lirios blancos: —Abuelita ha enfermado. Le llevo aquí un [pastel y un pucherito suave, que deslíe manteca. ¿Sabes del pueblo próximo? Vive a la entrada] de él.

—Caperucita Roja, me enternece tu viaje: como un río rosado me inunda tu piedad. El lobo irá contigo. Pero, ¿qué?... ¿Estás [temblando?] Bien; seguiré otra ruta. ¡Te inquieta mi amistad!...

Caperucita, en tanto, de su bosque encantada, recoge bayas rojas, corta ramas en flor, y se enamora de unas mariposas pintadas, que la hacen olvidarse del viajero traidor.

El lobo fabuloso de los blanqueados dientes, pasó el bosque y el llano; el molino pasó, y golpea en el plácido portón de la abuelita, que le abre. El ladino a la niña anunció.

Há tres días el pérfido no sabe de bocado.
¡Pobre abuelita inválida, quién la va a de-
fender!
El lobo la ha comido pausada y sabiamente
y se ha puesto en seguida sus ropas de mujer.

Tocan dedos menudos a la entornada puerta.
De la arrugada cama dice el traidor: —¿Quién
[va?
La voz es ronca. Pero, “la abuelita está en-
ferma”,
la dulce niña explica: —“De parte de mamá”.

Caperucita ha entrado. Va cargada de bayas;
le tiemblan en la mano gajos de arbusto en
[flor.
—“Deja los pastelitos; ven a entibiarme el
[lecho”.
Caperucita cede al reclamo de amor.

De entre la cofia salen las orejas mons-
[truosas.
—“¿Por qué tan largas?” dice la niña, en su
[candor.
Y el velludo engañoso, abrazando a la niña:
—“¿Para qué son tan largas? Para oírte
[mejor”.

El cuerpecito rosa le dilata los ojos.
El terror en la niña los dilata también.
—“Abuelita, decidme, ¿por qué esos grandes
[ojos?”
—“Corazoncito mío, para mirarte bien”.

Y el viejo lobo ríe. Y entre la boca negra
tienen los dientes blancos un terrible fulgor.
—“Abuelita, decidme, ¿por qué esos largos
[dientes?”
—“Corazoncito, para devorarte mejor”...

Ha arrollado la bestia, bajo sus pelos ás-
[peros,
el cuerpecito trémulo, suave como un vellón;
y ha molido las carnes, y ha molido los
[huesos,
y ha exprimido, como una cereza, el corazón.

Gabriela Mistral.

M. Guzmán Maturana, Segundo Libro de
Lectura, págs. 31-33.

72

UN NUEVO DÍA

Dorado sol, que ya riegas
mi ventana de esplendor,
¡salud! Tú estás más espléndido
y la tierra harás mejor.

El rosal, por la ventana,
manda una rosa a decir
que el día es bello, los hombres
buenos, y bueno el vivir.

El agua fresca, mi cuerpo
ha llenado de vigor.
¡Pudiera escalar montañas,
impulsado de este ardor!

Yo quiero que en este día
se haga en mi alma mayor
el lugar de la esperanza,
del esfuerzo y del amor.

Que más ame y más comprenda,
que pida y que busque más,
que me vuelva más sufrido,
que me vuelva más capaz.

Diestra, tú serás activa;
labio, tú dirás verdad;
mirada, tendrás dulzura;
corazón, tendrás piedad.

Sobre un cojín de azucenas
debi esta noche dormir...
¡Tan tiernamente encantado
me levanto de vivir!

Gabriela Mistral.

M. Guzmán Maturana, Segundo Libro de
Lectura, 5ª ed., págs. 15-6.

73

HIMNO DE LOS SCOUTS

La Tierra es una rosa, abierta
con este sol al existir;
tal su placer, cantando al cielo
el gozo inmenso de vivir.

Grita la tierra sus vigores,
de nuestros cuerpos a través.
Con el orgullo de las madres,
mira pasar la esplendidez

de nuestros cuerpos, irradiando
su triunfadora juventud,
y la alianza que encarnamos
de la potencia y la virtud.

Se ensancha el pecho, en un anhelo
por recoger el esplendor
de esta alborada de prodigio,
que hasta en las piedras pone amor.

Con las agujas de sus torres,
se va perdiendo la ciudad,
y en plena sede penetramos
de la campestre soledad.

A nuestro paso, quiere el árbol
la húmeda veste sacudir,
y es, el bañarnos en rocío,
modo gentil de bendecir.

Y nos bendicen, con el árbol,
el río en fuga hacia la mar,
y hasta la yerba del sendero,
que con placer se deja hollar.

Como dispersos caminemos,
a los inciertos que vendrán,
los pardos troncos que signemos
con su mudéz informarán...

En donde se abra el horizonte
límpido y ancho como el mar,
las puntiagudas carpas blancas,
al caer la tarde, se han de alzar.

*Ya fatigados, dormiremos,
los rostros vueltos al fulgor
del firmamento constelado,
pupila enorme del Señor.*

*Vamos cantando, en un delirio,
por estas sendas de ilusión.
Si el labio al himno niega paso,
nos va a estallar el corazón...*

Gabriela Mistral.

M. Guzmán Maturana, *Segundo Libro de Lectura*, págs. 266-7.

74

PROYECTOS...

Alrededor del abuelo, que no puede dejar su sillón ni aún para salir a contemplar cómo florecen los almendros en esta primavera, los tres nietos charlan.

Luis es fuerte, tostada la tez, la voz vibrante y los ademanes resueltos. Tiene un hablar apasionado, y los ojos negros se le encienden con extraños fuegos en el ardor de su convencimiento.

Jorge es flácido de fisonomía y de actitud. Se parece a la madre en los ojos claros y la palabra bondadosa.

Romelio es pálido, sin tener aspecto enfermizo. Tiene gran dulzura en el mirar y en los labios finos. Acodado en el alféizar de la ventana, el paisaje lo tiene más interesado que la charla de los hermanos.

El abuelo, entre ellos, sonrío dichoso, a pesar de sus piernas pesadas, que ya no hollarán más las yerbas de los senderos. Al mismo aposento se ha entrado la primavera en los mozos decidores y sanos.

Acompañando su discurso con ademanes violentos, que le prestan extraordinaria animación, Luis charla:

—“Está al otro lado de aquella fila de colinas, y aunque no lo oís, yo sé que me llama. El mar es más bello que cualquier tierra bella. Es activo, y todo corazón animoso ama las olas viajeras, que piden llevar a los hombres del país en país, sobre su dorso claro. Cuando yo he estado junto al mar, ¡cuántas empresas heroicas me han hinchado de bríos el pecho viril!

“Un buen día dejaré, abuelo mío, tu casa y tu villa, hermosas quizás, pero de

otra hermosura, y sellaré mi pacto con el mar: mi vida se gastará sobre sus olas vivas, pero él me la ha de devolver engrandecida.

“Yo he soñado con un barco grande como nuestra casa, y que era mío. Sus máquinas jadeaban llevándolo rápido sobre las masas de agua, y los marineros cantaban en la cubierta, exaltados por el viento salino y fragante. Lo más valioso que da la tierra en alianza con la luz, conducía yo en ese barco magnífico. Eran las maderas preciosas del trópico, eran sus frutas perfumadas y hasta sus pájaros de pluma vívida: eran todos esos dones que la tierra cálida ofrece a la tierra brumosa, que es como su hermana melancólica. La mar era propicia a mi fortuna y consentía maternalmente en que la proa osada la dejara florecida de espuma unos instantes. De la mar salían también palabras de gloria para saludar mi barco y mi corazón joven, anheloso de altos destinos”.

El cuarto apacible se ha ido llenando de las visiones soberbias que el niño evocaba. El abuelo tiene gozosamente abiertos ante ellas sus ojos, que se hacen por un momento ardientes y maravillados.

Jorge habla lentamente y con una suave intención de dulcificar el alma del viejo:

—“¿Para qué ir tan lejos, si junto a nosotros la vida se ofrece buena?”

“Yo amo la tierra que mis padres cultivaron y que las plantas del pobre abuelo han dejado también perfumada. Yo quiero serle fiel, porque fué fecunda en servicios para los míos, y le he de dar la juventud de mis brazos y de mi corazón.

“Todos mis ensueños se encaminan hacia la piadosa empresa de volverla más bella y más opulenta. He de conducir a ella aquellas máquinas que hoy hacen mejor que los hombres la obra de llenar los surcos primero, y de aliviarlos después de su fecundidad dolorosa.

“Amorosamente iré en su ayuda, para que el producir no la fatigue demasiado ni la agote; amorosamente le llevaré las sales que la vigorizan, la surcaré de canales profundos y de caminos amplios.

“Al son de canciones, es decir, con santa alegría, le abriré el seno; al son de canciones también, se lo llenaré de gérmenes y se lo refrescaré en los días ardientes del estío.

“La tierra es hermosa, por sobre toda hermosura: rizada de trigos, nevada de cerezos en flor y pintada de follajes caducos en el otoño opulento.

“Y seguro está todo amor que descanse en ella, y toda esperanza que se cifre en su polvo sagrado. Quizás, Luis, tu mar te traicione alguna vez; ella no podrá sino serme leal siempre.

“Me quedo con ella, enamorado de su prodigio y agradecido de su largo sustentar a los de mi raza”.

El abuelo sonrío, agradecido él también a la lealtad del que no quiere dejarlo.

Romelio calla. Los hermanos le instan para que diga su sueño:

—“¿No os importa la tarde, que se está deshojando afuera como un rosal encendido, con qué belleza apacible?”

“Seguro estoy de que no hay bajo el cielo otra tierra más hermosa que ésta que conocen mis ojos felices. Y porque estoy lleno de su suave orgullo por ella, la empresa mía será de copiarla todo lo bellamente que alcance.

“Quizás pensáis que seré un inútil entre vosotros; pero también es ésta una manera de amar la tierra, sin pedirle nada fuera del gozo que pide su tranquila adoración.

“Mientras hablabais, estaban ociosas mis manos, pero mi espíritu se hacía todo vivo para recoger en las pupilas este instante soberano de los cielos y la tierra.

“Hay momentos en que el paisaje es tan vigoroso, enrojecido por un sol de ocaso, que exalta el corazón como los más intensos himnos guerreros; otras veces cobra la suavidad de las canciones de cuna.

“También hay santidad en ser un amoroso de la obra de Dios, sentirla muy hondamente y recogerla con reverencia. Y yo no haré otra cosa, mientras estén mis ojos abiertos a este encanto profundo y delicado”.

Habla con dulzura y sigue mirando el paisaje, como un hechizado.

El abuelo también sonrío, dichoso de oírlo. Porque también la belleza cupo en su corazón suave y viril.

M. Guzmán Maturana, *Segundo Libro de Lectura*, págs. 286-90.

75

EL HIMNO COTIDIANO

*En este nuevo día
que me concedes, ¡oh, Señor!
dame mi parte de alegría
y haz que consiga ser mejor.*

*Dame Tú el don de la salud,
la fe, el ardor, la intrepidez,
séquito de la juventud;
y la cosecha de verdad,
la reflexión, la sensatez,
séquito de la ancianidad.*

*Dichoso yo, si, al fin del día,
un odio menos llevo en mí,
si una luz más mis pasos guía
y si un error nuevo extinguí.*

*Y si por la rudeza mía
nadie sus lágrimas vertió:
y si alguien tuvo la alegría
que mi ternura le ofreció.*

*Que cada tumbo en el sendero
me vaya haciendo conocer
cada pedrusco traicionero
que mi ojo ruin no supo ver.*

*Y más potente me incorpore,
sin protestar, sin blasfemar,
y mi ilusión la senda dore,
y mi ilusión me la haga amar.*

*Que dé la suma de bondad,
de actividades y de amor,
que a cada ser se manda dar:
suma de esencias a la flor
y de vapores a la mar.*

*Y que, por fin, mi siglo, engreído
en su grandeza material,
no me deslumbre hasta el olvido
de que soy barro y soy mortal.*

*Ame a los seres este día;
a todo trance halle la luz.
Ame mi gozo y mi agonía:
¡ame la prueba de mi cruz!*

Gabriela Mistral.

M. Guzmán Maturana, *Tercer Libro de Lectura*, págs. 15-6.

76

ANTE LA ESTATUA DE ERCILLA

*Fué este Alonso de Ercilla raro conquis-
tador;
de mirtos y laureles insigne segador,
que de lides homéricas combatiente y testigo,
se hace el preclaro rápsoda del oscuro ene-
migo.*

*Porque es el enemigo como él de bravo y
[grande,
salido de los moldes de alabastro del Ande,
arrullado del mar con salvajes canciones,
y ungido con la leche de las constelaciones.*

*En el plantel de espíritu del soldado gal-
llardo,
Marte prende su rosa y Atenea su nardo:
halla el guerrear heroico henchido de her-
mosura
y el verso le florece toda la agria armadura.*

*Librar no logra al toqui del suplicio brutal,
mas lo lleva al poema y lo torna inmortal.
El ademán de Fresa su sed de prodigio harta
y, al rozarla, ha sentido que trascendía a Es-
lparta.*

*¡Visión extraña! Sobre Arauco ha colum-
brado
una augusta alma antigua, y allí se está he-
chizado,
cantándola en estrofas que, por sobrias y
fieras,
tienen perfil rotundo de veinte cordilleras.*

*Del nidial amoroso que es la testa rizada,
la musa cortesana fugó, desalojada
por la musa Walkiria, hija de las pataguas,
trajeada en rojo vivo, como un hierro de fra-
lguas.*

*Ahora don Alonso descansa, satisfecho
del oro de su verso y el hierro de su pecho,
como cuando, después de pelear todo un día,
cantaba el bardo aquello que el soldado vivía.*

*Gallardo don Alonso, rápsoda y capitán,
el zumo de las venas de Caupolicán,
negro y acre, mezclado con el suave licor
de las tuyas, en una ancha copa de amor,*

*dió la casta que bajo tu claro mármol yerra,
ardida de unas ansias de abreviar a la tierra
su sed de maravillas, y poner sus hazañas
por sobre el florón pálido de las altas mon-
tañas.*

*Cuando, en las siestas cálidas, la has mira-
do pasar,
tú sientes la embriaguez de volverla a cantar.*

Gabriela Mistral.

M. Guzmán Maturana, Tercer Libro de
Lectura, págs. 110-11.

77

HIMNO AL ARBOL

*Arbol hermano, que, clavado
por garfios pardos en el suelo,
la clara frente has elevado
en una intensa sed de cielo:*

*hazme piadoso hacia la escoria
de cuyos limos me mantengo,
sin que se duerma la memoria
del país azul de donde vengo.*

*Arbol que anuncias al viandante
la suavidad de tu presencia,
con tu amplia sombra refrescante
y con el nimbo de tu esencia:*

*haz que delate mi presencia
en las praderas de la vida,
mi suave y cálida influencia
sobre los otros ejercida.*

*Arbol diez veces productor:
el de la poma sonrosada,
el del madero constructor,
el de la brisa perfumada,
el del follaje amparador,*

*el de las gomas suavizantes
y las resinas milagrosas,
pleno de tirsos agobiantes
y de gargantas melodiosas:*

*hazme en el dar un opulento.
Para igualarte en lo fecundo,
el corazón y el pensamiento
se me hagan vastos como el mundo!*

*Y todas las actividades
no lleguen nunca a fatigarme:
¡las magnas prodigalidades
salgan de mí sin agotarme!*

*Arbol donde es tan sosegada
la pulsación del existir,
y ves mis fuerzas la agitada
fiebre del siglo consumir:*

*hazme sereno, hazme sereno,
de la viril serenidad
que dió a los mármoles helenos
su soplo de divinidad.*

*Arbol, que no eres otra cosa
que dulce entraña de mujer,
pues cada rama mece airosa
en cada tibio nido un ser:*

*dame un follaje vasto y denso,
tanto como han de precisar
los que en el bosque humano, inmenso,
rama no hallaron para hogar!*

*Arbol, que donde quiera aliente
tu cuerpo lleno de vigor,
asumes invariablemente
el mismo gesto amparador:*

*haz que a través de todo estado
—niñez, vejez, placer, dolor—
asuma mi alma un invariado
y universal gesto de amor!*

Gabriela Mistral.

M. Guzmán Maturana, Tercer Libro de
Lectura, págs. 142-4.

78

RUEGO DEL MINERO

—“El sol, el sol, que tiene gozo desme-
nuzado en su polvareda viva, y el aire,
que lleva aroma de rosas en las alas,
quedan arriba. Yo bajo a escarbar las ro-
cas, perdido en una noche sin constela-
ciones. Vosotros, que quedáis aquí, tened
para el que desciende un pensamiento de
amor.

La lágrima del oro se escurre por las piedras, fugitiva. Mi ojo y mi hierro la siguen, arañando la peña en que se perdió la última vez. Se parece la veta esquivada a una mujer hermosa y casta que rehuyera la mirada.

Arriba, el canto de los segadores, bajo el rico chorro de sol, y el canto del viento en los follajes, a los que dieron gracia musical. Abajo, el canto de los combos, sostenido, brutal, rítmico, de áspero ritmo, sobre la piedra que defiende su corazón, como si también padeciera, cual el corazón dolorido de los hombres. Un fulgor mezquino alumbraba, adherido a mi frente, la lucha de mi brazo con la roca enemiga; un polvo negro de sepulcros llena el hoyo exiguo y vuelve ásperos los suaves párpados humanos. Y tu ausencia, ¡oh, luz maravillosa, luz de los campos abiertos y de las montañas de erectos capullos, luz por la que se ama, y se vive, y se canta!

Vosotros, que quedáis aquí arriba, tened, por esto, un pensamiento de simpatías para el que baja.

Pudiera no subir más. Tiene conspiraciones silenciosas el monstruo. Suele caer vencido en grandes masas, sobre la cabeza de su buscador; suele caer en rodadas salvajes y dejar a su enemigo cautivo también, como la hebra de oro que sigue, apretado por lápidas que ningún brazo alza jamás.

Porque esta Tierra, que bajo el cielo desarrolla suavemente su comba verdeante de bosques y empalidecida de luna, tiene agresiva y siniestra la entraña, que vosotros no conocéis. Entonces calla el jadeo de los tórax potentes, y las compañeras que vienen, caído el crepúsculo, a encontrarnos, vuelven definitivamente solas, a mecer sus cunas huérfanas...

Por eso os digo, hijo mío, al que no beso sino dormido, por las noches; a ti, compañera, que vienes amorosa a dejarme a la boca del monstruo, y a ti, hermano labriego, en cuya frente hasta el sudor se hace belleza, porque lo dora el sol: decid palabras de simpatía, que suban alto, más allá del temblor de las estrellas, por el que se mueve como un sonámbulo, abajo, entre la sombra".

Gabriela Mistral.

M. Guzmán Maturana, *Tercer Libro de Lectura*, págs. 275-6.

79

I N T I M A

(Glosa de Gabriela Mistral)

"Cómo tocará la carne esa flor..."

Tú no oprimas mis manos. Llegaré el duradero tiempo de reposar con mucho polvo y sombra en los entretejidos dedos.

Y dirías: "No puedo amarla, porque ya se han desgranado como mieses sus dedos".

Tú no beses mi boca. Vendrá el instante lleno de luz menguada, en que estaré sin labios sobre un mojado suelo.

Y dirías: —"La amé, pero no puedo amarla más, ahora que no aspira el olor de retamas de mi beso".

No me toques, por tanto. Mentiría al decir que te entrego mi amor en estos brazos extendidos, en mi boca, en mi cuello; y tú, al creer que lo bebiste todo, te engañarías como un niño ciego.

Porque mi amor no es sólo esta gavilla reacia y fatigada de mi cuerpo, que tiembla entera al toque del cilicio y que se me rezaga en todo vuelo.

Es lo que está en el beso, y no es el labio; lo que amengua la voz, y no es el pecho; es un viento de Dios que pasa hendiéndome el gajo de las carnes, voladero.

R. Tagore, poeta y filósofo..., págs. 69-70.

En *Desolación* apareció después este poema con grandes variantes y sin mención alguna de Rabindranath Tagore. El libro en que aparecieron estos comentarios a los poemas de Tagore se titula *Rabindranath Tagore poeta y filósofo hindú* y fué dado a luz en 1917, Santiago, por Raúl Ramírez, con mención en la portada de que incluía "tres comentarios líricos en verso y tres en prosa de Gabriela Mistral".

80

(COMENTARIO PRIMERO)

"Sé que también amaré la muerte".
No creo, no, en que he de perderme tras la muerte.

¿Para qué me habrías henchido tú, si he de ser vaciada y quedar como las cañas, exprimida? ¿Para qué derramarías la luz cada mañana sobre mis sienes y

mi corazón, si no fueras a recogerme como se recoge el racimo negro melificado al sol, cuando ya media el otoño?

Ni fría ni desamorada me parece, como a los otros, la muerte. Paréceme más bien un ardor, un tremendo ardor que desgaja y desmenuza las carnes, para despeñarnos caudalosamente el alma, derretida lo mismo que las neveras por el sol...

Duro, acre, sumo, el abrazo de la muerte. Es tu amor, es tu terrible amor, ¡oh, Dios! ¡Así deja rotos y vencidos los huesos, lívida de ansia la cara, sorprendida y desmadejada la lengua!

Gabriela Mistral.

R. Tagore, poeta y filósofo . . . , págs. 123-4.

(COMENTARIO SEGUNDO)

“Yo me jacté entre los hombres de que te conocía...”

Como tienen tus hombres un delirio de afirmaciones acerca de tus atributos, yo te pinté al hablar de Ti con la precisión del que pinta los pétalos rotundos de la azucena. Por amor, por exageración de amor, describí lo que no veré nunca. Vinieron a mí tus hombres, a interrogarme sobre tus miradas y parlas, vinieron porque te hallan continuamente en mis cantos, desparramado como un aroma líquido sobre ellos. Yo, viéndoles más ansia que la del sediento al preguntar por el río, les parlé de Ti, sin haberte gozado todavía.

Tú, mi Señor, me lo perdonarás, fué el anhelo de ellos, fué el mío también, de mirarte límpido y neto, como las hojas de la azucena. A través del desierto, es el ansia de los beduinos la que traza vívidamente el espejismo en la lejanía...

Estando en silencio para oírte, el latir de mis arterias, tan violento, me pareció la palpitación de tus alas sobre mi cabeza febril, y la dí a los hombres como tuya. Pero Tú que comprendes, te sonríes con una sonrisa llena de dulzura y de tristeza a la par.

Sí. Es lo mismo, mi Señor, que cuando aguardamos con los ojos ardientes, mirando hacia el camino. El viajero no viene, pero el ardor de nuestros ojos lo dibuja a cada instante en lo más pálido del horizonte...

Sé que los otros me ultrajarán porque he mentido; pero Tú, mi Señor, solamente sonreirás con tristeza. Lo sabes bien: la espera enloquece y el silencio crea ruidos en torno de los oídos febriles.

Gabriela Mistral.

R. Tagore, poeta y filósofo . . . , págs. 126-7.

(COMENTARIO TERCERO)

“Arranca esta florecilla. Temo que se marchite, y se deshoje, y caiga y se confunda con el polvo”.

Verdad es que aún no estoy en sazón, que las lágrimas que he dejado entre las zarzas no alcanzarían a colmar el cuenco de tus manos. Pero no importa, mi Dueño: en un día de angustias puedo madurar por completo.

Tan pequeña me veo, que temo no ser advertida; temo quedar olvidada como la espiga en que no reparó, pasando, el segador. Por esto quiero suplir con el canto mi pequeñez, sólo por hacerte volver el rostro si me dejas perdida, ¡oh, mi segador extasiado!

Verdad es también que no haré falta para tus harinas celestiales; verdad es que en tu pan no pondré un sabor nuevo, ni un perfume más agudo. Mas, de vivir atenta a tus movimientos más sutiles, te conozco tantas ternuras que me hacen confiar! Yo te he visto, yendo de mañana por el campo, recoger, evaporada, la gotita de rocío que tiritaba en la cabezuela florida de una hierba, y sorberla con menos ruido que el de un beso. Te he visto, asimismo, dejar, disimuladas en el enredo de las zarzamoras, las hebras para el nido del tordo. Y yo he sonreído, muerta de dicha, diciéndome: —Así me recogerá, como la gotita trémula, antes de que me vuelva fango; así como al pájaro se cuidará de albergarme, después de la última hora, para que yo no conozca las crudezas del viento.

¡Recógeme, pues, recógeme pronto! No tengo raíces clavadas en esta tierra de los hombres. Con un simple movimiento de tus labios, me sorbes, con una imperceptible inclinación, me recoges!

Gabriela Mistral.

R. Tagore, poeta y filósofo . . . , págs. 132-3.

Estos tres poemas en prosa pasaron luego a *Desolación* bajo el título común de *Comentarios a poemas de Rabindranath Tagore* y con variantes.

81

I

DESVELADA

(Glosas de Gabriela Mistral, a la inquietud del Jardinero).

*Como fui reina y soy mendiga ahora,
vivo en puro temblor de que me dejes
y te pregunto, pálida, a cada hora
—“¿Estás conmigo aún? ¡Ay! no te alejes!”*

*Quisiera hacer las marchas sonriendo
y confiando, ahora que has venido;
pero hasta en el dormir estoy temiendo,
y pregunto entre sueños: —“¿No te has ido?”*

*Tiene el ciprés sus formas apretadas,
séme tú cual su follaje espeso...
¡O más, o más! Para dormir confiada,
múdate en cal y tórnate en mis huesos.*

II

SI YO TE ODIARA...

*Si yo te odiara, mi odio te daría
en las palabras, rotundo y seguro.
Pero te amo, y mi amor no se confía
a este hablar de los hombres, tan oscuro.*

*Lo mismo que cristal se rompería
si lo echara a rodar por mis canciones.
Quién sabe si ni así lo recogías,
que apenas me hace un ruido de oraciones.*

*Tú lo quisieras vuelto un alarido
y vienes de tan hondo, que ha deshecho
su trémulo raudal desfallecido
antes de la garganta, antes del pecho.*

*Hallé palabras para la amargura
y las tuve también en la alegría.
En éste, mira tú, queda insegura,
torpe la lengua, como en la agonía.*

*Otras acomodaron su ternura
en las enjutas palabras humanas.
A mí no me recogen su hermosura,
y rotas y sin luz se me desgranán.*

*Estoy lo mismo que estanque colmado
y te parezco un surtidor inerte:
todo por mi callar atribulado
que sin embargo es peor que la muerte.*

Gabriela Mistral.

R. Tagore, poeta y filósofo..., págs. 155-7.

En *Desolación* figuran estas dos composiciones separadas y sin mención alguna de Rabindranath Tagore. Las variantes son muy notorias: *Desvelada*

presenta en *Desolación* dos estrofas y no tres; *Si yo te odiara...* pasa a llamarse *El amor que calla* y de seis estrofas quedó reducido a tres.

82

EL MAESTRO RURAL

A don Maximiliano Salas Marchán.

*El sol ha caído, y la tarde rosa
de emoción de estrellas empieza a latir.
Arropa la aldea niebla temblorosa.
La pobre no tiene alma y no solloza,
no sabe, la triste, quien puso a dormir*

*esta tarde sobre la tierra olorosa
a romero y salvias, de su panteón.
Por mucho que sepa de rosas, de rosas,
de trigos espesos y de mariposas,
crió lirios, nunca crió corazón.*

*Niebla temblorosa que al valle descienes
para echarle tu capucha a la faz,
tú, que eres sutil y a todo te prendes,
¿ninguno echas menos, ninguno comprendes
que, cerrado el párpado, no te mira más?*

*La niebla conoce toda juvenzuela
y mozo y labriego, y tras de inquirir,
responde: ¡Ah, sí! el pobre maestro de es-
cuela
siempre lo encontraba tras de la cancela
de su huerto, viendo la noche venir.*

*Esta mañanita ya cambió su banco
de leño fragante por otro mejor,
ya definitivo y de eterno flanco:
un hoyo en la tierra, junto a un jazmín blanco,
que esta primavera va a esponjar más flor.*

*Y porque ninguno mojó su mantilla
pardusca, con zumo de su corazón,
tú, de adulto torpe, sin una mancilla,
boca mía humilde, como él, pobrecilla,
con sabor de lágrimas, dale tu canción.*

*¡Dulce viejo huérfano! quién pudo llorarle!
No dejaba un hijo, no tuvo mujer.
Era demasiado pobre para amarle,
y aunque fuera bueno, nadie iba a mirarle
pecho adentro, para su hechizo beber.*

*Joven, casi mozo, llegóse a la aldea.
¿Ha treinta años? Hace cuarenta tal vez.
Era hermoso, siempre que hermosura sea
carne cuya primavera llamea
de un fuego escondido que lascivia no es.*

*Tenía de llama viva el ojo obscuro
y la parla cálida; ancho el corazón,
para el amor de los hombres maduro;
ingenua la índole, y bajo del duro
pecho de hombre fuerte, niña la emoción.*

*En toda la sangre, ni una gota acerba;
ni una marca hirsuta en toda la faz.
En mezquino cuerpo de brizna de hierba,
era el alma diosa y la pasión sierva,
ligero el quebranto y el querer tenaz.*

Sabe Dios que al ver el poblado triste
no tuvo un reproche mojado en rencor.
Tú, sendero humilde, que lo condujiste
hasta su casita pobre, tú le viste
los ojos en éxtasis y el gesto en amor.

¡Si era el adversario de toda tristeza,
aunque fuera el hijo mayor de Jesús;
si cuando faltaba el sol en su mesa,
se iba con sus niños a campo traviesa
en busca de cielo, de viento y de luz!

¡A campo traviesa! La guirnalda ardiente
del sol en las sienes; ligero el andar
y el corazón, sobre la grama naciente,
en la boca el sorbo de un cantar riente
y el amor del mundo a flor del mirar.

Bajo la olorosa, fresca trenzadura
de los boldos, o a las orillas del mar,
el labio esponjaban aguas de dulzura,
y entre el corro de tibia apretadura,
luego era el contento y luego el hablar.

El maestro entonces se sentía henchido,
cual en la marea, los pechos del mar,
y el discurso hacía trémulo, encendido,
como si Dios mismo se lo diera ungido
en el violento óleo que sabe cuajar.

Y tal en los días del dulce Francisco
tocados en la hora de su exaltación,
el árbol de blonda sensible, el arisco
pájaro del bosque, las fuentes, el risco,
oían, comprendiendo, del hombre el hablar.

"Es buena la vida con las criaturas
que pintan al Padre su extraño solar:
los ríos profundos de cuencas oscuras,
el buey tardo, las cautivas dulzuras
que suelen el ojo del monstruo extasiar".

"Y todo hombre guarda, en limo sombrío,
un deslumbramiento de constelación.
El malo es tan sólo el árbol de estío,
con fruto soleado y fruto tardío:
rezagada poma fué su corazón".

"Son benditos, niños, todos los oficios,
el abrir los suelos y el moldear pan,
el besar con boca convulsa cilicios:
¡todos modos hondos, dulces ejercicios
por los que, los hombres, rumbo a Dios, se
lvan!"

"Floreció en el viejo tiempo, entre la plebe,
y enseñó una ciencia ingenua de amor,
uno que a nombrar ni el santo se atreve.
Cuando tengáis sed, buscad que os abreve.
¡No deja otra linfa deleite mayor!"

"Yo, bordada, uncida, prendida, tatuada,
su verba en la entraña os la dejo en dón,
por que un día os gane pecho, alma incen-
diada;
deje cada llaga de luz ribeteada,
y al cerrar, por fin, la boca callada,
grite su promesa de resurrección".

Así hablaba el hombre de la saya pobre,
la lengua celeste, la boca temblor,
mientras el poniente de oro, gualda y cobre,
fingía otro incendio como el suyo, sobre
el picacho andino de gloriosa flor.

Así habló de mozo, así en la pujanza
de viriles días, así viejo habló,
que la jaspeadura luminosa y mansa
de los años, lo alcanzó en esta andanza
y, al borde del surco, la muerte lo hirió.

¡Ah! el gesto cálido de esparcir, sin duda
ha debido abajo tenaz perdurar,
y en la huesa, sobre su camilla ruda
de piedras madrastras, con la boca muda,
extendido el brazo, soñará en sembrar...

Este fué el mendigo del que en la mañana,
un grupo de extraños cargó el ataúd,
sin fanfarrias, sin trapería grana
de estandartes, con una prisa insana
por tapiarlo de tierra e ingratitud.

¡Pobre aldea de cándido semblante
nevado de almendros, río de cristal,
milagrosas albas y ocasos llameantes,
cerco de calladas montañas pensantes,
que das el ensueño y le eres fatal:

qué duros tus hombres bajo la mirada
materna del cielo, qué ruin el amar
al pie de la enorme montaña extasiada,
qué sueños mezquinos tu viva y sagrada
Vía Láctea, ha siglos, les mira soñar!

Cuando muere el sol y apunta el lucero
a flor de la mar, les oigo pedir,
al plañer del Angelus grave y lastimero,
con el torpe labio sensual y embustero,
en brazos del Padre, sereno el dormir.

¡No! Vosotros que conocéis la hartura,
la blanda almohada y el blando soñar,
si mullisteis su garfio a la amargura,
no pidáis al brazo de Dios su dulzura
que es de éste, que tuvo insomnio y pajar.

Para él en un beso largo, largo, largo,
un inacabable sorbo de dulzor;
tu untura de aljófara en su labio amargo,
tu pulmón fragante para su letargo
y el más hondo arrullo que sabes, Señor!

Gabriela Mistral.

Los Diez, febrero de 1917, págs. 236-42.

83

A L P A D R E

No te llamas roca de diente sombrío
ni plegado ceño, ni ademán avieso.
Te llamas, mejor, sorbo de rocío,
y otra cosa: beso!

No te llamas zarza de tallos torcidos,
ni tampoco dardo, ni tampoco espada.
Quien lo dijo, nunca sobre Ti ha dormido:
¡te llamas almohada!

No tienes los ojos de siniestros mares;
hogueras de ocaso no incendian tus vestes.
Florecen desde unas blancuras polares
tus ojos celestes.

Y tus manos, que hacia mi espera se tien-
den,
desde el otro lado del caos seducen.
¡No venden, no venden!
¡Conducen!

Gabriela Mistral.

La Silueta, marzo, 1917.

84

A LA DISCIPULA

Aquel señor que es dueño de mis días
y cuyas hablas oyense de hinojos,
a mí te entrega porque te apaciente
muchos veranos bajo de sus ojos.

Toda me lleno de tribulaciones
y en vez de ruego sólo fluye el llanto;
todo mi pecho quema la vergüenza:
¡ni aun en la muerte he de angustiarme tanto!

Mis pobres brazos la Verdad buscaron,
como a su madre, con ardor violento.
Aún no la gozo faz a faz temblando;
sólo el aroma le bebí en el viento.

Por tanto, soy tan pobre como un huérfano
y la sed suele hacerseme alarido,
y en todo sol y en todo viento llevo
el corazón confuso y arrecido.

Yo rodé más que los torrentes blancos
que se despeñan como enloquecidos
y ya en el llano, al recoger mis carnes,
eran no más que un cuenco de gemidos.

Y si en las albas por el valle paso
buscando niños de los leñadores,
hasta que en corro gorjeador y vivo
en pos de mí trascienden los alcores,

no es que yo sienta mi bordón divino
no es que yo sepa agavillar candores,
es que ellos van por quiebras y senderos
llenando el viento de su olor de flores,

y es, oh, Dios mío! que amo la fatiga
dulce que déjanme en el pecho amante,
¡y aun por las noches se me duerme alzada
la mano sobre un invisible infante!

Mas, mi Señor me rige los momentos,
me alza y me rompe al brillo de sus hoces,
y he aquí mi amor, que es una mesa pobre.
El me lo arome porque tú lo goces;

El me renueve como sus fontanas;
me colme como río en primavera;
El sople encima de mi pecho trémulo
su hábito inmenso hinchado en las praderas.

Por la montaña y por la playa iremos.
Sus ojos hondos con la luz te sigan;
yo no he de hablarte de ellos: las campánulas
azules es mejor que te lo digan;

ni he de allegarte en mis palabras todo
su verbo al labio, tal como una poma,
lo verás en la temblorosa flecha
con que se aleja un vuelo de palomas.

¡Oh, no me mires con los ojos húmedos,
que yo no soy más que una pobrecilla
que al espesar los trigos de febrero
de rubor llena, espiga de rodillas.

Y que delante de las aguas cándidas
en donde están los cielos palpitando,
porque miró las fuentes de su pecho,
los segadores suelen ver llorando

Los Diez, abril de 1917, págs. 335-7.

85

LAS MANOS COBARDES

Manos leves como el celaje
e inútiles como las landas,
sobre cuyos dorsos sin musgos
los corderos no se solazan;
decidme, pobrecillas trémulas,
qué hicisteis por aquel que amabais.

Manos que el mundo llama puras,
sois peores que los que matan
los lindos infanticos rubios,
a media noche, en la montaña.
Si no, contad a vuestro Padre
lo que hicisteis por el que amabais.

Manos que en vuestras cuencas
entibidáis palomitas blancas
y sois madrinas de los lirios,
abajo, en la tierra mojada;
Cristo va a haceros dos menudas,
largas víboras encarnadas.

¡Oh, labradora que por tu hijo
y por ése que te besara
sobre la dura boca virgen
matarás lobos, hombres, águilas!
alárgame tus manos puras
en cambio de éstas, condenadas,
¡jo las desprendo de mi cuerpo
como el árbol suelta sus bayas!

Gabriela Mistral.

Los Diez, abril de 1917, págs. 337-8.

86

F U T U R O

El invierno rodará blanco
encima de mi corazón.
Irritará la luz del día;
me llagaré en toda canción.

Fatigará la frente el gajo
de cabellos, lacio y sutil,
y de olor de las violetas
en junio, se podrá morir.

Mi madre ya tendrá diez palmos
de ceniza sobre la faz.
No espigará entre mis rodillas
el niño blanco como azahar.

*Por hurgar en las sepulturas
no veré el cielo ni el trigal.
De removerlas, la locura
en mi pecho se ha de acostar.*

*Y como se van confundiendo
los rasgos del que he de buscar,
cuando penetre en la luz ancha
no le podré encontrar jamás.*

Sucesos, mayo 17 de 1917.

Pasó en seguida a *Desolación*, pero con grandes variantes.

Este poema, así como el siguiente, fueron publicados dentro de un comentario sumamente adverso a la obra de Gabriela Mistral. Los damos, sin embargo, aún temiendo tergiversaciones, por no haber encontrado otra fuente contemporánea.

87

VOLVERLO A VER

*¿Nunca, nunca más? Ni en noches llenas
de emoción de astros, ni en las alboradas
dulces, ni en las tardes inmoladas?*

*¿Al margen de ningún sendero pálido
que ciñe el campo, al margen de ninguna
fontana trémula de amor y luna?*

*¿Bajo las trenzaduras de la selva
donde llamándolo me ha anochecido
ni en la gruta que vuelve mi alarido?*

*¡Ah, no! Volverlo a ver. No importa dónde:
en remansos de cielo o en vórtice hervidor,
bajo una luna plácida o entre cárdeno horror.*

*Y ser con él todas las primaveras
y los veranos, en un angustiado
nudo, en torno a tu cuello ensangrentado.*

Sucesos, mayo 17 de 1917.

Puede leerse también en *Desolación* con grandes variantes.

88

HABLANDO AL PADRE

*Padre has de oír
este decir
que se me abre en los labios como flor.
Te llamaré
Padre, porque
la palabra me sabe a más amor.*

*Tuya me sé,
porque miré
en mi carne prendido tu fulgor.
Me has de ayudar
a caminar
sin deshojar mi rosa de esplendor.*

*Me has de ayudar
a alimentar
como una llama azul mi juventud,
sin material
basto y carnal,
¡con olorosos leños de virtud!*

*Por cuanto soy,
gracias te doy,
porque me abren los cielos su joyel,
me canta el mar
y echa el pomar,
para mis labios, en sus pomas miel.*

*Porque me das,
Padre, en la faz,
la gracia de la nieve recibir,
y por él ver
la tarde arder:
¡por el encantamiento de existir!*

*Por él tener
más que otro ser
capacidad de amor y de emoción,
y el anhelar,
y el alcanzar
ir poniendo en la vida perfección.*

*Padre, para ir
por el vivir,
dame tu mano y tu amistad,
pues, te diré,
sola no sé
ir rectamente hacia tu claridad.*

*Dame el saber
de cada ser
a la puerta llamar con suavidad;
portarle un dón
—mi corazón—
y nevarle de lirios su heredad.*

*Dame el pensar
en ti, al rodar
herida en medio del camino. Así
no clamaré,
recordaré
el vendador sutil que alienta en Ti.*

*Tras el vivir,
dame el dormir
con los que aquí anudaste a mi querer;
dé tu arrullar
bello el soñar
¡hogar dentro de Ti nos has de hacer!*

Selva Lírica, p. 158.

89

LOS VERSOS DE NOVIEMBRE

*Y nunca, nunca más; ni en la medrosa
noche callada, ni en la aurora rosa,
ni en la tarde sagrada,*

Se perdió en la compacta, en la asesina
[sombra,
en el país enorme que con temblor se nombra.
¿Sufre? ¿Goza? ¿Se ha vuelto duro, o tierno
su corazón? Tal vez ni odia ni ama.
La nada, más horrible que el infierno!

Encontrarle algún día,
no importa dónde, en cumbre o en hondor,
en la luz que deslumbra o en el revuelto ho-
[rror.

Encontrarle algún día,
y ser con él por siempre,
en la exasperación o en la alegría.

Selva Lírica, págs. 159-60.

Estos versos fueron recogidos en *Desolación* con el título de *Volverlo a ver* y grandes variantes.

90

INTERROGACIONES

¿Cómo quedan, Señor, durmiendo los sui-
[cidas?
Un cuajo entre la boca, las dos sienes va-
[ciadas,
las lunas de los ojos albas y engrandecidas,
hacia un ancla invisible las manos orientadas?

¿O Tú llegas después que los hombres se
[han ido
y les bajas el párpado sobre el ojo cegado,
acomodas las vísceras sin dolor y sin ruido
y entrecruzas las manos sobre el pecho ca-
[llado?

El rosal que los vivos riegan sobre su huesa
¿no le pinta a sus rosas unas formas de he-
[ridas?

¿No tiene acre el olor, siniestra la belleza
y las frondas menguadas de serpientes te-
[ñidas?

Y otra cosa, Señor: cuando fúgase el alma
por la mojada puerta de las largas heridas
¿entra a tu zona hendiendo el aire quieto en
[calma?
¿O se oye un crepitar de alas enloquecidas?

¿Angosto cerco lívido se aprieta en torno
[suyo?

¿El éter es un campo de monstruos flore-
[cido?

¿En el pavor no aciertan ni con el nombre
[tuyo?

¿O lo gritan, y sigue tu corazón dormido?

¿No hay un rayo de sol que los alcance un
[día?

¿No hay agua que los lave de sus estigmas
[rojos?

¿Para ellos solamente queda tu entraña fría,
sordo tu oído fino y apretados tus ojos?

Tal el hombre asegura por error o malicia;
mas, yo, que te he gustado como un sorbo,
[Señor,
mientras los otros siguen llamándote Jus-
[ticia,
no te llamaré nunca otra cosa que Amor.

Yo sé que como el hombre fué siempre
[zarpa dura,
la catarata vértigo, aspereza la sierra,
Tú eres el vaso donde se esponjan de dulzura
los nectarios de todos los huertos de la Tierra.

¿Y espero, espero! Un día, tal como suele
[la veces
quedar del campesino la vista sorprendida
viendo echar flor a extrañas hierbas entre sus
[mieces,
te va a nacer, insólita, la piedad del suicida.

Por que Tú me miraste, y no encontré blan-
[dura
que faltara en las felpas hondas de tu mirada;
y al rodar a tu pecho, en trance de amargura,
Señor, no le hallé un sitio sin condición de
[almohada!

Selva Lírica, págs. 161-2.

Este poema fué recogido después en *Desolación* con grandes variantes. Basta señalar que las diez estrofas de la publicación hecha en *Selva Lírica* fueron reducidas en el libro a ocho.

91

CERAS ETERNAS

Ah! nunca más conocerá tu boca
las vergüenzas del beso que chorreaba
concupiscencia, como turbias lavas!

Vuelven a ser dos pétalos nacientes
esponjados de miel nueva, los labios
que yo quise inocentes.

¿Ah, nunca más conocerán tus brazos
el nudo horrible que en mis noches puso
oscuro horror: el nudo de otro abrazo!

Por su sosiego puros,
quedaron en la tierra distendidos,
ya ¡Dios mío! seguros!

Ah, nunca más tus dos iris cegados
tendrán un rostro descompuesto, rojo
de lascivia, en sus vidrios dibujado!

¡Benditas ceras fuertes,
ceras heladas, ceras eternas
y duras de la Muerte!

¡Bendito toque sabio
con que apretaron ojos, con que apegaron
[brazos,
con que juntaron labios!

Caras ceras benditas,
ya no hay brasas de besos lujuriosos
que os quiebren, que os desgasten, que os
[derritan!

Selva Lírica, págs. 164-5.

Recogido en *Desolación*, con variantes.

92

A L S E Ñ O R

No te llamas roca de diente sombrío
ni plegado ceño, ni ademán avieso,
Te llamas mejor, sorbo de rocío
y otra cosa: beso.

No te llamas zarza de tallos torcidos,
no tampoco dardo, ni tampoco espada.
Quien lo dijo, nunca sobre Ti ha dormido.
¡Te llamas almohada!

No tienes los ojos de siniestros mares;
hogueras de ocaso no incendian tus vestes.
Florece entre unas blancuras polares
tus ojos celestes.

Tus dos manos que hacia nosotros se tien-
den,
desde el otro lado del caos seducen.
¡No venden, no venden!
¡Conducen, conducen!

Selva Lírica, p. 168.

93

¿SIENTES ALLA ABAJO?

¿Sientes allá abajo
el ardor delicado de esta primavera?
A través de la tierra ¿te pasa
el perfume agudo de las madre selvas?

¿Te acuerdas del cielo,
del surtidor claro con cimera fresca?
Del sendero con hondos tapices,
de mi mano plácida en tu mano trémula?

Esta primavera perfuma y afina.
el dulce licor de las venas.
¡Si bajo la tierra, pegada la boca
bella no tuvieras!

Orillando el río, a esta apretadura
de fronda vinieras;
la tibieza que tengo en la boca,
me gustaras, sutil y violenta.

Pero estás abajo,
bien desmenuzada de polvo la lengua;
no hay modo que cantes conmigo canciones
dulces y encendidas esta primavera.

Selva Lírica, p. 169.

94

C O P L A S

Todo adquiere en mi boca
un sabor persistente de lágrimas:
el manjar cotidiano, la trova
y hasta la plegaria.

Ya no tengo otro oficio,
después del que tuve, de amarte,
que este oficio de lágrimas, acre,
que tú me enseñaste.

El que da la mirada, la boca
que parla y que besa,
la risa gloriosa, los cabellos suaves,
el abrazo que estrecha,

ya puede tornarlos
en un gajo estéril: yo pienso
que no tienen razón de ser brazos
y mirar sin dueño.

Ojos apretados
de calientes lágrimas!
¡Boca atribulada y convulsa,
en que todo se me hace plegaria!

Tengo una vergüenza
de vivir de este modo cobarde!
No voy en tu busca,
ni consigo tampoco olvidarte.

Un remordimiento me sangra
de mirar un cielo que no ven tus ojos,
de gozar las rosas
que sustenta la cal de tus huesos.

¡Carne de miseria, gajo vergonzante
muerto de fatiga,
que no baja a dormir a tu lado,
que se aprieta trémulo
al impuro pezón de la Vida!

Selva Lírica, 168.

Este poema fué después recogido en
Desolación, con grandes variantes.

95

YO NO SE CUALES MANOS

Yo no sé cuáles manos aquel día menguado
sin terror recogieron, con dulzura también
las esparcidas láminas de tu cráneo trizado
los iris de los ojos, la astilla de la sien;

que lavaron la masa de cabellos, caliente
y mojada de grumos, y en gozo de servir,
la untaron de perfumes e hiciéronte en la
frente
la señal de la cruz como un niño al dormir.

Pero esta tarde, cuando rezó la boca mía
por su pena, y la tuya que no puede rogar,
pidió por esas manos al que las vió aquel día,
por que antes que me muera, me las deje
besar.

Selva Lírica, p. 167.

96

LOS SONETOS DE LA MUERTE

Los muertos llaman. Los que allí pusimos
con los brazos en cruz y el labio frío,
suelen desperezarse; los quisimos,
nos ven vivir; y les parece impío!

Lllaman, y a la siniestra algarabía
de nuestro carnaval de sangre y risa,
llega a entenebrecernos la alegría
ese loco gritar de la ceniza.

*El también clama; pide que en la senda
el paso apure, y que mi cuerpo extienda
pronto en su huesa, angosta como herida.*

*Cierro el oído para no escucharlo;
quiero con carcajadas ahogarlo
¡y el clamor crece hasta llenar la vida!*

* * *

*Yo elegí entre los otros, soberbios y glo-
riosos
este destino, a queste oficio de ternura,
un poco temerario, un poco tenebroso,
de ser un jaramago sobre su sepultura.*

*Los hombres pasan, pasan, exprimiendo en
la boca
una canción alegre y siempre renovada
que ahora es la lasciva, y mañana la loca,
y más tarde la mística. Yo elegí esta inva-
riada*

*canción con la que arrullo un muerto que fué
lajeno
en toda realidad, y en todo ensueño, mío;
que gustó de otro labio, descansó en otro
l seno;*

*pero que en esta hora definitiva y larga
sólo es del labio siervo, del jaramago pío
que le hace el dormir dulce sobre la tierra
lamarga.*

Selva Lírica, págs. 166-7.

Sobre la existencia de estos Sonetos de la muerte no recogidos después por la poetisa en ninguno de sus libros, hemos hecho algunas consideraciones en la Introducción.

97

TRIBULACION

*En esta hora amarga como un sorbo de mares,
Tú, sosténme, Señor.
Todo se me ha llenado de sombras el camino
y el grito de pavor.*

*Amor iba en el viento como abeja de fuego
y en las aguas ardía.
Me socarró la boca, me acibaró la trova,
y me aventó los días.*

*Tú sabes que dormía al margen del sendero,
la frente de paz llena,
Tú sabes que vinieron a quebrantar los vi-
drios
de mi fuente serena.*

*Sabes cómo la triste temía abrir el párpado
a la visión terrible,
y viste de qué modo maravilloso hacíase
el misterio indecible.*

*Ahora que llego huérfana, tu zona honda por
Ihuellas
confusas rastreando,
Tú no esquives el rostro, Tú no apagues la
lámpara,
Tú no sigas callando.*

Selva Lírica, p. 165.

Recogido después en *Desolación*, con grandes variantes entre las cuales cabe citar la agregación de varios versos nuevos.

98

JOCELYN ROBLES

(En el primer aniversario de su muerte)

*Pobre amigo, yo nunca supe
de tu semblante ni tu voz;
sólo tus versos me contaron
que en tu profundo corazón
las palomas de los veinte años
tenían cuello gemidor.*

*(Algunos versos eran diáfanos
y daban timbre de cristal;
otros tenían como un modo
apacible de sollozar).*

*¿Y ahora? —Ahora en todo viento,
sobre el llano o sobre el mar,
bajo el malva de los crepúsculos
o la luna llena estival,
hinchas el dócil caramillo
—mucho más leve y musical—
sin el temblor incontenible
que yo tengo al balbucear,
la invariable pregunta lívida
con que araño la obscuridad.*

*Tú, que ya sabes, tienes mansas
de Dios el habla y la canción;
yo muerdo un verso de locura
en cada tarde, muerto el sol.*

*Dulce poeta, que en las nubes
que ahora se rizan hacia el sur,
Dios me dibuje tu semblante
en dos sobrios toques de luz
y que te escurra los acentos
en la espuma del surtidor,
para que sepa por el gesto,
y te conozca por la voz
si las lunas llenas no miran
ya escarlata tu corazón.*

Gabriela Mistral.

Zig-Zag, 13 de octubre de 1917.

Pasó a Desolación, con variantes.

99

UNA OPINION INTERESANTE

Gabriela Mistral, la eminente poetisa chilena que tan brillante papel desempeña en la nueva generación literaria de este país, ha enviado la siguiente car-

ta a nuestro colaborador N. Yáñez Silva, acerca del juicio que emitió este escritor sobre las producciones literarias del año que acaba de terminar:

Señor Nataniel Yáñez Silva:

Usted perdonará esta carta, cuyo tono familiar tengo que explicarle.

Hace siete años, en 1910, llegaba yo a Santiago, a la casa de Carlos Mondaca, y recuerdo que en la primera comida en familia, éste me preguntaba, con su sana ironía de provinciano ya bruñido por Santiago a la que venía llegando:

—¿Qué estimaciones y afectos literarios trae Ud., Lucila?

Y yo, muy tímida, pero muy valiente (no es paradoja):

—A usted, Carlos, en mi tierra, que es la suya, no se le conoce. He leído y me gustan mucho los versos de Magallanes Moure y unas prosas de Yáñez Silva, de *Selecta*.

Ha pasado hartó tiempo; la muchacha de entonces va para vieja, pero no se ha desprendido de esas amistades literarias de su corazón. Tiene por ellas, sólo por ellas, derecho a escribir a Ud. con esta confianza y hasta con la pretensión de ser escuchada bondadosamente.

Sobre *Los Diez* quiero conversarle. Usted dice en *Zig-Zag*, previo el reconocimiento de los méritos literarios de ellos individualmente, que fueron un círculo cerrado y fanático. Yo no he sido ni soy de la Decena y solamente publiqué dos veces en su revista, como publicó De la Vega y algún otro extraño. Puedo, pues, como gente de fuera, hablar con independencia.

Los Diez, pienso yo, llamaron a todos; pero no se hicieron oír, por el prejuicio de que se trataba de una revista de ellos y para ellos. La prueba más palpable de la amplitud de criterio artístico que llevaron a sus ediciones es la publicación de *La Hechizada*, *Días de campo* y *Pobrecitas*. No hay relación alguna entre los simbolistas Prado y Guzmán y el sobrio y fuerte Santiván; entre el sencillo y viril prosista que es Gana, en aquel libro, y el atildado y femenino Magallanes de los últimos versos.

Otro aspecto de esta amplitud de criterio:

En la sección de crítica extranjera, se hizo el elogio más efusivo de la obra de Arturo Capdevila y se publicó un poe-

ma suyo, maravilloso y potente. ¿Es un simbolista, un parnasiano, un verlaineano, Capdevila? Si Ud. ha leído *Melpómene* sabe que no.

El elogio de *Los Diez* no estuvo siempre con los modernistas. Mi querido amigo Vicente Huidobro sufrió un ataque de Guzmán. Y no se trataba, por cierto, de un clásico ni siquiera de un pseudo-clásico... *Los Diez*, con quienes he mantenido una tardía y cordial correspondencia, me han parecido siempre parcos en el elogio no por envidia sino por reacción contra el elogio excesivo, que perjudica casi tanto como la crítica de machetazos, en América. Yo recuerdo un interesante juicio que sobre esto aplicado a la pintura dió a Ud. don J. Francisco González. Con el deseo de eliminar la hipérbole de sus críticas, quizás llegaron a la frialdad alguna ocasión, pero no a la inquina. Así, recuerdo que me parecieron tibias las líneas que se dedicaron allí, en la revista, a *Claridad*, uno de nuestros libros de versos definitivo; pero yo no ví en eso sino lo que ya le he expresado.

Otra cosa que tomar en cuenta. La sección de crítica teatral se dió a Eduardo Barrios, escritor sin filiación modernista, ecuaníme y amplio como el que más. En cartas de provincias me venían siempre quejas contra este "claustro antipático" que era la revista. Insinué a alguno que mandara versos; le dije que los esquivos y los fanáticos quizás fueran los que no acudían. Un mes más tarde ví versos de aquel quejoso en *Los Diez*...

Yo creo que vendrá un día la hora de justicia para esta gente torcidamente interpretada. Quizás ellos nada hicieron para borrar los prejuicios que se levantaron en su alrededor; pero eso diría de pereza, no de maldad. Vuelvo a insistir en que yo soy "persona de fuera". Ni siquiera conozco a alguno de la decena. He leído, sin extrañeza y sin amargura, las críticas malévolas y hasta de insulto que se han hecho a *Los Diez*. Esta suya, serena, me ha hecho más daño y es la única de que he pensado en protestar. Una protesta (Usted la verá así) sin cólera y sin compadrazgos... Aunque algún escaso de noticias me haya clasificado, así a los cuerpitos en química, como una futurista rabiosa, amo la belleza y

estoy de rodillas junto a ella a donde quiera está, y así me entrego en emoción al verso de Gabriel y Galán como al de D'Annunzio, si se trata de los lejanos; al de V. Domingo o al de Jaras, si de los próximos.

He dejado mi rincón de montaña para ver, desde las "alturas" de una galería su *Humo Dorado*, y como sé que la deuda de comprensión se salda con un artista más por la lágrima sincera que por la carta retórica, no le he dicho mi viejo afecto hacia su labor. Por otra parte, solamente debería permitirse el lujo de una carta de crítica elogiosa aquel o aquella cuyo nombre significa algo y puede llevar satisfacción al literato estimado.

De más está decirle que con estas palabras no he pretendido pedirle la rectificación de sus líneas, sino una conversación llana y honrada con Ud. sobre lo que yo creo que ha sido un error colectivo.

Mil excusas y un saludo muy cordial.

Gabriela Mistral.

Zig-Zag, 26 de enero de 1918.

100

F U T U R O

*El invierno rodará blanco,
encima de mi corazón.
Irritará la luz día,
me llagaré en toda canción.*

*Fatigará la frente el gajo
de cabellos, lacio y sutil,
y del olor de las violetas
de junio se podrá morir.*

*Mi madre ya tendrá diez palmos
de ceniza sobre la sien,
no espigará sobre mis rodillas
el niño rubio como mies.*

*Por hurgar en las sepulturas
no verá el cielo ni el trigal.
De removerlas, la locura
en mi pecho se ha de acostar.*

*Y como se van confundiendo
los rasgos del que he de buscar,
cuando penetre en la luz ancha
no lo podré encontrar jamás!*

Gabriela Mistral.

Yo Sé Todo, 22 de marzo de 1918.

En el tercer verso de la primera estrofa, por errata falta la palabra *del* antes de *día*.

101

Señor

Roberto Meza Fuentes,

Santiago.

Mi estimado amigo y poeta:

Recibí su artículo de *Yo Sé todo*. Me pide usted que lo envíe a mi distinguido colega don Manuel Guzmán Maturana. ¡Imposible! ¡Fuí yo quien le pidió la publicación de un libro de Velasco Reyes! No conocía la obra; pero había hallado en una obra juvenil, de crítica, en *Selva Lírica*, un juicio favorable a este poeta. Además, yo no soy la modernista rabiosa que dicen por ahí. El que Velasco Reyes no tenga mi anarquía rítmica ni "adjetive" a lo Valencia, no me priva de buscarle un editor y de leerlo con agrado.

La culpa que Ud. deja caer sobre la Casa Editorial Guzmán Maturana es de su compañero. Conozco al maestro editor y sé que, en su corazón como en sus *Libros de Lectura*, se están en fraternidad hermosísima los versos de Neruo y los de Heredia, *La oración por todos* y la *Sonatina*. Si publicó una traducción de Tagore, ¿por qué no había de dar enseguida, un volumen, de otra escuela y de otra índole? Déjele el derecho de ser amplio y ecuánime; déjelo que hospede en su casa a Montescos y Capuletos, que la virtud más alta es el amor, y la amplitud es una forma de él y nada más.

Levante a don Manuel Guzmán otro cargo: desde hace unos tres años probablemente viene solicitándome, con esa bondad suya tan profunda como su cultura, un volumen de poesías. Le contesté lo que a Prado, cuando los X fueron editores y lo que a Donoso, director de la Editorial Chilena, recientemente: ¡qué hay tantos libros de versos!

Tan injusto como ese cargo es el de no dar obras de Mondaca, Magallanes, etc.

Sé que aquél ha solicitado con vivísimo interés sus originales líricos; sé que, lector comprensivo y caluroso de Jara, Hübner, Cruchaga, Vásquez, Guzmán, Segura, Rojas, acogería un libro de éstos con cariño y generosidad. Usted no conoce al profesor cultísimo y al caballero perfecto que es don Manuel

Guzmán Maturana. Vaya Ud. a visitarlo y lo menos que le dará su trato será la fe en una humanidad fragante, recta y pura.

Vendrá más tarde un libro de nuestro grande y querido Carlos Mondaca; vendrá, más tarde, una selección, harto necesaria de la obra de Concha Castillo, cuyo elogio cálido oyó Ud. hacer a Hübner; vendrá tanto más...

Perdóneme estas palabras "numerosas..." Se trataba de decir la verdad y yo por algo soy maestra de niños.

Su compañera que lo estima,

Gabriela Mistral.

Yo Sé Todo, 18 de mayo de 1918.

102

SOBRE UN LIBRO

Gabriela Mistral ha expresado sobre el último libro de Carlos Acuña el interesante juicio que damos a continuación y que tiene el mérito de una espontaneidad absoluta, porque ni la poetisa y el autor aludido se conocen siquiera de vista.

"En 1912 o 1913 creo que leí ya sus primeros versos. El doctor Pedro Sánchez, chilote-maulino, me llevó su libro y yo me sé desde entonces *Contra ná*... Esta poesía pertenece a un manejo de versos eternos que (mi corazón me lo ha dicho) es lo más virgíneo, profundo y preñado de vida y belleza que se ha hecho en Chile. Con *Contra ná*... están allí agavillados, *Elegía* de Mondaca, *Canción de Otoño* de Magallanes, una de las plegarias de De la Vega, otra de Hübner, *Estéril* de Cruchaga, *Lázaro* de Prado, *Madre* de Guzmán, varias más, varias, no muchas...

Creo que no hay nada más difícil que hacer poesía criolla. Es tan fácil caer en la grosería y en la insipidez. Pienso que está más al alcance de los labios golosos de armonía Manuel Machado que Vicente Medina, en España.

Con la leyenda de mirífica que yo tengo en torno, tal vez dude usted, poeta, de la sinceridad de estas palabras calurosas. Crea en mi comprensión. Hay en mi vida una particularidad que me ha

hecho del alma dos hemisferios distintos y rotundos. He vivido en el campo la vida entera. Esto me ha dado la comprensión más profunda que es dable desear para la Tierra en lo que tiene de égloga. Luego, he traído a mi rincón de montaña los libros de arte moderno que han ganado no siempre mi corazón, casi siempre mi mente. Puedo, pues, amar como amo y seguir como sigo el verso de Rubén, *el de las piedras preciosas*, sin tener indigna mi boca para la miel de las colmenas suyas. Bebo la belleza por este par de labios que son lo simple y lo complejo, y creo, con esto, ser más honrada que el fanático clásico y el fanático modernista que han mutilado su boca deliberada y rabiosamente. En sus versos nuevos hallo joyitas como *Vendimia* y *Queules*, *Birth-day*. *El veneno dorado*, etc. El asunto de *Caña de cicuta* es muy bello; en *Espinos viejos* me parece insuperable la estrofa cuarta:

*Peregrino, ¿no es cierto que tu sandalia
que ha trotado y trotado por los caminos
en busca de una clara fuente Castalia,
se detuvo al perfume de los espinos?*

Y hay cien versos desparramados por el libro que se me han de tatuar en la memoria, por su penetrante emotividad:

*¿Dios mío, si ella me ama por qué lo has
[hecho?*

*Fuí un breve tiempo el aturdido dueño
de tanta juventud, tanta hermosura...*

*Del Cordero de Judea
la mirada de perdón.*

Etc.

Que usted y Orrego Barros sigan cumpliendo la obligación de hermosura de que otros nos desligamos, la de cantar el campo chileno, la de sumergirnos en el alma popular como en un vino capitoso por medio de sus versos quemantes y vivos".

Gabriela Mistral.

Zig-Zag, 6 de julio de 1918.

El libro de Carlos Acuña comentado en esta carta, *Vaso de arcilla*, se había publicado en noviembre de 1917.

103

NOCTURNO

*Padre nuestro que estás en los cielos,
¡por qué te has olvidado de mí!
Te acordaste del fruto en febrero,
al llagarse su labio rubí.
Llevo abierto también mi costado
y no quieres mirar hacia mí.*

*Caminando, vi abrir las violetas,
el falerno del viento bebí,
y he bajado, amarillos, mis párpados
por no ver más eneros ni abril,
y he apretado la boca anegada
de la estrofa que no he de exprimir.
Tú llagaste la nube de otoño
¡y no quieres mirar hacia mí!*

*Me vendió el que besó mi mejilla;
me negó por la túnica ruin.*

*Yo en mis versos el rostro con sangre,
como Tú sobre el paño, le dí,
y en la noche del Huerto, me han sido
Juan cobarde y el Angel hostil.*

*Ha venido el cansancio infinito
a clavarse en mis ojos al fin:
el cansancio del día que muere
y el del alba que debe venir,
el cansancio del cielo de estaño
y el cansancio del cielo de añil.*

*Ahora suelto la mártir sandalia
y las trenzas, pidiendo dormir
y pérdida en la noche, levanto
el clamor aprendido de Ti:
"¡Padre nuestro que estás en los cielos,
por qué te has olvidado de mí!"*

Zig-Zag, 20 de julio de 1918.

Puede leerse en *Desolación*, donde fué recopilado con grandes variantes y con la agregación de varios versos nuevos.

